

se

UNA HISTORIA DEL DR. GIDEON FELL

# Los tres ataúdes

A woman with blonde hair, wearing a yellow dress and black shoes, is running away from a green door. She has a look of terror, with her mouth open and hands near her face. Her right hand is pressed against the door handle, and it is covered in blood. A large pool of blood is on the floor in front of the door. The scene is lit with dramatic, low-key lighting, creating a sense of horror.

**JOHN  
DICKSON  
CARR**

Lectulandia

Una misma noche se perpetran en Londres dos asesinatos en circunstancias prácticamente imposibles. El enigma resiste toda indagación, desafía toda lógica. Y desde el primer momento se insinúa el espeluznante misterio de unos hombres que han salido de la tumba. El doctor Grimaud, una de las víctimas, tiene un pasado oscuro, casi legendario, allá en tierras de Hungría, con su popular tradición de fantasmas y vampiros, y es hombre docto en toda clase de sucesos misteriosos y trucos de magia. Su hermano, la otra víctima, un pobre ilusionista de teatro, tenía mucho que decir en cuanto a ese enigmático pasado. ¿Hay un tercer hermano surgido de entre los muertos para vengar un terrible agravio? El doctor Fell, ingenioso y desconcertante detective, va desentrañando, de sorpresa en sorpresa, uno de los casos más intrincados y originales que registra la historia de la novela policíaca.

Publicada también como «El hombre hueco».

**Lectulandia**

John Dickson Carr

# **Los tres ataúdes**

**Gideón Fell - 6**

ePub r1.0

Titivillus 09.04.2018

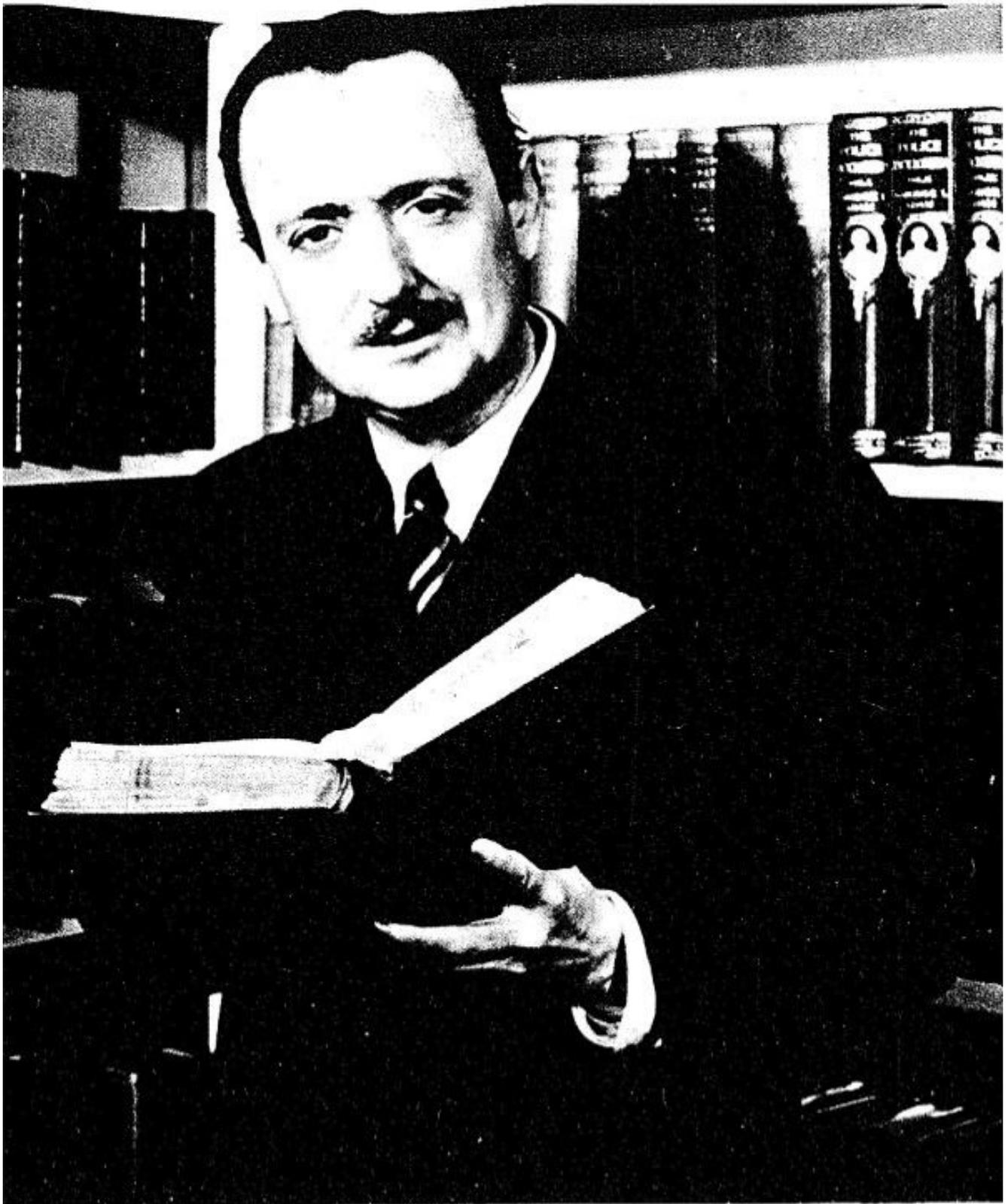
Título original: *The Three Coffins*  
John Dickson Carr, 1935  
Traducción: Cristina López-Escobar  
Ilustraciones: Guy Deel

Editor digital: Titivillus  
Retoque de portada: Gilba  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



John Dickson Carr  
CARTER DICKSON

## PRÓLOGO

### CARTER DICKSON

*Entre los escritores más destacados de la novelística policíaca se halla John Dickson Carr, que utilizó para sus novelas los seudónimos de Carter Dickson y de Carr Dickson.*

*Aunque se le cataloga como escritor inglés, la realidad es que nació en los Estados Unidos de América el año 1905.*

*Su ciudad natal fue Uniontown, del Estado de Pennsylvania.*

*Sus padres fueron Waoda Nicholas Carr y Julia Carr, el primero de los cuales ocupó durante mucho tiempo el cargo de administrador de Correos de Uniontown y temporalmente, de 1913 a 1915, fué miembro del Congreso de los Estados Unidos.*

*A los ocho años, John Dickson Carr fué llevado a Washington. Mientras su padre «tronaba en el Congreso», el pequeño John, en pie sobre una mesa de la antecámara, recitaba el monólogo de Hamlet a algunos caballeros, entre los cuales se encontraban Thomas Heflin, Pat Harrison y Claude Kitchin.*

*Sentado sobre las rodillas de «tío Joe», Cannon escuchó relatos de fantasmas.*

*Sherlock Holmes, D'Ártagnan y el Mago de Oz fueron los héroes de su juventud, a los que dedicaba todas las horas que podía.*

*A los catorce años empezó a escribir en un periódico cuyo hombre se desconoce. Escribía Sobre deporte, haciendo también la crónica de los Tribunales de justicia.*

*Tan desconocidos como el nombre del periódico en que hiciera sus primeras armas como escritor son los colegios en que estuvo, a excepción de la High School, que, según confesión propia, estaba orgulloso de él porque fué el único instituto en que aprendió sin cansarse.*

*Pudo haber estudiado la carrera de leyes en la Universidad de Pennsylvania, pero su dificultad con los libros frustró los designios de la familia, y se hizo periodista.*

*Otro de los grandes tropiezos de su carrera escolar fueron las matemáticas.*

*En 1920 fué al extranjero, viajando y viviendo en Inglaterra y en el continente europeo. Por esa época escribió una novela histórica, que no tuvo ningún éxito.*

*En 1930 escribió It walks by Night. Tenía entonces veinticinco años, y fué una obra que atrajo poderosamente la atención de los lectores.*

*Según el Daily News Standard, de Uniontown, de fecha 31 de agosto de 1939, John Dickson Carr visitó su ciudad natal en compañía de su esposa, oriunda de Bristol, Inglaterra. Como su hija Julia era aún muy pequeña, la dejaron en Bristol*

con su abuela materna.

*John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fué honrado con la inclusión en el Detective Club.*

*Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.*

*Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fué varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.*

*J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.*

*Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.*

*Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como «H. M.» o «El Anciano».*

*La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte ha sido y es los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.*

*John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.*

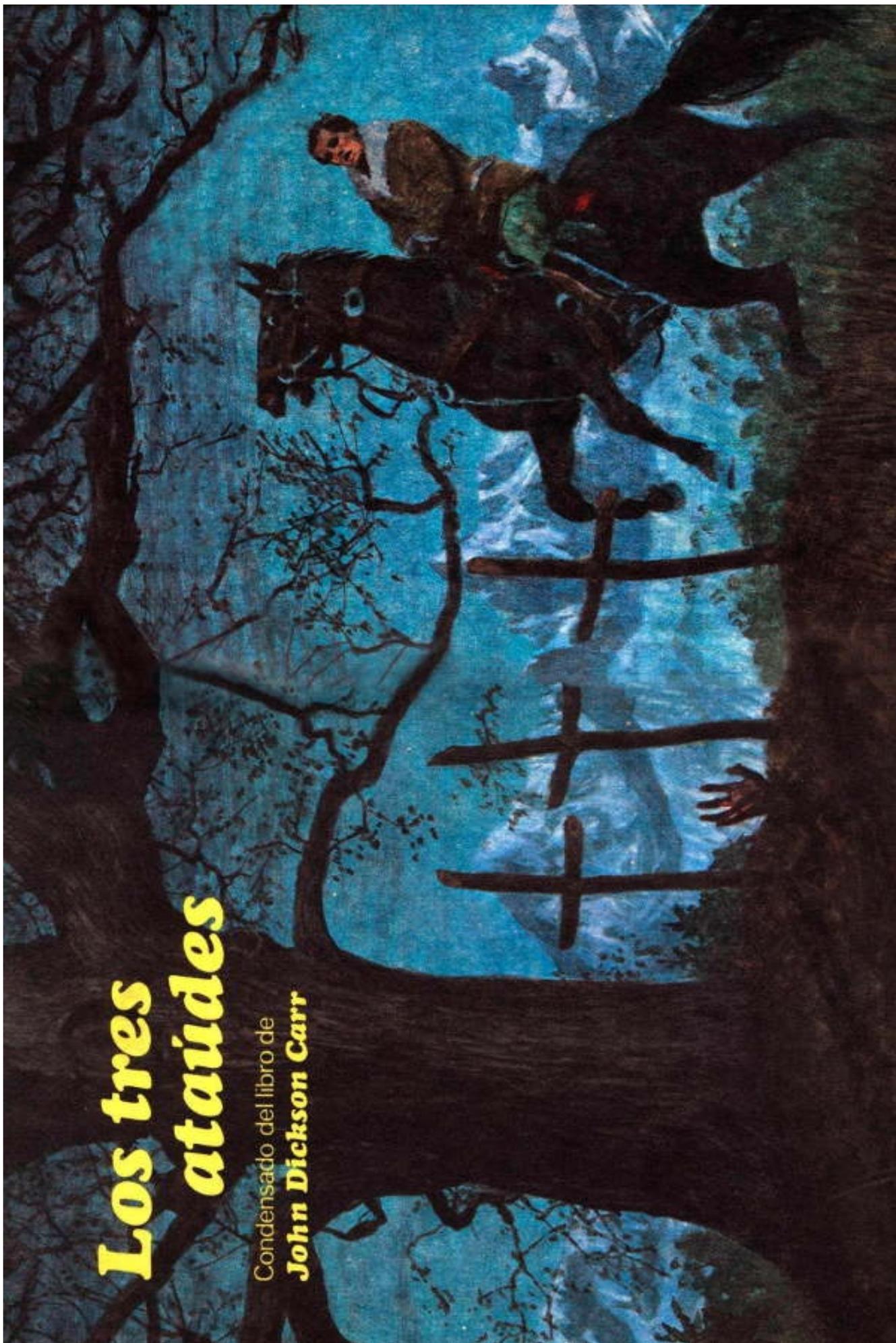
\* \* \*

*En este volumen de Novelas escogidas de Carter Dickson<sup>[1]</sup>, presentamos cinco de sus novelas características, que son: Con guantes de acero, Sangre en el espejo de la reina, Los crímenes de la viuda roja, Los crímenes del unicornio y La Policía está invitada.*

SALVADOR BORDOY LUQUE

# Los tres ataúdes

Condensado del libro de  
**John Dickson Carr**



## I. LA AMENAZA

Al asesinato del profesor Grimaud y al posterior crimen de Cagliostro Street, no menos inaudito, se les podría aplicar muchos calificativos de asombro, y con razón. Los amigos del doctor Fell aficionados a casos imposibles no encontrarían en su archivo enigma más desconcertante ni más aterrador. El caso es que se cometieron dos crímenes de forma tal que el asesino, además de invisible, tuvo que haber sido más ligero que el viento. A juzgar por los hechos, esta persona asesinó a su primera víctima y se esfumó, literalmente; a juzgar por los hechos también, dio muerte a su segunda víctima en medio de una calle desierta con testigos en ambos extremos. Sin embargo, nadie lo vio, ni se hallaron huellas en la nieve.

Como es lógico, el inspector Hadley no creyó ni por un momento en duendes o brujas. Nada más sensato. Pero más de uno comenzó a preguntarse si el personaje central del caso no sería una especie de cascarón vacío, sospechando que la gorra, el abrigo negro y la careta de niño no ocultaran sino aire.

Hemos utilizado la expresión “a juzgar por los hechos”, pero debemos andar con pies de plomo cuando estos no sean de primera mano. Y en el caso que nos ocupa, informaremos al lector desde un principio sobre los hechos de cuya veracidad pueda estar plenamente seguro. Es decir, dando por sentado que *quienquiera que sea* esté diciendo la verdad, ya que de otra manera no existe misterio auténtico.

Así pues, demos por hecho que el señor Stuart Mills no mentía en casa del profesor Grimaud, sino que estaba relatando lo sucedido tal como él lo había visto. Asimismo, debemos hacer constar que los tres testigos casuales de Cagliostro Street (los señores Short y Blackwin y el agente de policía Withers) decían la verdad. En tales circunstancias es necesario describir al detalle uno de los acontecimientos que condujeron al crimen. Transcrito según las notas del doctor Fell, coincide exactamente en lo esencial con la versión que ulteriormente facilitó Stuart Mills al doctor Fell y al inspector Hadley. Ocurrió un miércoles por la noche, 6 de febrero — tres días antes del asesinato—, en el saloncito trasero de la taberna de Warwick, en Museum Street.

El doctor Charles Vernet Grimaud vivía en Inglaterra desde hacía aproximadamente treinta años y hablaba inglés sin acento alguno. A no ser por su manía de usar un antiguo sombrero hongo y chalina negra, era más británico aún que sus amigos. Nadie sabía mucho sobre su pasado. Gozaba de una holgada posición, pero había preferido ocuparse en algo, y fue profesor, conferenciante de fama y escritor.

Recientemente había ocupado en el Museo Británico un oscuro puesto no

retribuido. Su mayor afición era la magia negra: cualquier forma de pintoresca diablura sobrenatural, desde el vampirismo a la Misa Negra, de lo que se reía con infantil regocijo.

Era Grimaud un tipo de gran sentido común, con un guiño burlón en los ojos, estatura mediana, fuerte tórax y tremenda fuerza física. En la vecindad del museo todo el mundo conocía su recortada barba negra, la montura de concha de sus gafas y su andar erguido. Vivía precisamente a la vuelta de la esquina del museo, en un viejo caserón del extremo oeste de Russell Square. Los demás habitantes del inmueble eran su hija, Rosette; el ama de llaves, la señora Dumont; la doncella, Annie; su secretario, Stuart Mills, y un maestro retirado, Drayman, que se ocupaba de sus libros.

Pero sus pocos amigos de verdad dábanse cita en una especie de club que habían instituido en la taberna de Warwick. Se reunían cuatro o cinco noches a la semana en el salón trasero, reservado al efecto. Los asistentes más regulares al club eran el remilgado Pettis, calvo y pequeño, maestro en relatos de fantasmas; Mangan, periodista, y el pintor Burnaby; pero era el profesor Grimaud quien indiscutiblemente llevaba la voz cantante.

Casi todas las noches del año (excepto los sábados y domingos, que se reservaba para trabajar) salía para la referida taberna acompañado de Stuart Mills. Se sentaba en su butaca de mimbre preferida, frente a la viva lumbre, con un grog en la mano, y peroraba autocráticamente. Las discusiones, dice Mills, eran a menudo brillantes, aunque nadie, excepto Pettis o Burnaby, presentaba nunca al profesor Grimaud verdadera batalla. A pesar de su afabilidad tenía un carácter violento. Le encantaba contar historias medievales de hechicería y aclarar bruscamente al final todas las incógnitas, a la manera de una novela de intriga. Eran tardes entretenidas, hasta la noche del 6 de febrero en que se manifestó un presagio de terror tan bruscamente como si un golpe de viento abriese una puerta.

Aquella noche soplaba un viento cortante, dice Mills, con un amenazador barrunto de nieve. Además de él y de Grimaud, sentábanse a la lumbre Pettis, Mangan y Burnaby. El profesor Grimaud había estado hablando sobre la leyenda del vampirismo.

—Francamente, lo que me sorprende —dijo Pettis— es tu actitud respecto a eso. Lo que a mí me interesa son los relatos; historias de fantasmas que no sucedieron jamás. No obstante, en cierto sentido, yo creo en los fantasmas. Pero tú eres una autoridad en sucesos probados, en cosas que estamos forzados a llamar realidades a menos que podamos refutarlas. Las has convertido en lo más importante de tu vida, pero no crees ni una palabra de ello.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Grimaud.

—Tal vez “haya perdido la cabeza de tanto estudiar” —apuntó Burnaby.

Grimaud estaba sentado fumando su puro.

—A lo mejor soy yo el hombre que sabía demasiado. Ningún abad, que se sepa, fue nunca devoto creyente, aunque esto no viene a cuento. A mí me interesan las

causas que hay detrás de esas supersticiones. ¿Cómo nació la superstición? ¿Qué le dio ímpetu para que los crédulos pudieran creer? Sin ir más lejos: estamos hablando de la leyenda de los vampiros. Pues bien, esta creencia existe desde tiempos remotos. Pero es entre 1730 y 1735 cuando se asienta con firmeza en Europa al salir de Hungría como un vendaval. Ahora bien, ¿cómo llegó Hungría a la conclusión de que los muertos pueden abandonar sus ataúdes y flotar en el aire, como una paja o una pluma, antes de tomar forma humana para el ataque?

—¿Se encontraron pruebas? —preguntó Burnaby.

Grimaud se encogió de hombros.

—Hicieron exhumaciones en los cementerios y encontraron algunos cadáveres en posturas torcidas, con la cara, las manos y la mortaja ensangrentadas. Esa fue su prueba. Pero..., ¿por qué? Aquellos eran años de epidemia. Imaginaos cuántos pobres diablos serían enterrados vivos aunque se les diese por muertos. Imaginaos lo que lucharían por salir del ataúd antes de morir realmente. ¿Os dais cuenta? Esas son las causas que, a mi entender, hay detrás de la superstición. Eso es lo que a mí me interesa.

—*También me interesa a mí* —dijo una voz desconocida.

Mills dice que no le oyeron entrar. Todos se volvieron sorprendidos. Estaba de pie, retirado de la chimenea, con el cuello de su raído abrigo negro vuelto hacia arriba y el ala del gastado y flexible sombrero negro hacia abajo. No se distinguía bien su rostro porque lo ocultaba con una mano enguantada con la que se frotaba el mentón. Aparte del hecho de que era alto y de flaca complexión, Mills no podía decir nada. Pero había algo vagamente conocido en su voz o en su porte.

Habló de nuevo. Su voz, áspera, fuerte, con leve acento extranjero, revelaba un matiz de triunfo.

—Deben disculpar mi intromisión, señores —dijo—. Pero me gustaría hacer una pregunta al famoso profesor Grimaud.

Nadie pensó en reprenderle por su insólita conducta, dice Mills. El propio Grimaud, que estaba sentado, sombrío y serio, con el puro a medio camino de la boca, se limitó a gruñir:

—Usted dirá.

—De modo que —prosiguió el otro— ¿no cree usted que un hombre pueda salir de su ataúd, que pueda moverse por cualquier sitio sin ser visto y que sea tan peligroso como cualquier espíritu infernal?

—No, no lo creo —respondió ásperamente Grimaud—. ¿Y usted?

—Sí. Yo lo he hecho. ¡Es más, tengo un hermano que puede hacer mucho más que yo y es un gran peligro para usted! Yo no quiero su vida; él sí. Pero si se le aparece...

El clímax de esta conversación absurda quebróse como un trozo de pizarra. El joven Mangan, que había sido futbolista, se puso en pie de un salto. El pequeño Pettis paseaba la vista en torno con nerviosismo.

—Oiga, Grimaud —dijo Pettis—; este tipo está loco de remate. Será mejor que...  
—hizo ademán de acercarse al timbre, pero el forastero se interpuso.

—Antes de hacer nada —dijo—, mire al profesor Grimaud.

Grimaud lo miraba con grave desdén.

—¡No, no, no! Dejadle. Dejadle hablar sobre su hermano y su ataúd.

—Tres ataúdes —respondió el forastero.

—Tres ataúdes, si usted quiere —convino Grimaud—. ¡Todos los que le parezca, pues no faltaría más! Ahora, tal vez quiera decirnos su nombre.

El forastero sacó la mano izquierda del bolsillo y puso en la mesa una sobada tarjeta. En cierto modo, la vista de aquella prosaica tarjeta de visita pareció restablecer la lógica y la cordura. Mills vio que la tarjeta rezaba: PIERRE FLEY. ILUSIONISTA. En una esquina estaba impreso 2B CAGLIOSTRO STREET, W.C.I, y garrapateado encima: *O Teatro de la Academia*.

Grimaud rió:

—De modo que es usted mago —comentó—. Supongo que no podremos ver alguno de sus trucos...

—Con mucho gusto respondió inesperadamente Fley.

Tan rápido fue su gesto que a todos cogió de sorpresa. Pareció un ataque, pero no lo fue ni mucho menos... en un sentido físico. Se inclinó sonriendo sobre la mesa hacia Grimaud y, con sus manos enguantadas, se bajó el cuello del abrigo y volvió a subírselo antes de que nadie más pudiera tener siquiera un vislumbre. Grimaud permanecía impasible, pero su tez se había oscurecido un poco.

—Y ahora, antes de irme —dijo bruscamente Fley—, tengo una última pregunta para el famoso profesor. Alguien le visitará pronto una noche. También yo estoy en peligro desde que me asocié con mi hermano, pero estoy dispuesto a correr el riesgo. ¿Prefiere que lo haga yo o... envíe a mi hermano?

—¡Envíe a su hermano —gruñó Grimaud irguiéndose de pronto— y váyase al infierno!

La puerta se cerró tras Fley antes de que nadie se moviera o hablase. Y con ello, también se cierra la puerta ante la única perspectiva clara que tenemos de los acontecimientos que condujeron a la noche del sábado 9 de febrero. La primera andanza siniestra del hombre vacío tuvo lugar aquella noche cuando las callejuelas de Londres dormían silenciosas bajo la nieve, y los tres ataúdes de la profecía fueron al fin ocupados.

AQUELLA NOCHE reinaba un buen humor bullicioso en torno a la chimenea de la *biblioteca*, del doctor Fell, en el número uno de Adelphi Terrace. El doctor, entronizado en la butaca más grande, cómoda y decrepita, golpeaba al reírse la alfombrilla de la chimenea con el bastón. Tenía el rostro congestionado, y los ojos, tras las gafas de montura negra, le brillaban con toda su intensidad. Estaba disfrutando, y aquella noche había doble causa para el regocijo.

Una era que habían llegado de América sus animosos y jóvenes amigos Ted y

Dorothy Rampole. La otra, que su amigo Hadley —el inspector Hadley, del Departamento de Investigación Criminal— acababa de concluir una brillante investigación sobre el caso de la falsificación de Bayswater y se estaba tomando un descanso. Ted Rampole ocupaba un asiento a un lado del hogar, y Hadley lo hacía al otro; el doctor presidía, y en medio humeaba una ponchera. Las señoras de Fell, Hadley y Rampole estaban charlando arriba, mientras que aquí los señores Fell y Hadley se habían enzarzado en viva discusión.

Recostado perezosamente en la mullida butaca, Ted Rampole se sentía como en su casa. Frente a él, el inspector Hadley sonreía y hacía comentarios irónicos. El doctor Fell y él discutían, al parecer, sobre criminología científica.

Distraídamente, durante uno de los intervalos de ocio en que solía andar revolviendo por la casa, el doctor Fell había empezado a leer a Gross, Jesserich y Mitchell. Le había picado la curiosidad. Y ahora pretendía haber perfeccionado el método del doctor Gross para descifrar la escritura en papel quemado.

Mientras oía a Hadley burlarse de esto, Rampole dejaba vagar su pensamiento adormilado. Veía oscilar el reflejo de las llamas por paredes y libros, y alcanzaba a oír el suave golpeteo de la nieve en los cristales, tras las cortinas echadas. Sonrió para sus adentros con entera afabilidad. No había nada en aquel mundo maravilloso que pudiera venir a fastidiarle. ¿O tal vez sí? Cambió de postura y se quedó mirando al fuego. Cuando más a gusto se encuentra uno le surgen, cual muñecos de una caja resorte, ocurrencias nimias.

Crímenes, musitó Rampole. Claro que no tenía nada de particular. No era más que el afán de Mangan por adornar un buen relato. Y sin embargo...

—A propósito —terció—, ¿os dicen algo las palabras “tres ataúdes”?

Se hizo un profundo silencio y Hadley lo miró con suspicacia. El doctor Fell parpadeó con aire aturdido. Luego brilló una chispa en sus ojos.

—Poniendo paz entre Hadley y yo, ¿eh? ¿O por casualidad lo decías en serio? ¿Qué ataúdes?

—Bueno —dijo Rampole—, el asunto es extraño, aunque tal vez Mangan haya cargado las tintas. Conozco a Boyd Mangan bastante bien; ha vivido en América durante un par de años. Es un gran tipo que ha viajado mucho por todo el mundo y que posee una imaginación demasiado céltica. —Hizo una pausa, recordando la buena facha de Mangan, moreno y más bien desaliñado—. Como quiera que sea, ahora está aquí en Londres, trabajando para el *Evening Banner*. Me lo encontré esta mañana. Me arrastró a un bar y me soltó toda la historia. Luego —dijo Rampole—, cuando se enteró de que yo conocía al gran doctor Fell...

—Tonterías —dijo Hadley mordaz—; vamos al grano.

—Cállate, Hadley —le instó el doctor Fell con visible entusiasmo—. Eso parece interesante, muchacho. ¿Qué más?

—Bueno, al parecer es gran admirador de un conferenciante o escritor llamado Grimaud. Y además está loco perdido por su hija. El viejo y algunos amigos suyos

acostumbran a reunirse por la noche en una taberna próxima al Museo Británico, y hace unos días ocurrió algo que al parecer ha impresionado a Mangan. Mientras el viejo hablaba sobre cadáveres que se levantan de sus tumbas, o de algo así de divertido, entró un sujeto alto y de extraño aspecto que empezó a farfullar tonterías diciendo que él y su hermano podían abandonar su tumba de verdad y flotar en el aire como plumas. —En este punto, Hadley emitió un gruñido de disgusto, pero el doctor Fell continuó mirando con curiosidad a Rampole—. Al final, este sujeto amenazó al profesor Grimaud con que su hermano lo visitaría sin mucha tardanza. Lo más raro del caso es que, aunque Grimaud no hizo el gesto más mínimo, Mangan jura que estaba demudado de terror.

—¿Y qué? —gruñó Hadley—. Hay hombres con mentalidad de vieja asustadiza...

—Ahí está —rezongó el doctor Fell—. Pero no es este el caso. Conozco bien a Grimaud. Continúa, Rampole. ¿Cómo terminó?

—Grimaud no dijo ni pío. En realidad, cuando el sujeto se largó, lo tomó todo a broma. Así quedó la cosa. Pero a Mangan seguía picándole la curiosidad. Este Pierre Fley había dado una tarjeta a Grimaud con la dirección de un teatro. De modo que, al día siguiente, Mangan se dirigió allí con intención de hacer un reportaje. El teatro resultó ser un dudoso cabaret del East End que representa programas de variedades por la noche. Mangan no deseaba toparse con Fley. Entró en conversación con el portero de la entrada de actores, quien le presentó a un acróbata que actuaba en el turno anterior a Fley. Tal acróbata se hace llamar “Pagliacci el Grande”, aunque en realidad es irlandés, y su verdadero nombre O’Rourke. Dijo a Mangan lo que sabía.

»A Fley se le conoce en el teatro por “El loco”; no se sabe nada de él; no habla con nadie y desaparece después de cada actuación. Pero es bueno. Su oficio es el de fantasista y su especialidad los trucos de evasión. Mangan dice que trabaja sin ayudante y que todos sus bártulos caben dentro de un ataúd. Si sabéis algo sobre magos, os daréis cuenta de lo increíble que esto resulta. En realidad este hombre parece obsesionado por los ataúdes. En cierta ocasión, “Pagliacci el Grande” le preguntó por qué, y Hey se volvió con una sonrisa y dijo: “Hace tiempo nos enterraron vivos a tres de nosotros. Sólo escapó uno”. “¿Y cómo escapaste?”, inquirió Pagliacci. A lo cual Fley respondió: “No, yo no escapé. Yo fui uno de los que no lograron escapar”».

Hadley se pellizcaba el lóbulo de la oreja.

—Mira —dijo, incómodo—. Que el tipo no está en su juicio es evidente. Si tiene una manía, si intenta crear problemas al profesor...

—Pero, ¿lo ha intentado? —preguntó el doctor Fell.

Rampole cambió de postura:

—Desde el miércoles, el profesor Grimaud ha recibido en cada correo una carta. Él las rompió todas sin decir ni pío, pero alguien habló a su hija sobre lo ocurrido en la taberna de Warwick, y ella empezó a inquietarse. Entonces, ayer, el mismo

Grimaud comenzó a obrar de forma extraña.

—¿Cómo? —preguntó el doctor Fell. Sus ojillos, fijos en Rampole, parpadearon vivamente.

—Ayer telefoneó a Mangan y le dijo: “Quiero que esté en casa el sábado por la noche. Alguien ha amenazado con venir a verme”. Como es lógico, Mangan le aconsejó que avisara a la policía, de lo cual Grimaud no quiso oír hablar siquiera. Entonces Mangan dijo: “¡Pero, señor, ese tipo está loco de remate y puede resultar peligroso! ¿No piensa tomar ninguna precaución para defenderse?”. A lo que el profesor respondió: “Oh, sí. Voy a comprarme un cuadro”.

—¿Un qué? —inquirió Hadley, incorporándose.

—Un cuadro, para colgar. No, no bromeo; al parecer lo ha comprado. Es un paisaje o algo por el estilo, una obra fantástica con árboles y tumbas. Yo no lo he visto, pero he oído decir que, por su tamaño, hicieron falta dos obreros para subirlo. Lo ha pintado un artista llamado Burnaby, que es miembro del club... Como quiera que sea, es así como piensa defenderse Grimaud.

El doctor Fell no se había movido de su asiento y se le veía jadear, con un estremecimiento de su doble mentón. Cuando habló al fin, fue como si la estancia hubiese perdido un poco de su aire acogedor.

—¿Tienes la dirección de ese sitio, muchacho? —preguntó con voz débil—. Bien. Será mejor que vayas calentando el coche, Hadley.

—Sí, pero escucha...

—Cuando un lunático declarado amenaza a un hombre cuerdo puede o no puede preocuparle a uno —dijo el doctor Fell—. Pero cuando un hombre cuerdo empieza a comportarse exactamente igual que el lunático, entonces a mí me da mucho que pensar. —Se levantó jadeando—. Vamos, Hadley, echaremos un vistazo al lugar aunque no sea más que de paso.

En las callejas que rodeaban la casa del doctor Fell soplaba un viento cortante; había dejado de nevar y un manto blanco e irreal cubría el suelo. En el Strand, como era la hora del teatro, la nieve aparecía hollada en surcos fangosos. Al girar hacia el Aldwych vieron en un reloj las diez y cinco, y Fell gruñó, metiendo prisa. Por fin el coche desembocó en Russell Square.

Rampole observó la casa: un edificio liso y ancho de tres pisos con fachada de piedra. Hasta la enorme puerta principal, con el buzón enmarcado en bronce y el tirador del mismo metal, se subía por una escalera de seis peldaños. Salvo dos ventanas del bajo que arrojaban su luz sobre la calleja tras las cortinas echadas, el edificio estaba a oscuras. Parecía la vivienda más prosaica en el más prosaico de los barrios. Pero en un instante todo cambió.

Alguien recorrió de golpe una persiana. En el mismo momento en que ellos pasaban despacio, abrieron bruscamente una de las ventanas iluminadas. Una sombra se encaramó al antepecho, vaciló y dio un salto. El impulso le hizo salvar la barandilla que separaba la acera de la fachada. Aterrizó sobre una pierna, resbaló en

la nieve y patinó por la acera hasta meterse casi bajo las ruedas del coche.

Hadley frenó en seco. Saltó del automóvil, que patinaba hacia el bordillo, y asió por el brazo al hombre antes de que se hubiera incorporado. Pero Rampole había vislumbrado su cara a la luz de los faros.

—¡Mangan! —exclamó—. ¡Qué demonios...!

Mangan estaba sin sombrero ni abrigo. Tenía los brazos y las manos rebozados de nieve.

—¿Quién es? —preguntó con voz ronca—. ¡No, no, estoy bien! ¡Déjeme, maldita sea! —Se soltó de Hadley de un tirón—. ¡Ted! Escucha. Trae a alguien. ¡Deprisa! Ha sonado un disparo arriba; acabamos de oírlo. Nos había encerrado, ¿comprendes...?

Mirando más allá de su interlocutor, Rampole distinguió la silueta de una mujer contra la ventana. Hadley interrumpió aquellas palabras incoherentes.

—Calma. ¿Quién los ha encerrado?

—Él. Hey. Sigue ahí dentro. Pero ¿vienen o no?

Y echó a correr hacia las escaleras de la puerta principal, seguido por Hadley y Rampole. La puerta no estaba cerrada con llave; se abrió cuando Mangan hizo girar el picaporte. En el alto vestíbulo no había más luz que la de una bombilla que brillaba allá al fondo. Diríase que alguien estaba allí, de pie, mirándolos con cara grotesca. Entonces Rampole advirtió que se trataba sólo de una armadura japonesa con su máscara de diablo. Mangan corrió hacia una puerta de la derecha e hizo girar la llave. La muchacha cuya silueta habían visto en la ventana abrió desde dentro. Arriba se oyó un fuerte ruido de golpes.

—¡Boyd! —gritó Rampole, sintiendo que se le encogía el corazón—. El inspector Hadley está aquí. ¿Dónde está? ¿Qué pasa?

Mangan señaló las escaleras.

—Suban. Yo me encargaré de Rosette. El sigue arriba. No puede salir. ¡Por el amor de Dios, tengan cuidado!

Rampole corrió tras Hadley por las escaleras lujosamente alfombradas. El primer piso estaba a oscuras, pero en la escalera que conducía al piso siguiente brillaba luz en una hornacina. Los ruidos se habían convertido en continuados golpes sordos.

—¡Doctor Grimaud! —clamaba alguien—. ¡Doctor Grimaud! Por favor, contésteme.

Subieron al piso siguiente, pasaron bajo un arco que remataba la escalera y salieron a un amplio pasillo que corría a lo ancho de la casa. Estaba revestido hasta el techo de paneles de roble, y en su parte más larga, opuesta a la escalera, tenía tres ventanas con cortinas. La gruesa alfombra negra amortiguaba sus pasos. Había dos puertas, una frente a la otra, en los lados estrechos del pasillo. La puerta del fondo, a la izquierda, estaba abierta; la de la derecha, a unos tres metros de la escalera; permanecía cerrada a pesar de que un hombre la estaba golpeando con los puños. Al acercarse ellos se dio la vuelta. Aunque no había iluminación alguna en el pasillo, la hornacina de la escalera enviaba, a través del arco, una luz amarilla procedente del

vientre de un enorme buda de bronce, y podían verlo todo con claridad. En mitad de aquel resplandor erguía un hombrecillo jadeante. Un gran mechón de pelo le colgaba como a un duende sobre la espaciosa frente, y lo escudriñaba todo aterrorizado tras los gruesos cristales de sus gafas.

—¿Boyd? —gritó—. ¿Drayman? Oiga, ¿es usted? ¿Quién está ahí?

—La policía —respondió Hadley, pasando por su lado en una zancada.

—No puede entrar —dijo el hombrecillo—. La puerta está cerrada por dentro. Pero tenemos que entrar. Ahí dentro está alguien con Grimaud. Han disparado una pistola... No contesta. ¿Dónde está la señora Dumont? Ese tipo sigue ahí. ¡Se lo aseguro!

Hadley se volvió, irritado.

—Déjese de dar vueltas y busque unos alicates. La llave está puesta; la haremos girar desde fuera.

—Pero no..., no tengo ni idea de dónde...

Hadley se volvió entonces a Rampole.

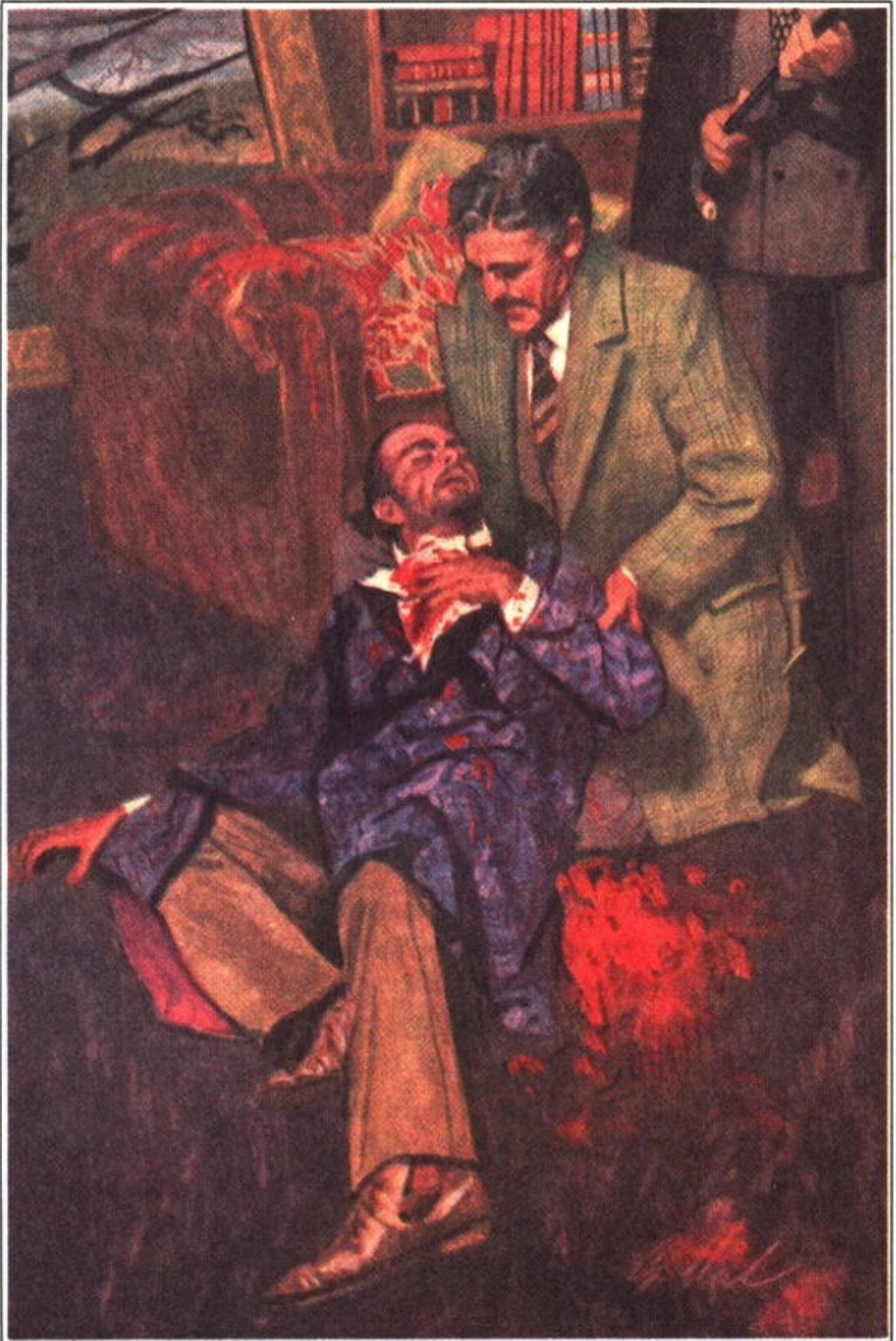
—Corre a la caja de herramientas de mi coche. Está bajo el asiento trasero.

Al volverse Rampole, vio al doctor Fell que pasaba bajo el arco jadeando pesadamente. Bajó las escaleras de tres en tres, y durante unos momentos que se le antojaron interminables revolvió hasta encontrar los alicates. A su regreso, Hadley los introdujo impasible por el ojo de la cerradura y, aferrándolos con sus vigorosas manos, empezó a dar vuelta a la llave.

—Algo se mueve ahí dentro —dijo el hombrecillo.

—Ya está —anunció Hadley—. ¡Échense atrás!

Cobró fuerzas y dio un fuerte empujón a la puerta, que hizo un ruido seco al rebotar contra la pared. Nadie salió, aunque había alguien que pugnaba por hacerlo. Fuera de esto, la iluminada estancia estaba vacía. Rampole vio que una considerable cantidad de sangre cubría aquel cuerpo que intentaba arrastrarse penosamente por la negra alfombra, antes de atragantarse, caer de costado y quedar inmóvil.



## II. LA CARETA

—Dos de vosotros no os mováis de la puerta —ordenó Hadley tajante—. Y si alguno no se siente con fuerzas, que no mire.

El doctor Fell le siguió adentro con paso torpe, y Rampole se quedó en el umbral cerrando el paso con el brazo extendido. El profesor Grimaud era hombre de complexión recia, pero Hadley no se atrevió a moverlo bruscamente. En sus esfuerzos por arrastrarse hasta la puerta se había producido una hemorragia que no era del todo interna, aunque Grimaud mantuviese apretados los dientes para contener la sangre. Hadley lo incorporó apoyándolo sobre una rodilla. Bajo la máscara gris negruzco de la barba, su rostro tenía un tinte azulado, con los ojos cerrados y hundidos. Aún trataba de apretar un pañuelo empapado contra el orificio que la bala le había abierto en el pecho. Advirtieron que su respiración se apagaba débilmente. A pesar de la corriente de aire, perduraba en el ambiente una densa nube de humo de pólvora.

—¿Muerto? —susurró el doctor Fell.

—Moribundo —respondió Hadley—. Un balazo le ha atravesado el pulmón. —Se volvió al hombrecillo que estaba en la puerta—. Pida una ambulancia por teléfono. ¡Aprisa! Es prácticamente imposible, pero tal vez diga algo antes de...

—Sí —dijo con aire tétrico el doctor Fell—. Eso es lo que más nos interesa, ¿eh?

—Si no podemos hacer nada más —respondió fríamente Hadley—, sí. Tráeme unos almohadones de aquel sofá. —Cuando la cabeza del doctor Grimaud reposó sobre un almohadón, Hadley se inclinó sobre él—. ¡Doctor Grimaud! ¡Doctor Grimaud! ¿Me oye?

Los párpados de Grimaud, pálidos como la cera, temblaron. Sus ojos entreabiertos miraban atónitos; no parecía comprender lo sucedido. Su fornido pecho continuaba subiendo y bajando lentamente.

—Soy policía, doctor Grimaud. ¿Quién ha sido? No se esfuerce en responder si no puede. Asienta con la cabeza. ¿Ha sido Pierre Fley?

Grimaud negó con la cabeza de forma inequívoca.

—Entonces, ¿quién?

Grimaud hervía de ansiedad; tanto que la ansiedad pudo con él. Por primera y última vez, despegó los labios para balbucir aquellas palabras cuya posterior interpretación resultaría tan asombrosa. Luego se desvaneció.

La ventana de la izquierda estaba levantada unos centímetros, y una corriente de aire helado entró en el aposento. Rampole se estremeció. Aquel que había sido un hombre ilustre yacía inerte sobre un par de almohadones como un trapo viejo; algo

latía dentro de él para demostrar, únicamente, que aún vivía. Había demasiada sangre en aquella tranquila y clara estancia.

—¡Dios mío! —exclamó Rampole— ¿Es que no podemos hacer nada?

Hadley habló con crudeza:

—Nada; salvo ponernos a trabajar. ¡Yaya hatajo de bobos, creer que iba a seguir en la habitación! Y no me excluyo. —Señaló la ventana abierta—. Está claro que el tipo salió de aquí aun antes de que nosotros entráramos en la casa.

Rampole recorrió la estancia con la vista, adquiriendo noción del lugar por vez primera. Era una pieza de más de cuatro metros de lado, con las paredes artesonadas en roble y el suelo mullidamente alfombrado de negro. En la pared izquierda, según se entraba, había una ventana con ondulantes cortinas de terciopelo castaño, y a un lado y a otro se alzaban sendas librerías rematadas por bustos de mármol. Al pie de la ventana veíase un monumental escritorio tallado; la silla estaba separada del mismo. En el lado izquierdo había una lámpara de mosaico de cristal. Sobre la escribanía no se veía más que una bandeja de lápices y un montón de papeles de notas sujetos bajo una curiosa figurilla tallada en jade amarillo que representaba un búfalo.

Rampole volvió la vista al otro extremo de la habitación, opuesto a la ventana. En esta pared había una gran chimenea de piedra flanqueada también por estanterías y bustos, y en el manto, dos floretes de esgrima cruzados bajo un blasonado escudo de armas. Sólo en este lado de la habitación aparecía desordenado el mobiliario. El sofá de cuero marrón, frente a la chimenea, parecía desplazado por un golpe brusco, y había una silla de cuero derribada sobre la arrugada esterilla del hogar. En el sofá se veían manchas de sangre.

Por último, junto a la pared del fondo, frente a la puerta, Rampole halló el cuadro. Entre las estanterías de esta pared quedaba un amplio espacio vacío, de donde habían retirado unos arcones. Y los habían quitado recientemente, puesto que aún seguían marcadas las bases en la alfombra. El cuadro yacía en el suelo boca arriba. Lo habían rajado al través de un par de cuchilladas. Con el marco mediría bien dos metros de ancho por uno de alto. Hadley lo levantó y lo apoyó tras el sofá.

—Así que este es el cuadro que compró para defenderse, ¿no? —dijo—. Oye, Fell, ¿tú crees que Grimaud estaba tan loco como ese Fley?

El doctor Fell echó su hongo hacia atrás.

—Como Pierre Fley —murmuró—, que no ha cometido el crimen... Mmm. Oye, Hadley, ¿ves algún arma?

—No. En primer lugar, no hay ninguna pistola: una automática de grueso calibre, que es lo que nos hace falta; y tampoco hay ningún cuchillo con el que hayan podido hacer trizas este cuadro. ¡Fíjate! A mí me parece un paisaje de lo más normal.

No, no era exactamente normal, pensó Rampole. Había en él una fuerza indefinible, como si el artista lo hubiese pintado lleno de ira, plasmando al óleo el viento que azotaba aquellos árboles doblegados. Inspiraba terror y desolación. Al fondo se alzaba una línea de achaparradas montañas blancas, y en primer término, a

través de las retorcidas ramas de un árbol, se veían tres lápidas sobre un césped tupido. Las lápidas estaban movidas; mirándolo desde cierto ángulo, daba la impresión de que la tierra de las sepulturas había empezado a levantarse y resquebrajarse. Ni siquiera las cuchilladas conseguían desfigurarlo.

Rampole sintió un pequeño sobresalto al oír pisadas en la escalera y el pasillo. Boyd Mangan irrumpió en la estancia. Su pelo negro, que se adhería al cráneo en rizos duros, como de alambre, parecía revuelto. Echó una rápida ojeada al hombre que yacía en el suelo.

—Me lo ha dicho Mills —explicó—. ¿Está...?

Hadley hizo caso omiso de su pregunta.

—¿Ha llamado a la ambulancia?

—Ya vienen unos camilleros. Me acordé de que había una clínica a la vuelta de la esquina. Están... —Se echó a un lado para dejar paso a dos camilleros uniformados, y tras ellos entró un hombrecillo calvo—. El doctor Peterson... hum... la policía. Aquí tiene a su paciente, doctor.

El doctor Peterson corrió hacia él.

—La camilla, muchachos —dijo al cabo de un breve reconocimiento—. Llévelo con cuidado.

Sacaron la camilla.

—¿Alguna esperanza? —preguntó Hadley.

—Puede que dure un par de horas, posiblemente menos. Si no fuera porque tiene la constitución de un toro, ya estaría muerto. Parece que se produjo una nueva lesión en el pulmón al hacer un esfuerzo. —El doctor Peterson se metió una mano en el bolsillo—. Querrá que pase por allí el médico forense, ¿no? Aquí tiene mi tarjeta. Conservaré la bala cuando la extraiga. ¿Qué ha ocurrido?

—Asesinato —dijo Hadley—. Que no falte a su lado una enfermera, y si dice algo, que lo anote palabra por palabra.

Cuando el doctor salía a toda prisa, Hadley garabateó algo en una hoja de su cuaderno de notas y se la tendió a Mangan.

—Telefonee a la comisaría de policía de Hunter Street y deles esas instrucciones; ellos se pondrán en contacto con Scotland Yard. El doctor Watson debe dirigirse a la clínica; los demás aquí... ¿Quién es ese que está en la puerta?

Era el jovenzuelo bajo y delgado, de cabeza grande, que llamaba a la puerta cuando llegaron. A plena luz, Rampole vio sus apagados ojos castaños aumentados por los gruesos lentes y una cara huesuda que se prolongaba hacia una boca grande y blanda. Su terror precedente había dado paso a una calma inescrutable. Hizo una inclinación de cabeza y dijo sin expresión alguna:

—Soy Stuart Mills, el secretario del doctor Grimaud. —Paseó la vista en torno—. ¿Puedo preguntarles qué ha ocurrido con el... culpable? —Parecía como si se dirigiese a un auditorio; hablaba con cierto sonsonete y subía y bajaba la cabeza como si consultase unas notas.

—Seguramente —dijo Hadley— se habrá escapado por la ventana.

—Sería un prodigio si así fuera —le atajó la voz cantarina—. ¿Ha examinado la ventana?

—Tiene razón, Hadley —dijo el doctor Fell, jadeando—. ¡Echa un vistazo! Sinceramente creo que como no haya salido por la puerta...

—Pues por la puerta no salió —anunció Mills—. Lo vi todo desde el principio al fin.

—Entonces tendría que ser más ligero que el aire. Abre la ventana y mira. Aunque, ¡espera!, será mejor que registremos primero el cuarto.

No había nadie escondido en la habitación. Al terminar la búsqueda, Hadley alzó la ventana rezongando. La nieve se extendía intacta, hasta el mismo marco de la ventana, sobre el antepecho exterior: nadie había hollado su tersura.

Rampole se asomó y observó los alrededores. La luna que lucía por poniente perfilaba hasta el menor contorno cual si estuviese tallado en madera. La altura era de quince metros, sobre una fachada que no presentaba salientes. Al pie del edificio había un jardín cercado por un muro bajo. Y tanto en este como en los patios vecinos que se divisaban desde la ventana, y sobre el remate de los muros, la nieve permanecía intacta. Las únicas ventanas de aquella fachada de la casa eran las del piso alto, donde ellos estaban, y la más cercana correspondía al pasillo, a la izquierda, lo menos a diez metros. Hacia la derecha, la ventana más próxima pertenecía a la casa contigua y estaba a igual distancia. Finalmente, por encima de esta ventana, seguían cuatro metros o más de pared de piedra, lisa y vertical, hasta el tejado, cuyo sesgo no ofrecía oportunidad de asirse con las manos ni afianzar una cuerda.

Pero Hadley se asomó y señaló con malicia.

—Pues tuvo que hacerlo así, queramos o no. ¡Mira! Imagina que primero amarrase la cuerda en la chimenea o algo parecido, y cuando entrara en la casa ya estuviera suspendida frente a la ventana. Entonces mata a Grimaud, salta de nuevo y trepa hacia arriba para desenganchar la cuerda de la chimenea y huir. Habrá huellas de sobra para probarlo, de modo que...

—Sí —intervino Mills—. Pero debo decirle que no hay ninguna. Verá —continuó—, en cuanto advertí que el hombre de la careta había desaparecido...

—¿El qué? —exclamó Hadley.

—El hombre de la careta. ¿Me explico bien?

—No. Debemos tratar de dar algún sentido a todo esto cuanto antes, señor Mills. Vamos por partes: ¿qué asunto es ese del tejado?

—No hay pruebas ni huellas de ninguna clase, ¿comprende? —respondió el otro. Tenía los ojos abiertos como platos—. Caballeros, les repito que cuando me convencí de que el hombre de la careta había desaparecido, preví que iba a verme en apuros.

—¿Por qué?

—Porque yo no dejé de vigilar esa puerta, y me veía obligado a atestiguar que ese hombre no había salido. Pues bien. De no haberlo hecho por la puerta, podía

deducirse que había salido: a) utilizando una cuerda, por el tejado, o b) trepando por dentro de la chimenea al tejado. Era un hecho matemáticamente simple.

—¿Usted cree? —arguyo Hadley—. ¿Y qué más?

—Mi despacho está al final de este pasillo —prosiguió Mills—. Hay una puerta que conduce al ático, desde donde se abre una trampilla al tejado. Levantando esta trampilla pude ver con claridad los dos lados del tejado que dan encima de esta habitación. En la nieve no había huellas de ninguna clase.

—¿Pero no salió al tejado? —inquirió Hadley.

—No. No hubiera podido guardar el equilibrio.

El doctor Fell se volvió con cara radiante.

—¿Y qué pasó luego, hijo mío? —preguntó afablemente—. Quiero decir, ¿qué pensó usted cuando su matemática evidencia quedó hecha trizas?

Mills continuaba sonriendo.

—Ah, eso queda por averiguar. Yo soy matemático, señor. Jamás me permito divagar. —Se cruzó de brazos—. Pero quería que tuviesen presente lo que les he contado, caballeros.

—¿Qué le parece si nos explica, punto por punto, lo que ha ocurrido aquí esta noche? —le apremió Hadley, pasándose la mano por la frente. Se sentó ante el escritorio y sacó su cuaderno de notas—. ¡Sin prisas! Partiremos desde el principio. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando para el doctor Grimaud?

—Tres años y ocho meses.

—¿En qué consiste su trabajo?

—Labor general de secretaría. Le he ayudado a preparar su nueva obra: *Origen e historia de las supersticiones de la Edad Media en Europa*, además de...

—Está bien. ¿Cuántas personas viven en esta casa?

—Aparte del doctor Grimaud y yo, cuatro: Rosette Grimaud, su hija; la señora Dumont, que es el ama de llaves; un viejo amigo del doctor Grimaud llamado Drayman, y una doncella, cuyo apellido desconozco, a la que llamamos Annie.

—¿Quiénes estaban aquí esta noche cuando se cometió el crimen?

Mills avanzó un pie y se quedó mirando con fijeza la puntera del zapato.

—No puedo responderle con certeza. Le diré lo que sé. —Se balanceaba para adelante y para atrás—. Concluida la cena, a las siete y media, el doctor Grimaud subió a trabajar aquí. Acostumbraba \_ a hacerlo todos los sábados por la noche. Me dijo que no quería que lo molestaran hasta las once, costumbre igualmente inviolable. No obstante, dijo que tal vez recibiera una visita hacia las nueve y media.

—¿Dijo quién podría ser el visitante?

—No, no lo dijo.

Hadley se inclinó hacia adelante.

—Vamos, señor Mills. ¿No sabe que había recibido una amenaza? ¿No se ha enterado de lo ocurrido el miércoles por la noche?

—Sí... claro... En realidad yo estaba presente en la taberna. Supongo que

Mangan se lo habrá dicho.

De mala gana, aunque con sorprendente verismo, Mills relató lo sucedido. Mientras tanto, el doctor Fell se había esfumado y estaba realizando de nuevo una observación que le había ocupado varias veces aquella noche. Parecía sobremanera interesado en la chimenea; luego inspeccionó las manchas de sangre que salpicaban el borde del respaldo y el brazo derecho del sofá desplazado. Se veían también manchas en el hogar, donde un exiguo fuego de carbón había sido prácticamente ahogado por un montón de papeles chamuscados.

El doctor Fell, que murmuraba algo para sus adentros, dio un paso atrás para estudiar el escudo de armas. A ojos de Rampole, que no era aficionado a la heráldica, era un escudo dividido en rojo, azul y plata, con un águila negra y una media luna en la parte superior. En la inferior había un triángulo formado por algo así como unas torres sobre un tablero de ajedrez. El doctor Fell soltó un gruñido, pero no abrió la boca hasta que se puso a examinar los libros de las estanterías en la parte izquierda de la chimenea. Entonces, sacando libro tras libro y echando un vistazo al título, empezó a agitarlos excitadamente.

—Oye, Hadley, esto es muy extraño, muy revelador. *Yorick és Eliza levelei*, dos tomos. *Shakspeare Minden Munkái*, nueve tomos. Y aquí hay un nombre... —Se detuvo—. Hum. Bueno. ¿Sabe algo acerca de esto, señor Mills? Son los únicos libros a los que no se ha limpiado el polvo.

Mills, aturdido por la perorata, respondió:

—No... no sé. Creo que pertenecen a una colección que el doctor Grimaud tenía destinada para el desván... ¿Por dónde iba, señor Hadley? ¡Ah, sí! Bueno, cuando el doctor Grimaud me dijo que tal vez recibiera una visita esta noche no había razón para que yo pensara que se trataba del hombre de la taberna de Warwick. Él no lo mencionó.

—¿Qué fue lo que dijo exactamente?

—Yo... estaba trabajando después de la cena, abajo en la biblioteca grande. Me indicó que subiera a mi cuarto a las nueve y media, que me sentara con la puerta abierta y que no perdiera de vista esta habitación, por si acaso...

—¿Cómo que *por si acaso*...?

Mills se aclaró la garganta.

—No especificó nada. De modo que yo me limité a cumplir exactamente sus órdenes. Subí aquí a las nueve y media en punto.

—¿Dónde estaban los demás a esa hora? —preguntó Hadley.

—Según tengo entendido, la señorita Rosette Grimaud y Mangan estaban en el salón jugando a las cartas. Drayman me había dicho que iba a salir; no lo vi.

—¿Y la señora Dumont?

—Me la encontré al subir aquí. Salía con el café que toma Grimaud después de la cena, es decir, con el servicio... Yo me dirigí a mi despacho, dejé la puerta abierta y coloqué la mesita de la máquina de escribir de forma que pudiera ver el pasillo

mientras trabajaba. A las diez... —cerró los ojos y volvió a abrirlos—, exactamente a las diez menos cuarto, oí el timbre de la puerta principal. Suena en el segundo piso, y lo oí perfectamente. Dos minutos después vi subir a la señora Dumont. Cuando ella estaba a punto de llamar a la puerta, me sorprendió ver... hum... a un tipo alto que subía detrás. La señora Dumont dio media vuelta y lo vio. Entonces le soltó unas palabras que me es imposible repetir literalmente, pero cuya intención era reconvenirle por no haber esperado abajo. Parecía nerviosa. El... hum... individuo no respondió. Se acercó a la puerta y, muy despacio, se bajó el cuello del abrigo y se quitó la gorra, que guardó en el bolsillo. Creo que se rió y que la señora Dumont gritó no sé qué, retrocedió quedándose de espaldas contra la pared, y abrió a toda prisa la puerta. El doctor Grimaud apareció en el umbral con evidente disgusto; sus palabras exactas fueron: “¿Qué demonios significa todo este alboroto?”. Entonces se quedó petrificado, mirando al otro, y dijo exactamente: “Por el amor de Dios, ¿quién es usted?”.

La voz cantarina de Mills iba adquiriendo velocidad; su sonrisa era cada vez más lúgubre.

—Tranquilícese, señor Mills. ¿Pudo ver bien a ese individuo alto?

—Muy bien. Al acercarse desde la escalera, cuando pasaba bajo el arco, me miró.

—¿Y qué?

—Traía levantado el cuello del abrigo y se cubría con una gorra de visera. Llevaba una careta de niño, una especie de máscara de cartón. Me dio la impresión de que era alargada, de un color asalmonado, con la boca muy abierta. Y, que yo sepa, no se la quitó. Creo que no me equivoco al afirmar...

—Casi nunca se equivoca, ¿no es cierto? —preguntó desde la puerta una voz glacial—. Sí, era una careta. Y, desgraciadamente, no se la quitó.

### III. LO IMPOSIBLE

Permaneció en la puerta mirándolos a todos, uno por uno. A Rampole le pareció una mujer extraordinaria, de vivos ojos negros. Era de corta estatura y constitución recia, con cara ancha y abultados pómulos. El pelo castaño le caía en rizos sueltos sobre las orejas, y llevaba un vestido oscuro de lo más sencillo, a pesar de lo cual su aspecto no era vulgar. Sus negros ojos se detuvieron en Hadley.

—Soy Ernestine Dumont —dijo—. Vengo para ayudarles a descubrir al hombre que disparó contra Charles. —Hablaba casi sin acento, pero con una cierta premura que la hacía farfullar—. Cuando me enteré, no pude subir inmediatamente. Luego he querido acompañarlo a la clínica, pero no me lo ha permitido el médico. Ha dicho que la policía tal vez quisiera hablar conmigo.

Hadley se levantó y le ofreció una silla.

—Por favor, siéntese, señora. Nos gustaría oír su testimonio dentro de un momento. Debo pedirle que escuche lo que está diciendo el señor Mills, por si fuera necesario que usted lo corroborara...

Ernestine Dumont se estremeció al sentir el frío que entraba por la ventana, y el doctor Fell se acercó a cerrarla. Luego echó una ojeada a la chimenea, donde estaba casi ahogado el fuego por aquel montón de papeles quemados, y finalmente, dándose cuenta de las palabras de Hadley tras un breve lapso mental, asintió con la cabeza.

—Sí, por supuesto. Es un chico bueno y tontaina, pero con buena voluntad. ¿No es cierto, Stuart?

Si aquel comentario enojó a Mills, no dio muestras de ello. Se cruzó de brazos y gorjeó imperturbable:

—Si la Pitonisa disfruta con eso, nada tengo que objetar. Pero... hum... ¿dónde iba?

—Dijo que las palabras del doctor Grimaud cuando vio al visitante fueron: “Por el amor de Dios, ¿quién es usted?”. ¿Y luego?

—¡Ah, sí! No tenía puestas las gafas, sino colgando del cordón. No ve muy bien sin ellas y me da la impresión de que tomó la máscara por un rostro real. Pero antes de que pudiera calarse los lentes, el forastero se coló en la habitación con un movimiento rápido. Una vez dentro. —Mills se detuvo, aparentemente confuso—, tengo la impresión de que fue la señora Dumont quien cerró la puerta tras él, aunque seguía apartada a un lado de espaldas contra la pared. Recuerdo que tenía la mano en el picaporte.

—¿Qué pretende dar a entender con eso, jovencito? —preguntó indignada Ernestine Dumont—. El hombre cerró la puerta tras él de una patada, y a

continuación echó la llave.

—Un momento, señora... ¿Es eso cierto, señor Mills?

—Quisiera dejar bien claro —gorjeó Mills— que trato simplemente de dar una versión de los hechos, e incluso de mis impresiones. No he querido dar a entender nada. Acepto la corrección. Como dice la Pitonisa, cerró la puerta con llave. Ella empezó a llamar al doctor Grimaud por su nombre de pila y a sacudir el tirador de la puerta. Oí voces dentro, y entonces el doctor Grimaud gritó a la Pitonisa irritado: “Lárgate de ahí, idiota. Puedo valerme solo”.

—Comprendo. ¿Parecía... amedrentado o algo así?

El secretario reflexionó:

—Al contrario, yo diría que hasta cierto punto su tono era de alivio.

—Y usted, señora, ¿le obedeció y se alejó?

—Sí.

—Aun así —dijo suavemente Hadley— presumo que no es corriente que un bromista llame a la puerta con una careta. Supongo que estaría al corriente de la amenaza que recibió su patrón, ¿no?

Al oír la palabra patrón fue como si la aguijonearan.

—Llevo más de veinte años sirviendo a Charles Grimaud —respondió la mujer con gran aplomo— y no he conocido situación en que no pudiera valerse por sí mismo. Sirviendo... ¡Claro que le he servido! Siempre le serviría.

Hadley se volvió al secretario.

—¿Recuerda usted, señor Mills, qué hora era cuando ese hombre alto entró en la habitación?

—Las diez menos diez. Tengo un reloj sobre la mesa de mi máquina de escribir.

—¿Y cuándo oyó el disparo?

—A las diez y diez exactamente.

—Entonces, ¿estuvo mirando esa puerta todo el rato?

—Sí, sin lugar a dudas. —Se aclaró la garganta—. Fui el primero en llegar a la puerta cuando sonó el tiro. Seguía cerrada por dentro, como comprobaron ustedes, caballeros, cuando llegaron muy poco después. —Al encontrarse con la fría mirada de Hadley, el sudor empezó a brotar de su frente—. Ahora me doy perfecta cuenta de que les estoy contando una historia que debe parecer absolutamente fantástica. —Su voz, de improviso, aumentó de tono—. No obstante, les juro, caballeros...

—Así fue, Stuart —dijo suavemente la mujer—. Puedo corroborarlo.

Hadley escuchaba ligeramente ceñudo.

—Menos mal —dijo—. Una última pregunta: ¿podría describirnos con exactitud el aspecto del visitante?

—Puedo decir que llevaba un abrigo negro largo y una gorra de visera parda. Los pantalones tiraban a gris. El pelo, cuando se quitó la gorra... —Mills se detuvo—: No quisiera parecer fantástico, pero el pelo tenía un brillo oscuro, pintado, como si estuviera hecho de cartón.

—Continúe —dijo Hadley, sin desarrugar el ceño.

—Creo que llevaba guantes, aunque se metió las manos en los bolsillos. Era alto, ocho o diez centímetros más alto que el doctor Grimaud, y de una constitución anatómica... hum... regular.

—¿Se parecía a ese Pierre Fley?

—Bueno, en cierto modo sí, aunque debo decir que era más alto y no tan delgado.

Durante el interrogatorio el doctor no había dejado de pasear de aquí para allá hundiendo su bastón en la alfombra con fastidio. Se agachaba para fisgarlo todo. Miró el cuadro, los libros, el búfalo de jade que había sobre el escritorio, y al mismo tiempo no quitaba ojo a la señora Dumont. Era como si le fascinara. Había algo verdaderamente terrible en aquellos ojos pequeños y brillantes que giraban rápidos en el mismo instante en que él dejaba de mirar algo. Y la mujer lo sabía. Trataba de no hacerle caso, pero sus ojos se volvían de nuevo hacia él.

—Quedan por hacer otras preguntas, señor Mills —dijo Hadley—, en particular sobre ese suceso de la taberna de Warwick y sobre el cuadro. Pero pueden esperar. ¿Quiere decir a la señorita Grimaud y al señor Mangan que suban? Y también al señor Drayman, si es que ha vuelto... Gracias. ¡Un momento! Hum... ¿Alguna pregunta, Fell?

El doctor Fell negó con la cabeza con franca amabilidad.

Rampole vio que la mujer tenía los nudillos blancos de la tensión.

—¿Es que su amigo no puede dejar de pasear de esa forma? —gritó bruscamente—. Es desesperante.

Hadley la miró fijamente:

—Lo comprendo, señora. Pero es ese su estilo; ¡qué le vamos a hacer!

—Pero, ¿quiénes son ustedes? Entran en mi casa...

—Será mejor que se lo explique. Soy inspector jefe del Departamento de Investigación Criminal. Este es el señor Rampole. Y este otro es el doctor Gideon Fell. Tal vez haya oído hablar de él.

Ella asintió.

—¡Vaya, vaya! Aun así, ¡no hay razón para que olviden la compostura! ¡Ni para dejar que se hiele la habitación abriendo ventanas! ¿No podemos encender la chimenea, al menos, para calentarnos?

—No lo aconsejo —dijo el doctor Fell—. Por lo menos hasta que no comprobemos qué papeles se han quemado en ella.

—¡Oh! —respondió con aire de cansancio Ernestine Dumont—, ¿pero por qué serán tan tontos? ¿Por qué se quedan ahí sentados? De sobra saben quién es el criminal. Ha sido ese tipo, Fley. ¿Por qué no van por él?

—¿Conoce usted a Fley? —saltó Hadley.

—No, no, ¡en mi vida lo he visto! Antes de esto, quiero decir. Pero sé lo que Charles me dijo.

—¿Y qué le dijo?

—¡Bah, bah! Ese Fley es un lunático. Charles jamás lo había visto, pero ese hombre tenía la absurda idea de que Charles se reía de lo oculto. Bueno, me dijo que tal vez se presentara aquí esta noche a las nueve y media. Si así fuera, debía dejarlo pasar. Pero cuando vine a recoger la bandeja del café a las nueve y media, se echó a reír y dijo que si no había llegado ya no vendría. “La gente rencorosa es puntual”, dijo. —La señora Dumont se echó hacia atrás, cuadrando los hombros—. Estaba equivocado. A las diez menos cuarto sonó el timbre. Fui a abrir la puerta. Había un hombre en el umbral. Me tendió una tarjeta de visita y dijo: “¿Quiere llevarle esto al profesor Grimaud y preguntarle si puede recibirme?”.

Hadley se inclinó hacia el borde del sofá y vigiló su reacción.

—¿Qué me dice de la careta, señora? ¿No lo encontró raro?

—¡No la vi! ¿No se ha dado cuenta de que en el pasillo de abajo sólo hay una luz? ¡Vaya! Había un farol de la calle detrás de él, y todo lo que alcancé a ver fue su silueta. Hablaba tan educadamente, ¿comprende?, y además me ofreció una tarjeta y... por un instante no me di cuenta... —los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¡Les digo la verdad! ¡No miento! Si alguien le hace mal a uno, bueno, se pone al acecho y lo mata. ¡Pero no se pone una máscara pintada como hace el viejo Drayman con los chicos la noche de Guy Fawkes!<sup>[2]</sup> ¡No presenta tarjetas de visita, sube, mata a un hombre y se esfuma por la ventana! —Su falso aplomo desembocó en histeria—. ¡Oh, Dios mío, Charles! ¡Mi pobre Charles!

Hadley esperó silencioso. La mujer se rehízo en seguida. Aquel acceso emocional le había serenado los nervios.

—El hombre —apuntó Hadley— dijo: “¿Quiere llevarle esto al profesor Grimaud y preguntarle si puede recibirme?”. Muy bien. Tenemos entendido que en aquel momento la señorita Grimaud y el señor Mangan estaban en el salón, cerca de la puerta principal...

Levantó la vista hacia él:

—Sí... sí, supongo que estarían. No me di cuenta.

—¿Recuerda si estaba la puerta del salón abierta o cerrada?

—Supongo que cerrada; de otra forma habría estado más iluminado el pasillo.

—Continúe, por favor.

—Bueno, cuando el hombre me dio su tarjeta mi intención fue subir a buscar a Charles para que bajara. Así que dije: “Espere aquí. Voy a ver”. Y le di un portazo en las narices, de modo que el pestillo de la cerradura quedó echado. Retrocedí hasta la luz y miré la tarjeta. Estaba en blanco.

—¿En blanco?

—No tenía nada escrito ni impreso. Subí a enseñársela a Charles y... bueno, ya les ha contado Mills lo que ocurrió. Iba a llamar a la puerta cuando oí que alguien subía por las escaleras detrás de mí. Me volví y allí estaba. Pero juraría... juraría delante de la Cruz que cerré la puerta de abajo. Bueno, ¡miedo no tenía! ¡En absoluto! Le pregunté qué pretendía subiendo así. Y todavía no podía distinguir la careta,

¿comprende?, puesto que estaba de espaldas a esa luz brillante de la escalera. Pero me dijo en francés: “Señora, no puede dejarme así, ahí afuera”. Se bajó el cuello del abrigo y se metió la gorra en el bolsillo. Yo abrí la puerta, sabiendo que no se atrevería a enfrentarse con Charles, en el mismo instante en que Charles la abría desde dentro. Fue entonces cuando vi la máscara, que era de un color asalmonado, como de carne. Y antes de que pudiera hacer nada, pegó un salto terrible para dentro, cerró la puerta de una patada y dio vuelta a la llave en la cerradura. —Hizo una pausa.

—¿Y entonces? —preguntó Hadley.

—Me fui, como Charles me había ordenado. Me alejé un poco, hasta unas escaleras más abajo, desde donde podía seguir viendo la puerta de esta habitación, y no abandoné mi puesto, como tampoco lo hizo el pobre Stuart. Fue horrible. Estaba allí; cuando dispararon; cuando Stuart corrió a golpear la puerta. Y allí seguía cuando ustedes empezaron a subir la escalera. Pero no pude soportarlo; sentí que me desmayaba, y apenas llegué a mi alcoba me sentí indispuesta. Pero Stuart está en lo cierto. Nadie salió de esa habitación. Que Dios nos proteja a los dos; decimos la verdad. Como quiera que ese demonio haya salido de la habitación, por la puerta no fue... Y ahora, por favor, se lo ruego, ¿podría ir a la clínica a ver a Charles?

Fue el doctor Fell quien le contestó. Estaba de pie, de espaldas a la chimenea: una estampa formidable, con su capa negra, bajo los floretes de esgrima y el escudo de armas. Las gafas, un poco ladeadas sobre sus narices.

—No la entretendremos mucho más, señora —dijo—. Y al menos yo, personalmente, no pongo en duda su relato, como tampoco dudo del de Mills. Y antes de empezar a trabajar demostraré que la creo... Señora, ¿recuerda a qué hora dejó de nevar anoche?

Ella lo miraba a la defensiva, con ojos brillantes.

—Creo que alrededor de las nueve y media. ¡Sí! Cuando subí a recoger la bandeja del café de Charles miré para fuera y advertí que había dejado de nevar. ¿Es que importa eso?

—Muchísimo, señora. Y está en lo cierto; dejó de nevar hacia las nueve y media. ¿No es eso, Hadley?

El inspector miró con suspicacia al doctor Fell.

—Y suponiendo que fuera a las nueve y media, ¿qué?

—Que no sólo dejó de nevar cuarenta minutos antes de que el visitante escapara de esta habitación —prosiguió el doctor con aire meditativo—, sino quince minutos antes de que llegara a la casa, también. ¿No es cierto, señora? Tocó el timbre a las diez menos cuarto... Bien... Y ahora, Hadley, ¿recuerdas cuando llegamos? ¿Te diste cuenta de que antes de que tú, Rampole y el joven Mangan os precipitaraís para dentro no había una sola huella en los escalones de la puerta principal, ni tampoco en la acera, delante de esos escalones?

—¡Cristo! ¡Pues es cierto! Toda la acera estaba intacta. Se... —Hadley se volvió

lentamente hacia la señora Dumont—. De modo que, según tú, esa es la prueba que te impulsa a creer la declaración de la señora Dumont. Fell, ¿te has vuelto loco tú también?

El doctor Fell rió para su colete.

—Pero hombre, ¿qué es lo que te desconcierta tanto? Por lo que se ve, el visitante voló de aquí sin dejar una sola huella. ¿Por qué te disgusta saber que entrara también volando?

—No lo sé —admitió el otro—. ¡Pero sí, qué diantre! Según mi experiencia sobre crímenes cometidos en habitaciones cerradas, salir o entrar son dos cosas muy diferentes.

—Escuchen, por favor —intervino la señora Dumont—. Les repito que estoy diciendo absolutamente la verdad, como hay Dios en el cielo.

—Y la creo —respondió el doctor Fell—. No se deje intimidar por el sentido común escocés de Hadley. También la creerá antes de que yo haya concluido con él. Pero mi idea es esta: le he demostrado que tengo fe en lo que ha dicho, ¿no es así, señora? Muy bien. Pero me parece que voy a poner muy en duda lo que me diga dentro de un momento.

—Continúe, por favor —respondió ella, imperturbable.

—Gracias. Entonces, ¿cuánto tiempo lleva de ama de llaves de Grimaud? No; cambiaré la pregunta. ¿Cuánto tiempo lleva con él?

—Más de veinticinco años. En tiempos fui algo más que su ama de llaves. —Había permanecido con los ojos fijos en los dedos entrecruzados, pero ahora levantó la cabeza. En sus ojos había una expresión orgullosa y firme. Continuó con sosiego—: Les voy a decir una cosa, con la esperanza de que me den su palabra de guardar el secreto. Lo encontrarán en sus archivos de extranjeros, en la central de la policía, y tal vez causen molestias innecesarias que nada tienen que ver con este asunto. No es sólo por mí, compréndanlo. Rosette Grimaud es hija mía. Nació aquí, y así tiene que constar. Pero ella no lo sabe; no lo sabe nadie. Por favor, se lo ruego, ¿puedo confiar en su discreción?

—Puede tener la certeza de que no diremos ni una palabra acerca de eso —repuso el doctor Fell—. Respecto a la joven, apostararía que probablemente ya lo sabe. Los niños adivinan. E intentará ocultárselo a usted. Hum. Dejémoslo. —Sonrió—. ¿Dónde conoció usted a Grimaud?

Ella suspiró profundamente.

—En París.

—¿Es usted parisiense?

—¿Cómo? ¡No, no, de nacimiento no! Soy de provincias. Pero trabajaba allí cuando le conocí. Era *costumière*, esas operarias que confeccionan los trajes para la ópera y el ballet. Trabajábamos en la Opera, precisamente. ¡Encontrará pruebas de ello! No estuve nunca casada y mi nombre de soltera es Ernestine Dumont.

—¿Y Grimaud? —preguntó bruscamente el doctor Fell—. ¿De dónde procedía?

—Del sur de Francia, creo. Pero estudió en París. Murió toda su familia y él heredó su fortuna.

Había una atmósfera tensa que la trivialidad del interrogatorio no parecía justificar. Las tres preguntas siguientes del doctor Fell fueron tan asombrosas que Hadley levantó la vista de su cuaderno de notas y Ernestine Dumont se agitó incómoda.

—¿Qué religión profesa, señora?

—Soy unitaria. ¿Por qué?

—Hum. ¿Estuvo alguna vez Grimaud en los Estados Unidos?

—Nunca.

—¿Significan algo para usted las palabras “siete torres”?

—¡No! —gritó Ernestine Dumont, poniéndose lívida.

El doctor Fell, que acababa de encender su puro, la miró perplejo a través del humo. Se alejó de la chimenea con paso tardo e indicó con el bastón el amplio cuadro, delineando el contorno de las montañas blancas pintadas en el lienzo.

—No voy a preguntarle si sabe lo que esto representa —continuó—; sólo deseo que me diga si Grimaud le explicó por qué lo compró. De cualquier forma, ¿qué virtud mágica se le suponía? ¿Qué poder para detener las balas o defender contra los maleficios? ¿Qué influ...? —Se detuvo como si recordara algo con asombro. Entonces se acercó al cuadro, lo levantó del suelo con una sola mano y lo volvió de un lado para otro con curiosidad—. ¡Atiza! —exclamó con fuerza explosiva, en su profunda abstracción—. ¡Dios mío! ¡Por todos los diablos! ¡Voto a...!

—¿Qué pasa? —inquirió Hadley—. ¿Has descubierto algo?

—No, nada —respondió el doctor Fell—. Ese es el caso. Bien, ¿qué me dice, señora?

—Me parece —dijo la mujer con voz trémula— que es usted el Hombre más raro que he conocido en mi vida. No. No sé qué es eso. Charles no quiso decírmelo. Pero parece un paisaje de un país que no existe.

El doctor Fell asintió con gesto tétrico.

—Me temo que tenga usted razón, señora. No creo que exista. Y si es que enterraron allí a tres personas, difícil será encontrarlas, ¿no cree?

—¿Vas a dejar de desbarrar? —gritó Hadley; pero vio, desconcertado, que aquellos desvaríos habían sentado a Ernestine Dumont como una bofetada.

—Me voy —dijo, poniéndose en pie—. Están locos. Se quedan ahí diciendo disparates mientras Pierre Fley escapa.

¿Por qué no salen en su busca?

—Porque el mismo Grimaud dijo que no había sido Pierre Fley, señora. —Y ante los ojos retadores de aquella mujer, el doctor Fell dejó caer de nuevo el cuadro de golpe contra el sofá.

Aún seguía Rampole mirando el cuadro cuando se oyeron pisadas en la escalera. Les confortó descubrir la cara prosaica, de enjutas facciones, del sargento Betts, con

dos joviales agentes de paisano que traían los aparatos fotográficos y de impresión digital. Un policía de uniforme se quedó junto a Mills, Boyd Mangan y la chica que estaba antes en el salón. Esta última se abrió paso a través del grupo y entró en el aposento.

—Boyd me ha dicho que querían verme —dijo con voz vacilante—. No me han dejado ir con la ambulancia, como era mi deseo. Será mejor que vayas cuanto antes, tía Ernestine. Dicen que se... muere.

Trataba de comportarse con normalidad y soltura, incluso en el gesto de quitarse los guantes; pero no lo conseguía. Rampole vio que tenía el pelo de un matiz rubio intenso, muy corto y echado hacia delante; el rostro, claramente delineado; boca grande, ojos castaños y pómulos salientes. No era hermosa, pero sí turbadora. Y rebosante de vitalidad. Echó una ojeada rápida a su alrededor. Parecía al borde de la histeria.

—Por favor, ¿quieren darse prisa y explicarme qué desean? —suplicó—. ¿No se dan cuenta de que se está muriendo? Tía Ernestine...

—Si estos caballeros han terminado conmigo —respondió ella, impasible—, me iré.

Ahora, de pronto, se mostraba dócil. Pero era una docilidad forzada, con un punto de desafío, como avisando de sus límites. Algo parecía erizarse entre las dos mujeres. Hadley prolongó el silencio como si estuviera delante de dos sospechosos en Scotland Yard. Al fin, ordenó con voz enérgica:

—Señor Mangan, ¿quiere llevar a la señorita Grimaud a la habitación de Mills, al fondo del pasillo? Gracias. Estaremos con ustedes dentro de un momento... ¡Betts!

—Mande usted.

—¿Trae cuerdas y linterna?... Bien. Quiero que suba al tejado de esta casa y recorra hasta el último milímetro en busca de huellas o señales de cualquier clase. Luego baje al jardín de la casa y a los dos contiguos, y procure encontrar allí cualquier rastro. El señor Mills le indicará por dónde se sube al tejado... ¡Preston! ¿Está por ahí el sargento Preston?

Un joven narigudo entró como una exhalación desde el pasillo.

—Examine esta habitación a ver si encuentra alguna entrada secreta, ¿estamos? Y compruebe si puede trepar alguien por la chimenea... Muchachos, vosotros continuad con las huellas y las fotografías. Pero que nadie toque esos papeles quemados de la chimenea... ¡Agente! ¿Dónde demonios se ha metido ese agente?

—Aquí me tiene, señor.

—¿Telefearon de Bow Street para dar la dirección de ese hombre llamado Pierre Fley?... Está bien. Vaya a su casa y tráigalo aquí. Si no está, espérelo. ¿Han enviado a alguien al teatro donde trabaja?... Está bien. ¡Manos a la obra todos!

Se alejó refunfuñando hacia el pasillo con paso firme. El doctor Fell lo siguió con su paso tardo y por primera vez se sintió imbuido de una impaciencia brutal. Agarró al inspector por el brazo y apremió:

—Escucha, Hadley, tú baja y encárgate del interrogatorio, ¿eh? Creo que yo puedo ser de más utilidad quedándome atrás y ayudando a esos chapuceros con las fotografías...

—No —repuso acalorado el otro—. Quiero hablar contigo a solas y sinceramente. ¿Qué es todo ese abracadabra de las “siete torres” y los enterrados en países que no existen? No es la primera vez que te dan esos arrebatos de superchería, pero nunca han sido tan fuertes.

Se volvió, irascible, cuando Mills le tocó en el brazo.

—Hum..., antes de guiar al sargento al tejado —dijo—, creo conveniente avisarle que, en caso de que desee ver al señor Drayman, está aquí, en casa.

—¿Drayman? ¡Oh, sí! ¿Cuándo ha vuelto?

Mills frunció el ceño.

—Por lo que deduzco, no había salido. Hace poco miré en su alcoba. Lo encontré durmiendo. No será fácil despertarlo. Creo que ha tomado una píldora para dormir. Es muy aficionado.

—En mi vida he visto gente tan rara como la de esta casa —declaró Hadley, después de una pausa, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Algo más?

—Sí, señor. Está abajo un amigo del doctor Grimaud. Acaba de llegar. Es del círculo ese de la taberna de Warwick. Se llama Pettis, Anthony Pettis.

—Pettis, ¿eh? —repitió el doctor Fell frotándose la barbilla—. ¿No será el Pettis que colecciona relatos de fantasmas y escribe esos prólogos estupendos?

—Oiga —dijo Hadley—, ahora no puedo ver a ese tipo. ¿Quiere tomar su dirección? Iré a verle por la mañana. —Se volvió al doctor Fell—. Vamos, continúa con tus “siete torres” y tu país que no existe.

El doctor esperó a que Mills se alejara por el pasillo con el sargento Betts. Luego hizo una seña y se llevó a Hadley y a Rampole hacia la escalera.

—Llegaré a las siete torres por los pasos contados. Unas palabras mal articuladas, puesto que proceden de la víctima, tal vez sean la pista más importante de todas. Me refiero a esas palabras que murmuró Grimaud antes de perder el conocimiento. Hadley, ¿recuerdas que le preguntaste si era Fley el que había disparado contra él? Negó con la cabeza. Entonces tú le preguntaste quién había sido. ¿Y qué contestó él? Quiero que cada uno de vosotros repita lo que le pareció oír.

Miró a Rampole. El norteamericano titubeó.

—La primera palabra me pareció que sonaba algo así como *hover*...

—Tonterías —le interrumpió Hadley—. Yo lo apunté todo, palabra por palabra. Lo primero que dijo fue *bath* o *the bath* [el baño], pero que me cuelguen si lo entiendo...

—Vamos por partes —dijo el doctor Fell—. Vuestros galimatías dejan chiquitos a los míos. Continúa, Ted.

—Bueno, luego le oí decir *suicidio*, *no y no pudo utilizar una cuerda*. Después hizo alguna referencia a *tejado* y *nieve* y a un *zorro*. Lo último que oí fue algo así

como *demasiada luz*.

Hadley se mostró indulgente.

—Lo cogiste todo al revés. Pero aun así debo admitir que mis notas no tienen mucho más sentido. Después de *bath* dijo *vino y sal*. Estás en lo cierto en lo de la cuerda, aunque yo no oí nada de suicidio. *Tejado y nieve* están bien. A continuación, *demasiada luz*. Luego, *cogió la pistola*, y finalmente dijo algo sobre un zorro; lo último fue algo así como *no culpen al pobre*...

—¡Válgame Cristo! —suspiró el doctor Fell—. Esto es terrible, muchachos. Iba a explicaros lo que dijo, pero ante el asombroso tamaño de vuestras respectivas orejas me siento anonadado. ¡Puf...!

—Bueno, ¿cuál es tu versión? —inquirió Hadley.

El doctor renqueó de un lado para otro.

—Sólo pude oír las primeras palabras, y si no me equivoco tienen un sentido bastante aceptable. Pero el resto es un galimatías.

El doctor Fell contempló su puro, ya consumido.

—¡Hum, pues sí...! Será mejor que aclaremos todo esto un poco. Pero no nos apresuremos. Y vamos una pizca para atrás... En primer lugar, amigo mío, ¿qué ocurrió en esa habitación después del tiro que hirió a Grimaud?

—¿Y qué demonios quieres que yo sepa? —vociferó Hadley—. Si no hay ninguna entrada secreta...

—No, no me refiero al truco de la desaparición. Estás ofuscado con ese asunto, Hadley; tan ofuscado que no te paras a pensar qué más ocurrió allí. Primero vamos a poner en claro los hechos obvios a los que puede darse una explicación. Hum. ¿Qué sucedió entonces en ese cuarto después del tiro? En primer lugar, todas las huellas se concentran alrededor de la chimenea.

—¿Quieres decir que el tipo trepó por la chimenea?

—En absoluto —respondió enojado el doctor Fell—. Ese cañón es ancho, pero no tiene fondo para poder meter siquiera el puño. Cálmate. Primero: el sofá lo habían apartado de su posición habitual frente a la chimenea. Había bastante sangre sobre el respaldo, como si Grimaud hubiera tropezado o se hubiera inclinado sobre él. La alfombrilla de la chimenea, desviada para un lado, también presentaba manchas de sangre. Y habían corrido una de las butacas de delante de la chimenea. Por último, hallé manchas de sangre en el hogar y hasta en la misma chimenea. Estas manchas nos llevaron a un montón enorme de papeles quemados que casi habían ahogado el fuego. Bien: consideremos el comportamiento de la fiel señora Dumont. En cuanto entró en esa habitación se mostró preocupadísima por la chimenea. No apartaba la vista de ella y casi se puso histérica al darse cuenta de que tampoco yo le quitaba ojo. Hasta incurrió en el estúpido disparate de pedirnos que encendiéramos fuego. Alguien intentó quemar allí cartas o documentos, muchacho. Ella quería asegurarse de que habían quedado destruidos.

—¿De modo que estaba al corriente? —dijo lentamente Hadley—. Y sin

embargo, tú dijiste que creías su relato...

—Sí, y lo sigo creyendo en cuanto al visitante y al crimen. Lo que no creo es la información que nos dio sobre ella misma y Grimaud... ¡Pero recapacita de nuevo en lo ocurrido! El intruso dispara contra Grimaud. No obstante, Grimaud, aunque sigue consciente, no grita pidiendo auxilio y ni siquiera abre la puerta cuando Mills se pone a golpearla. Pero hace algo, y lo hace con tan violento esfuerzo que se desgarró por completo la herida abierta en el pulmón, como oísteis decir al médico.

»Y voy a deciros lo que hizo. Sabía que iba a morir y que vendría la policía. Tenía en su poder un montón de cosas que debían ser destruidas, y era más importante destruirlas que atrapar al hombre que le había pegado el tiro. Una y otra vez se arrastró hasta la chimenea para quemar esos documentos. De ahí el sofá echado para un lado, las manchas de sangre... ¿Comprendéis ahora?».

En el claro y desierto pasillo se hizo un silencio.

—¿Y la Dumont? —preguntó Hadley.

—Lo sabía, por supuesto. Era su secreto. Y da la casualidad de que ella le quiere.

—Si eso es cierto, lo que destruyó debía de ser algo de una importancia tremenda. De todos modos, ¿qué secreto podrían tener?

El doctor Fell se apretó las sienes con las manos y se descompuso la tupida cabellera.

—Tal vez pueda revelaros algo sobre ese particular —dijo—, aunque hay algunos puntos cuya aclaración me parece imposible. Ni Grimaud ni la Dumont son franceses, ¿comprendéis? Son magiares. Para más precisión, Grimaud es oriundo de Hungría. Su verdadero nombre es Károly, o Charles, Grimaud Horváth. Probablemente su madre era francesa. Procede del principado de Transilvania, que antaño formó parte del reino húngaro pero fue anexionado a Rumania después de la guerra. Al final de los años noventa o a principios de 1900, Károly Grimaud Horváth y sus dos hermanos fueron encarcelados. ¿Os había dicho que tenía dos hermanos? De uno no sabemos nada, pero el otro se hace llamar ahora Pierre Fley.

»No sé qué delito cometerían los tres hermanos Horváth, pero los mandaron a la prisión de Siebenturmen, a trabajar en las minas de sal, cerca de Tradj, en los Cárpatos. Probablemente Charles se fugó. Ahora bien, el secreto, diríamos mortal, de su vida no puede referirse al hecho de que estuviera en la cárcel, ni siquiera al de que se fugara, puesto que el reino húngaro está desmembrado y su autoridad ha dejado de existir. Es más probable que haya cometido alguna atrocidad nefanda relacionada con los otros dos hermanos; algo horripilante relacionado con esos tres ataúdes; tal vez un caso de enterrados vivos que lo llevaría a la horca incluso ahora, si llegara a descubrirse... Eso es todo lo que puedo exponer de momento. ¿Tiene alguien una cerilla?».

## IV. LAS SIETE TORRES

En la pausa que siguió a esta exposición, Hadley lanzó una caja de cerillas al doctor Fell y lo miró con malignidad.

—No estarás bromeando, ¿verdad? —le preguntó.

—En asuntos como este no bromeo. Esos tres ataúdes... ¡Maldita sea, Hadley! —gruñó—. Si hubiese alguna luz... algo...

—Pues no parece que lo hayas hecho nada mal. ¿Nos has ocultado algo? Si no, ¿cómo sabes todo eso? ¡Espera un momento! —miró su cuaderno de notas—. *Hover. Bath. Vino. Sal.* En otras palabras, ¿estás insinuando que lo que Grimaud dijo realmente fue Horváth y mina de sal?

—Lo dijo, Hadley. Yo lo oí. Le preguntaste un nombre, ¿no? ¿Fue Fley? No. ¿Entonces quién fue? Y él respondió: Horváth.

—Que según tú es su propio apellido.

—Sí. Escucha —dijo el doctor Fell—, admito de buen grado que no ha sido una labor de indagación muy correcta. No te enseñé las fuentes de información que encontré en ese cuarto, pero bien sabe Dios que intenté hacerlo inmediatamente. El caso es este: por Ted Rampole nos enteramos de que un extraño individuo amenaza a Grimaud y habla no sé qué de enterrados vivos. Grimaud se lo toma en serio; conoce a este hombre de antes y sabe a qué se refiere, puesto que, por alguna razón, compra un cuadro que representa tres tumbas. Cuando tú preguntas a Grimaud quién le hizo el disparo, responde con ese apellido Horváth, y dice algo sobre minas de sal. Si ya esto puede parecerte raro en un profesor francés, mucho más raro es que tenga sobre la chimenea el lema de un escudo con esta inscripción: *Mantelado, águila negra sobre plata con una media luna en el centro...*

—Creo que podemos pasar por alto la heráldica —dijo Hadley—. ¿Qué representa?

—Son las armas de Transilvania. Suprimidas desde la guerra, por supuesto, y apenas conocidas en Inglaterra, ni en Francia, aun antes de su desaparición. Primero, un nombre eslavo, y después armas eslavas. A continuación esos libros que te mostré. Eran obras inglesas traducidas al magiar. No voy a pretender que puedo leerlos, pero sí al menos reconocer en ellos las obras completas de Shakespeare y las *Cartas de Yorick a Eliza* de Sterne. Era algo tan sorprendente que examiné todos los volúmenes.

—¿Sorprendente por qué? —preguntó Rampole.

—Suponte que un francés erudito quiera leer obras inglesas. Pues bien, las lee en inglés o adquiere una buena traducción al francés. Pero será rarísimo que se complazca en saborearlas por vez primera en una traducción al húngaro. No. La

lengua materna del dueño de esos libros, quienquiera que sea, es el húngaro. Los repasé de arriba abajo esperando encontrar algún nombre. Cuando vi escrito Károly Grimaud Horváth, 1898, casi borrado, en la contraportada, caí en la cuenta.

»Si su verdadero apellido era Horváth, ¿por qué lo ocultó durante tanto tiempo? Piensa en las palabras *enterrado vivo* y *minas de sal* y verás que revelan una cierta luz. Pero cuando le preguntaste quién le pegó el tiro dijo que Horváth. No se refería a él mismo, sino a otro llamado también Horváth. Mientras yo daba vueltas a todo esto, nuestro gran Mills estaba contándote lo sucedido en la taberna con el tal Fley. Mills dijo que le parecía columbrar en él algo muy conocido, aunque nunca le había visto antes. ¿No le recordaría a Grimaud? ¡Hermano, hermano, hermano! Como ves, había tres ataúdes, pero Fley mencionó sólo a dos hermanos. Se diría que faltaba un tercero.

»Mientras cavilaba en ello, apareció la señora Dumont con sus rasgos eslavos. Si lograba comprobar que Grimaud procedía de Transilvania, nos facilitaría el trabajo a la hora de descubrir su vida. Pero tenía que hacerlo con delicadeza. ¿Te has fijado en la talla de bisonte que hay sobre el escritorio de Grimaud? ¿Qué te sugiere?».

—A mí me sugiere el Far West —rezongó el comisario—. Búfalo Bill, los indios... ¿Por eso le preguntaste si había estado alguna vez Grimaud en los Estados Unidos?

El doctor Fell asintió con la cabeza.

—Verás, si hubiese comprado esa figura en una tienda de curiosidades norteamericana... Hum. Yo he estado en Hungría, Hadley. Allá por mis años mozos, cuando acababa de leer *Drácula*. Transilvania era el único país de Europa donde criaban bisontes; los utilizaban como animales de tiro. En Hungría imperaba una mezcla de diferentes creencias religiosas. Pero Transilvania era unitaria. Pregunté a la señora Dumont y ella lo confirmó. Entonces lancé mi bomba de mano. Si Grimaud había estado relacionado inocentemente con las minas de sal, la cosa no tendría importancia. Y mencioné la única prisión de Transilvania donde hacían trabajar a los presos en minas de sal. Nombré la Siebenturmen, o Siete Torres, sin decir siquiera que se trataba de una prisión. Le faltó poco para caerse muerta. Tal vez ahora comprenderéis mi observación sobre las siete torres y el país que ya no existe. Pero, ¡válgame Dios! ¿No me va a dar nadie una cerilla?

—Las tienes tú —dijo Hadley—. Sí, hasta aquí parece todo bastante lógico. Tu artimaña sobre lo de la prisión dio resultado. Pero la base de tu investigación, eso de que hay tres hermanos, es pura conjetura.

—Sí, sí, lo admito. Pero entonces ¿qué?

—Pues que es un detalle fundamental, ni más ni menos. Figúrate que Grimaud no quería decir que un individuo llamado Horváth le disparara un tiro, sino que simplemente se refería a sí mismo en algún sentido. Entonces el asesino puede ser cualquiera. Pero si hay tres hermanos, si es eso lo que él quiso decir, la cosa es la mar de sencilla. O el que le pegó el tiro fue Pierre Fley, o bien su hermano. A Fley podemos echarle el guante en cualquier momento, y en cuanto a su hermano...

—¿Estás seguro de que reconocerías a su hermano —preguntó el doctor Fell pensativo— si lo encontraras?

—¿Qué quieres decir?

—Estaba pensando en Grimaud. Hablaba perfectamente el inglés, y también pasaba por francés. Entonces, ¿qué me dices sobre este tercer hermano? ¿Y si estuviera aquí mismo, en cualquier parte, de una forma u otra, y nadie lo conociera por lo que verdaderamente es?

—Es posible. Pero no sabemos nada acerca de él.

El doctor Fell, forcejeando por encender su puro, levantó la vista con extraordinaria intensidad.

—Eso es lo que me preocupa, Hadley. —Apagó la cerilla de un tremendo soplido—. En teoría tenemos dos hermanos que han adoptado nombres franceses: Charles y Pierre. Para mayor claridad y facilidad, llamemos Henri al tercero. Todo lo que sabemos de él es que Pierre parece utilizarlo como una amenaza. Por ejemplo: “Tengo un hermano que puede hacer mucho más que yo... y quiere su vida”..., etc. Pero no acaba de perfilarse ninguna forma entre la niebla... Ni hombre ni trago. Eso me preocupa, amigo. Creo que ese desagradable espectro está detrás de todo, controlándolo, utilizando a ese pobre loco de Pierre para sus propósitos particulares, y probablemente es tan peligroso para Pierre como para Charles. No puedo evitar el presentimiento de que está en algún sitio, al alcance de la mano, observándolo todo; que... —el doctor Fell miró a su alrededor como si esperara ver a alguien moverse o hablar en el pasillo desierto.

Hadley se mordió la punta del recortado bigote.

—Atengámonos a la realidad —dijo—. Telegrafiaré esta noche a la policía de Rumania, pero no creo que queden muchos archivos oficiales sobre Transilvania. Los bolcheviques la invadieron inmediatamente después de la guerra, ¿no es así? Hum. En fin, vamos a ver a Mangan y a la hija de Grimaud. No estoy del todo satisfecho con su comportamiento...

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Quiero decir en caso de que la Dumont esté diciendo la verdad —enmendó Hadley—. ¿No había venido esta noche Mangan a petición de Grimaud por si se dejaba caer por aquí el visitante? Pues en tal caso no parece haberse comportado como un perro guardián muy feroz. Se acomoda en el cuarto contiguo a la entrada principal, con la puerta cerrada, y no se acuerda de armar jaleo hasta que oye un tiro y ve que han cerrado con llave la puerta. ¿Es eso lógico?

—Nada es lógico —respondió el doctor Fell—. Ni siquiera..., pero eso puede esperar.

Recorrieron el largo pasillo y al abrir la puerta Hadley adoptó su gesto más impasible. Era una habitación algo más pequeña que la otra, toda llena de libros bien alineados en las estanterías y de muebles de archivo. La mesa de la máquina de escribir de Mills estaba colocada frente a la puerta, bajo una pantalla de luz verde. A

un lado de la máquina, en una batea de alambre, había un rimero de cuartillas escritas con impecable caligrafía; al otro lado había un vaso de leche, una fuente con ciruelas pasas y un ejemplar del *Cálculo Diferencial e Integral* de Williamson.

Rosette Grimaud estaba sentada ante un débil fuego. Hadley presentó a los tres.

—Naturalmente, señorita Grimaud, no quisiera afligirla en este momento...

—Por favor, no diga nada —respondió ella—. Quiero decir... acerca de eso. En fin, yo le tengo cariño, pero no tanto como para sentirme desolada, a menos que alguien se ponga a hablar de ello.

Se apretó las sienes con las manos. Tenía la intensa personalidad de su madre plasmada en una belleza eslava rubia. Era una mujer inquieta, felina y enigmática. Mangan estaba de pie tras ella en actitud de triste desamparo.

—Pero sólo una cosa —continuó, golpeando con el puño el brazo de la butaca—, una cosa nada más, antes de que empiece a apretar las clavijas. ¿Es cierto eso que dicen sobre un hombre que entró y salió, y mató a mi padre sin... sin...?

—¡Bah...! —resopló el doctor Fell—. ¡Por supuesto que no, señorita Grimaud! Sabemos muy bien el truco de que se vahó el bribón. Es más, no se le van a apretar a nadie las clavijas, y su padre tiene posibilidad de recobrase. Dígame, señorita Grimaud, ¿no nos hemos conocido antes en algún sitio? —la miró de soslayo—. Hum. Sí. ¡Ya lo tengo! Está en la universidad de Londres, ¿verdad? Sí, claro. ¿Y participa en un círculo de debates o algo así? Me parece que yo actué de presidente cuando su grupo debatió los Derechos de la Mujer en el Mundo.

—Eso es Rosette —asintió tétricamente Mangan—: una feminista de armas tomar.

—Je, je, je. Ahora lo recuerdo —dijo el doctor Fell—. Puede que sea feminista, muchacho, pero no por eso deja de incurrir en yerros garrafales. Sí, lo recuerdo... Se mostraba usted partidaria de los Derechos de la Mujer, señorita Grimaud, y en contra de la Tiranía del Hombre, ¿no es eso? Sí, sí. Su grupo armó la de San Quintín, venga protestar... y una mujer flaca se tiró veinte minutos perorando sobre las necesidades de la mujer para una existencia ideal, mientras usted parecía cada vez más irritada. Tanto que cuando le llegó el turno se levantó para proclamar que lo que la mujer necesitaba para una existencia ideal era menos charla y más coito.

—¡Cielo santo! —exclamó Mangan, dando un brinco.

—Bueno, no hay por qué pensar... —respondió acaloradamente Rosette.

—El efecto de esa terrible palabra fue indescriptible —continuó el doctor Fell—. Me pregunto si usted y el señor Mangan discutirán a menudo sobre ese tema. Deben de ser charlas muy instructivas. ¿De qué trataba la disputa de esta noche, por ejemplo?

Ambos rompieron a hablar atropelladamente al mismo tiempo. El doctor Fell sonrió:

—Sí —asintió, acompañándose de un ademán de cabeza—. ¿Comprenden ahora que no hay nada que temer por hablar con la policía? Será lo mejor, créanme.

Enfrentémonos con los hechos y aclarámoslos sensatamente, aquí, ahora, entre nosotros, ¿eh?

—Está bien —respondió Rosette—. ¿Me pueden dar un cigarrillo?

Mangan se hurgó por los bolsillos en busca de una cajetilla. El doctor Fell apuntó con un dedo.

—Ahora quisiera saber una cosa, jovencitos. ¿Tan absortos estaban esta noche uno en el otro que no advirtieron nada hasta que empezó el jaleo? Tengo entendido, Mangan, que el profesor Grimaud le pidió que viniera esta noche para estar al tanto de un posible disturbio. ¿No oyó el timbre?

El rostro de Mangan se ensombreció.

—Admito mi negligencia; pero en ese momento ni se me pasó por las mientes... Claro que oí el timbre. En realidad los dos hablamos con el individuo...

—¿Qué...? —interrumpió Hadley, adelantándose al doctor Fell.

—Como lo oye. De otra forma no irá a creer que le hubiera dejado pasar delante de mí y subir, ¿no? Pero dijo que era el viejo Pettis, Anthony Pettis, ¿estamos?

—¿Pettis? —preguntó el doctor Fell.

—Naturalmente, ahora sabemos que no era Pettis —dijo Mangan—. Pettis debe de medir uno sesenta y dos como mucho. Por otro lado, pensándolo bien, ni siquiera era una imitación exacta de su voz. Pero empleó palabras que Pettis siempre utiliza...

El doctor Fell frunció el entrecejo.

—¿Y no encontraron un tanto extraño, aun tratándose de un coleccionista de cuentos de fantasmas, el que se paseara por ahí vestido como una máscara de Guy Fawkes? ¿Es aficionado a las bromas?

Rosette Grimaud pareció sorprendida; se volvió para mirar a Mangan. Este se mostraba inquieto.

—¿•A las bromas? —repitió, pasándose nerviosamente una mano por el hirsuto cabello negro—. ¡Quia, hombre, por Dios! Pettis es correcto y considerado como hay pocos. Pero la cara no se la vimos, que conste. Fue así: estábamos sentados en ese cuarto exterior desde después de cenar...

—Un momento —interrumpió Hadley—. ¿Estaba abierta la puerta que da al pasillo?

—No; ¡qué diablos iba a estar abierta! —dijo Mangan a la defensiva—; pero sabíamos que oiríamos perfectamente el timbre si sonaba. Por otro lado... bueno, sinceramente, no esperaba que ocurriese nada. Durante la cena el profesor nos dio a entender que todo era una chanza, que había dado demasiada importancia al asunto.

—¿También a usted le dio esa impresión, señorita Grimaud? —preguntó Hadley.

—Sí, en cierto modo... Pero siempre resulta difícil saber cuándo mi padre está enojado, divertido, o simula sencillamente lo uno o lo otro. Le encantan los efectos dramáticos, pero de tres días acá venía comportándose de forma tan extraña que cuando Boyd me dijo lo de ese hombre de la taberna...

—¿En qué sentido se comportaba de forma extraña?

—Pues en que hablaba solo, por ejemplo. Y de pronto pegaba un berrido por cualquier fruslería, cosa rara en él. Pero sobre todo esas cartas... Empezó a recibirlas en cada correo; las quemaba todas. —Titubeó—. Yo no tenía por qué haberlo advertido, en absoluto; pero mi padre es de esas personas que nunca cogen una carta en presencia de uno sin que este sepa al punto de qué se trata y hasta de quién es. Exclama: “¡Maldito estafador!”. O comenta de buen talante: “Vaya, vaya, aquí tenemos otra carta de ese fulano dichoso”. No sé si se darán cuenta...

—Lo comprendemos. Continúe, por favor.

—Pero cuando recibía esas cartas no decía ni palabra. Ayer por la mañana, en el desayuno, se levantó después de ojear una y la arrojó al fuego. En ese momento tía Ernestine le preguntó si quería más tocino. Se dio media vuelta y gritó: “¡Vete al infierno!”. Nos cogió tan de sorpresa que antes de que pudiéramos darnos cuenta ya había salido de la habitación a grandes zancadas. Fue el día en que se presentó con el cuadro. Había recobrado su buen humor; no paraba un momento, no dejaba de bromear y hasta ayudó al taxista y a otro a subir el cuadro.

—¿Mencionó al individuo de la taberna? —preguntó Hadley.

—De pasada, respondiendo a una pregunta mía. Dijo que era uno de los curanderos que le amenazaban a menudo por burlarse de la historia de la magia. Pero presentí que no se trataba simplemente de eso. —Hizo una pausa, mirándole sin pestañear—. Presentí que esto era serio. Me he preguntado a menudo si no habrá nada en el pasado de mi padre que pueda traerle consecuencias así.

Era un desafío directo. Durante el silencio subsiguiente, Rosette Grimaud se recostó en el asiento y los miró con una leve sonrisa. Lo cual no era óbice para que estuviese temblando.

Hadley mostró una ligera sorpresa.

—¿Que pudiera traerle consecuencias así? No la entiendo. ¿Tenía usted alguna razón para pensar tal cosa?

—¡Oh, no, ninguna! Es sólo una figuración. A lo mejor todo se debe a mi familiaridad con el pasatiempo favorito de mi padre.

—Entonces continuemos con el relato que nos estaba haciendo el señor Mangan. ¿Le dijo el profesor Grimaud a qué hora esperaba su peligrosa visita?

—Hum... sí —respondió Mangan. Había sacado un pañuelo y estaba secándose con él la frente—. Esa fue otra razón por la que no caí en la cuenta de quién sería cuando llegó el visitante. Era demasiado temprano. El profesor dijo que a las diez en punto, y ese tipo llegó a menos cuarto.

—Ya. Continúe, señor Mangan.

—Teníamos puesta la radio con música a alto volumen. No obstante, oí el timbre. Miré el reloj que hay sobre la chimenea y señalaba las diez menos cuarto. Estaba levantándome cuando oí abrir la puerta principal. Entonces la señora Dumont dijo algo así como: “Espere, voy a ver”, y sonó como si cerraran la puerta. Yo di voces: “¡Eh! ¿Quién es?”. Pero la radio armaba tal barullo que lógicamente me acerqué a

apagarla. Inmediatamente después oímos la voz de Pettis (los dos creímos que se trataba de Pettis) saludándonos: “¡Qué hay, muchachos! Soy Pettis. ¿A qué viene toda esta etiqueta para ver al gobernador? Voy a subir y a entrar a la fuerza”.

—¿Eso es lo que dijo exactamente?

—Sí. Siempre llama gobernador al profesor Grimaud. Sólo él se atreve... De modo que dijimos: “Bueno, está bien”, y no volvimos a preocuparnos del asunto. Pero a medida que se acercaban las diez empecé a sentirme inquieto y alerta...

Hadley hizo un dibujo en el margen de su cuaderno de notas.

—De modo que el hombre que se hizo pasar por Pettis —dijo pausadamente— les habló a través de la puerta sin verlos. ¿Cómo sabía que ustedes dos estaban ahí?

Mangan frunció el entrecejo.

—Supongo que nos vería por la ventana al subir los escalones de la puerta principal.

El comisario seguía dibujando meditativamente.

—Continúe. Estaban esperando a que dieran las diez...

—Y no ocurrió nada —insistió Mangan—. Pero lo más gracioso es que cada minuto que pasaba de las diez me ponía más y más nervioso en vez de tranquilizarme. La verdad es que no esperaba que hubiese ningún disturbio. Pero no se me quitaba de la cabeza ese pasillo oscuro, y la extraña armadura de la máscara...

—Cambié de postura—. De cualquier forma, eran las diez y diez cuando perdí la paciencia. Le dije a Rosette: “Mira, vamos a tomar una copa o a hacer algo”. De modo que fui a abrir la puerta y la encontré cerrada por fuera... Entonces comprendí que algo pasaba, y en el mismo instante en que empecé a sacudir el tirador oímos el tiro, y Rosette gritó: “¡No era Pettis! ¡Se nos ha colado!”.

—¿Puede decirnos a qué hora fue eso?

—Sí. Las diez y diez. Bueno, intenté derribar la puerta pero no pude. Entonces se me ocurrió salir por la ventana y entrar por la puerta principal, y me topé con ustedes.

Hadley tamborileó con su lápiz sobre el cuaderno de notas.

—¿Solían dejar la puerta principal sin cerrar con llave?

—¡Pues el caso es que no lo sé! Pero fue lo único que se me ocurrió. De todas formas, no estaba cerrada con llave.

—Sí. ¿Tiene algo que añadir a eso, señorita Grimaud?

Ella bajó la vista.

—No, nada que valga la pena. Boyd les ha dicho todo tal como ocurrió. Pero ustedes siempre quieren saber hasta el detalle más nimio. Aun cuando no tenga nada que ver con el asunto, ¿no es cierto? Pues bien, un momento antes de que sonara el timbre, iba yo a coger unos cigarrillos de la mesa que está entre las ventanas y oí no sé dónde, afuera en la calle, o en la acera delante de la puerta, un ruido..., un golpe sordo, como si hubiese caído un objeto pesado desde lo alto. Me limité a correr la persiana y echar un vistazo, pero puedo jurarles que la calle estaba desierta... —Se detuvo con la boca abierta—. ¡Oh, Dios mío!

—Sí, señorita Grimaud —dijo Hadley—. Las persianas estaban todas echadas, como usted dice. Me llamó la atención de manera especial porque el señor Mangan tuvo que forcejear con una para saltar a la calle. Por eso me preguntaba cómo pudo verlos el visitante por la ventana.

Se hizo un silencio, roto solamente por los amortiguados ruidos del tejado. Rampole miró al doctor Fell, que estaba recostado en una de las puertas.

—Cree que estamos mintiendo, Boyd —dijo Rosette Grimaud, sin inmutarse. Hadley sonrió.

—Ni mucho menos, señorita Grimaud, y voy a decirle por qué. ¡Fell!

—¿Eh? —saltó el interpelado, levantando la vista con sorpresa.

—Quiero que escuches esto —prosiguió, ceñudo, el comisario—. Creo que esta pareja nos ha dicho la verdad, y al explicar por qué lo creo, descifraré también este caso imposible... no del todo, pero al menos lo suficiente para estrechar el círculo de sospechas e interpretar la ausencia de huellas en la nieve.

—¡Miren ahora con lo que nos sale! —exclamó el doctor Fell despectivamente—. Por un momento creí que tenías algo importante, pero ese punto es obvio.

Hadley se contuvo con un tremendo esfuerzo.

—El hombre que buscamos —prosiguió— no dejó huellas en la acera ni en los escalones... después de haber dejado de nevar. Estuvo en la casa todo el tiempo. Ya llevaba dentro un rato, por tanto era: a) un amigo íntimo, o b) alguien que se escondió dentro utilizando una llave de la puerta principal a última hora de la tarde. En el momento oportuno se puso su fantástico disfraz, salió por la puerta principal al rellano de entrada, limpio de nieve, y tocó el timbre. Esto explicaría por qué sabía que la señorita Grimaud y el señor Mangan estaban en la salita exterior aun cuando las persianas estaban echadas: los había visto entrar.

- por qué, cuando le cerraron la puerta en las narices y le dijeron que esperase fuera, entró sin más: tenía una llave.

El doctor Fell meneaba despacio la cabeza. Hadley se encogió de hombros.

—¡Veamos! —continuó—. Les he demostrado a los dos que creo todo lo que me han dicho porque deseo su ayuda en lo más importante que esto nos revela... El hombre que buscamos no es un conocido cualquiera. Se sabe esta casa por dentro de cabo a rabo, las habitaciones, las costumbres de sus inquilinos. Conoce su forma de hablar y sus apodos. De modo que quiero saberlo todo acerca de cualquier persona que frecuente esta casa y sea lo bastante íntima del doctor Grimaud como para responder a esta descripción.

Rosette se agitó, incómoda.

—Pues pensándolo bien... una persona así... ¡Oh, es imposible! Claro que todavía no han visto a todos. No han visto a Annie... ni al señor Drayman, ténganlo en cuenta. Y fuera de los de casa mi padre tenía muy pocos amigos. Sólo hay dos que

reúnan esos requisitos, y es imposible que ninguno de ellos sea el que buscan. No podrían serlo por la sencilla razón de que no cuadran sus rasgos físicos. Uno es Anthony Pettis, que no es más alto que yo, y el otro Jerome Burnaby, el artista que pintó ese extraño cuadro. Tiene un defecto físico, casi insignificante, pero que no podría pasar inadvertido. Tía Ernestine o Stuart lo habrían reconocido al instante.

—No obstante, ¿qué sabe acerca de ellos?

—Los dos son de mediana edad, gozan de buena posición y entretienen sus ocios con pasatiempos característicos. Pettis es calvo, melindroso e inteligente. —Eché una ojeada a Mangan—. Y Jerome Burnaby... bueno, Jerome es bien conocido como artista, aunque él preferiría serlo como criminalista. Le gusta hablar de crímenes. Es grandote, fanfarrón y, a su manera, atractivo. Es bastante mayor que yo, pero está muy enamorado de mí, y Boyd tiene unos celos terribles. —Sonrió.

—No me gusta ese tipo —dijo sosegadamente Mangan—. Pero Rosette tiene razón cuando dice que Burnaby no haría nunca una cosa semejante.

Hadley garrapateó otra vez en su cuaderno.

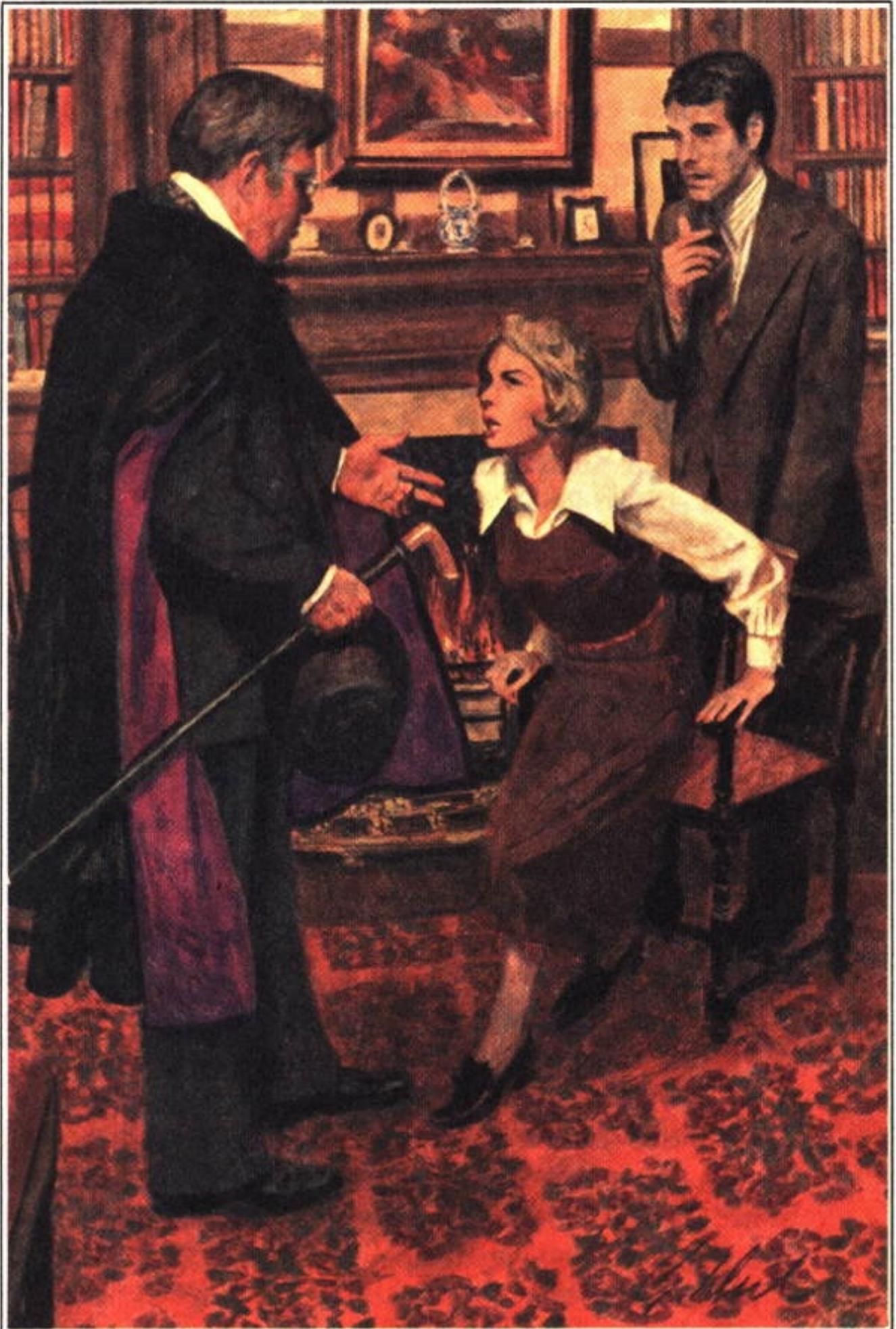
—¿Qué defecto es el suyo?

—Tiene un pie zopo, una pierna más larga que la otra. Comprenderá que no podría disimularlo.

—Gracias. Eso es todo por el momento —dijo Hadley, cerrando su libreta de notas—. Les aconsejaría que fueran a la clínica. A menos... que... ¿alguna pregunta, Fell?

El doctor avanzó renqueante y se quedó parado delante de la muchacha, mirándola con la cabeza ladeada desde lo alto de su colosal estatura.

—Una pregunta para terminar —dijo, apartando a un lado la cinta negra de sus lentes como si fuera una mosca—. ¡Dígame, señorita Grimaud! ¿Por qué está tan segura de que el culpable es el señor Drayman?



## V. LA BALA

No obtuvo respuesta a su pregunta, aunque sí extrajo de ello una cierta luz.

—¡Es usted el mismísimo demonio! —gritó Rosette Grimaud, y se precipitó hacia el pasillo, seguida de Mangan. La puerta se cerró de golpe.

El doctor Fell seguía mirándola.

—Es hija de su padre, Hadley —murmuró—. Aguanta la tensión emotiva sólo hasta cierto punto; es todo sosiego, como pólvora en un cartucho; luego, cualquier nonada hace saltar el gatillo y... hum. Me pregunto cuánto sabrá...

—Me da la impresión —dijo con aspereza Hadley— de que tú siempre sueltas algún tiro por travesura, como esos tiradores hábiles que arrancan a alguien el cigarrillo de la boca. De todas formas, ¿qué asunto es ese de Drayman?

El doctor Fell se cruzó de brazos.

—Para empezar, se me ha quedado grabada en la mente una curiosa observación de la señora Dumont. No ha sido nada deliberado; lo ha soltado en el momento en que más obcecada estaba. Ha dicho que si uno quiere matar a alguien “no se pone una máscara pintada como hace el viejo Drayman con los chicos la noche de Guy Fawkes”. Yo he tomado buena nota de esa sugerencia de la máscara de Guy Fawkes, preguntándome qué significado tendría. Luego, sin intención alguna, y hablando con Rosette, he hecho una pregunta sobre Pettis en esos mismos términos: “vestido como una máscara de Guy Fawkes”. ¿Te has fijado en su expresión, Hadley? Se ha quedado atónita. Mis palabras le sugerían algo. Al principio no ha dicho nada, pero lo ha estado pensando. Luego ha sacado a relucir a Drayman: “Todavía no han visto a Annie... ni al señor Drayman, ténganlo en cuenta”. La noticia importante venía en la posdata. —El doctor Fell rodeó la mesa de la máquina de escribir—. Habrá que pasarlo por el tamiz. ¿Quién es ese Drayman, ese viejo amigo de la familia que toma píldoras para dormir y se pone máscaras carnavalescas? ¿Qué lugar ocupa en la familia?; en resumen, ¿qué está haciendo aquí?

—Quieres decir... ¿chantaje?

—No, pero...

Calló al sentir una corriente de aire frío que hizo ondear su capa. Al otro lado de la habitación se había abierto una puerta que, evidentemente, comunicaba con la escalera que daba al ático y al tejado, y Stuart Mills, el secretario, entró de pronto. Traía los labios amoratados y llevaba enrollada al cuello mía larga bufanda de lana; pero parecía radiante de satisfacción.

—He estado observando a su detective, caballeros, desde lo alto de la trampilla —cotorreó—. Ha dado algunos resbalones, pero...

—¿Y qué ha descubierto Betts allá arriba? —preguntó Hadley.

Betts, que entraba en ese momento, respondió a la pregunta. Parecía como si hubiese aterrizado de cabeza en un salto de esquí.

—Señor —dijo, dando patadas en el suelo y sacudiéndose la nieve de la ropa—, le doy mi palabra de que en ese tejado no hay ni una huella de pájaro. Lo he recorrido hasta el último centímetro. —Se sacó los guantes—. Me he sujetado con una cuerda a las chimeneas para poder deslizarme y andar por los canalones. No hay huellas de ninguna clase, ni en los bordes de las chimeneas, ni por ningún sitio. Si es que alguien ha subido esta noche al tejado ha tenido que ser más ligero que el aire. Voy a echar un vistazo ahora al jardín trasero...

—¡Pero...! —protestó Hadley.

—Ya lo has oído —dijo el doctor Fell—. Mira, será mejor que vayamos a ver qué hacen tus sabuesos en la otra habitación.

El sargento Preston abrió la puerta del pasillo un tanto malhumorado, como si alguien le llamase. Miró a Hadley.

—Nos está llevando tiempo, señor —le informó—; tenemos que mover todas esas estanterías. Pero no hay entrada secreta de ningún género. La chimenea es sólida y la campana ancha, pero sólo en unos seis u ocho centímetros de profundidad... ¿Algo más, señor?

—¿Huellas dactilares?

—En cantidad, excepto en... Fue usted quien subió y bajó la ventana, ¿no? Reconocí sus huellas. Y no hay ninguna otra en el cristal ni en el marco, ni siquiera un tiznón. Si es que alguien salió por la ventana, tomaría carrerilla y se tiraría de cabeza sin tocar nada.

—Es suficiente, gracias. Espero abajo. Empréndala con ese jardín trasero, Betts. —Hadley dio media vuelta—. ¿Qué sabe de ese tal Drayman, señor Mills?

La voz cantarina de Mills adquirió un tono precavido.

—Cierto es que ofrece motivos de curiosidad, pero yo sé muy poco. Lleva aquí varios años, según me han dicho. Se vio obligado a abandonar su trabajo académico porque se quedó casi ciego. Y así sigue, a pesar del tratamiento. Acudió al doctor Grimaud en busca de ayuda.

—¿Tiene algún ascendiente sobre el doctor Grimaud?

El secretario frunció el entrecejo.

—No lo sé. Tengo entendido que el doctor Grimaud le conoció en París, donde estudiaba. Y en cierta ocasión en que el doctor Grimaud... vamos, que había tomado una copa de más, le oí decir que Drayman le había salvado la vida.

El doctor Fell le miró con curiosidad.

—¿Y por qué le atrae tanto la noche de Guy Fawkes?

—La noche de Guy Fawk... ¡Ah! —Mills se interrumpió con sorpresa y su risa fue como un balido—. ¡Ya! No le entendía. Es que le gustan mucho los niños. Tuvo dos hijos que murieron hace años, al desplomárseles un tejado encima, creo. Después

de aquello, su esposa no sobrevivió mucho. Y él empezó a perder la vista... Le gusta participar con los niños en sus juegos, y su fecha favorita parece que es el cinco de noviembre. Ahorra todo el año para comprar luces y adornos y fabricar un fantoche para desfilarse por...

Precedido de unos nerviosos golpecillos en la puerta apareció el sargento Preston.

—Un chico de la clínica acaba de traer esto para usted, señor —dijo, tendiéndole un sobre y una cajita de cartón parecida a un estuche de joyas.

Hadley rasgó el sobre, echó un vistazo a la carta y soltó un juramento.

—Ha muerto —dijo bruscamente—, y ni una palabra... Mira, ¡lee esto!

Rampole ojeó la carta por encima del hombro del doctor Fell mientras este la leía.

Para el comisario Hadley:

Grimaud ha muerto a las 11,30. Le envió la bala, calibre 38. Recobró el conocimiento poco antes de expirar. Dijo ciertas cosas que pueden atestiguar dos de mis enfermeras y yo mismo, pero podía estar delirando. Le conocía bastante bien, y desde luego nunca supe que tuviera un hermano. Estas fueron sus palabras exactas:

“Ha sido mi hermano. Nunca creí que dispararía. Sabe Dios cómo saldría de aquella habitación. Estaba allí, y en un instante ya no estaba. ¡Cojan papel y lápiz aprisa! Quiero decirles quién es mi hermano para que así no crean que deliro”.

Sus gritos provocaron la hemorragia final y murió sin decir nada más.

E. H. Peterson, M.D.

Los tres se miraron entre sí. Al cabo de una pausa, el comisario habló con voz grave.

—Sabe Dios cómo saldría de aquella habitación —repitió.

EL DOCTOR FELL se acercó con paso divagante, lanzó un suspiro y se acomodó en la butaca más grande.

—¡Maldita sea! —exclamó Hadley abatido—. “Ha sido mi hermano”. Bueno, ¿qué hermano? ¿Y por qué no habré recibido ya noticia de ese agente? ¿Dónde está el hombre que tenía que recoger a ese hermano, Pierre, en el teatro? ¿Es que se ha ido a dormir toda esa pandilla de...?”

—No hay que sulfurarse por eso —intervino Fell cuando Hadley empezó a patear y despotricar desafortunadamente. Se volvió a Mills—. Vaya a despertar al señor Drayman y tráigalo aquí, muchacho.

Una vez cerrada la puerta, Hadley tomó asiento y fijó la vista en el suelo.

—¿Tienes alguna idea concreta, Fell?

—Sí. Luego, si no te importa, voy a aplicar el método de Gross.

—¿El qué?

—El método de Gross. ¿No te acuerdas? Estábamos hablando de ello esta noche. Voy a recoger de la chimenea todos los papeles quemados y medio quemados para ver si el método de Gross revela su escritura. Tal vez alguna línea acá y allá puedan darme una pista de lo que, para Grimaud, era más importante que salvar la vida.

—¿Y en qué consiste esa zangamanga?

—Ya lo verás... Sí, sargento, ¿qué hay?

Esta vez el sargento Betts no venía tan rebozado de nieve.

—He recorrido todo el jardín trasero, señor, y los dos contiguos, así como el borde de todos los muros. No hay huellas ni señales de ningún género. Pero creo que hemos atrapado a un pez Preston y yo. Cuando volvía, ya dentro de la casa, vi bajar precipitadamente a un viejo, más bien alto, agarrado al pasamanos de la escalera. Se abalanzó al guardarropa y lo revolvió todo como si no estuviese familiarizado con la casa, hasta que encontró su abrigo y su sombrero y se dirigió a la puerta. Dice que se llama Drayman...

—Tengo entendido que no ve demasiado bien —dijo el doctor Fell—. Que pase.

El hombre que entró en la habitación era impresionante a su manera. Tenía la cara larga y de expresión tranquila, deprimida en las sienes; el pelo gris le nacía muy atrás, lo que daba gran amplitud a la frente. Sus ojos de un azul brillante miraban con nobleza y con aturdimiento. A pesar de su cargazón de espaldas todavía era alto. Su rostro no revelaba el más mínimo sentido del humor, pero sí una gran bondad natural. Llevaba un abrigo oscuro abrochado hasta la barbilla y apretaba contra su pecho un sombrero hongo.

—Lo siento, caballeros —dijo con voz grave—. Ya sé que debería haber pasado a verlos antes de salir para allá. Pero el joven señor Mangan me despertó para decirme lo sucedido. Me pareció que debía ir a ver a Grimaud...

A Rampole le dio la impresión de que aún seguía aturdido y vacilante a causa del sueño y de la droga para dormir. No tomó asiento hasta que se lo indicó Hadley.

—El doctor Grimaud ha muerto —dijo.

Se impuso en la estancia un pesado silencio. Drayman cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Descanse en paz —dijo en un susurro—. Charles Grimaud era un buen amigo. Hadley le observaba.

—Entonces comprenderá que la única forma de ayudarnos a detener al asesino de su amigo es decirnos todo, absolutamente todo lo que sepa.

—Yo... Claro, no faltaba más.

—Quisiéramos saber algo sobre su vida pasada, señor Drayman. Usted le conocía bien. ¿Dónde le conoció?

El largo rostro de Drayman pareció turbarse.

—En París. Obtuvo su doctorado en la universidad en 1905, el mismo año en que yo..., el mismo año en que yo le conocí. —Se protegió los ojos con una mano—. Grimaud tenía mucho talento. Al año siguiente consiguió una plaza de profesor adjunto en Dijon. Pero se murió un pariente suyo, o no sé qué, y le dejó en muy buena posición. Abandonó... su trabajo y se vino a Inglaterra. Al menos eso tengo entendido. Yo no volví a verle hasta años después.

—¿No lo había visto nunca antes de 1905?

—No.

Hadley se inclinó hacia adelante.

—¿Dónde le salvó usted la vida?

—¿Dónde... le salvé la vida? No entiendo.

—Usted le salvó la vida —declaró Hadley— cerca de la prisión de Siebenturmen, en los Cárpatos, cuando pretendía fugarse. ¿No es cierto?

El otro se irguió, apretando con fuerza los puños huesudos.

—¿Ah, sí? —inquirió.

—De nada sirve seguir simulando. Lo sabemos todo, hasta las fechas, ahora que usted nos las ha indicado. Károly Horváth necesitaría lo menos cuatro años para doctorarse en París. Podemos ubicar dentro de un lapso de tres años la fecha de su condena y fuga. Con estos datos no tengo más que telegrafiar a Bucarest y conseguir todos los detalles en doce horas. Será mejor que me diga la verdad, ¿comprende? Quiero que me diga todo lo que sepa sobre Károly Horváth y sus dos hermanos. Uno de esos dos hermanos fue quien lo mató. Y por último, debo recordarle que el ocultar información de esa clase es un delito grave. ¿Estamos?

Drayman permaneció un rato protegiéndose los ojos con las manos, luego levantó la vista para fijarla al otro lado de la habitación.

—Señor, estoy totalmente dispuesto a proporcionarle cualquier información que desee si con ello se puede hacer algo por Charles Grimaud. Pero no veo qué sentido tiene sacar a relucir un viejo escándalo.

—¿Ni siquiera para encontrar al hermano que lo asesinó?

Drayman hizo un gesto vago, frunciendo el entrecejo.

—Mire, puedo recomendarle con toda sinceridad que olvide esa idea. Tuvo dos hermanos y fueron encarcelados por un delito político. Imagino que la mitad de los jóvenes exaltados de aquella época estarían comprometidos en política. Pero olvídense de los dos hermanos. Llevan muertos un buen montón de años.

Reinaba tal silencio en el cuarto que Rampole podía oír la respiración jadeante del doctor Fell.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Hadley a Drayman.

—Me lo dijo Grimaud —respondió el otro—. Por lo demás, en aquella época todos los periódicos, desde Budapest a Brasso, tocaban a rebato sobre el asunto. Murieron durante una epidemia de peste bubónica.

Hadley procedió con delicadeza:

—Si es que usted puede demostrarlo, naturalmente...

—Puedo decirle lo que vi con mis propios ojos. —Se paró a reflexionar (más bien incómodo, le pareció a Rampole)—. Fue algo horrible. Grimaud y yo no volvimos a hablar de ello. Así lo convinimos. Pero no he olvidado el más mínimo detalle...

Se quedó callado, tamborileándose con los dedos en la sien. Luego continuó:

—Fue en agosto o septiembre de 1900... ¿O de 1901? Como quiera que sea, podría empezar en el estilo de un folletín francés: Hacia el ocaso de una fría noche de septiembre del año 19..., cualquiera hubiese podido ver a un jinete solitario que se

apresuraba por la carretera, en un árido valle de los Cárpatos. ¡Y qué espanto de carretera! El jinete era yo; amenazaba lluvia y trataba de llegar a Tradj antes de que cerrara la noche. —Sonrió—. El aspecto tenebroso y salvaje de aquellos fríos bosques y desfiladeros tenía no sé qué de fabuloso. Y yo estaba en la edad de los romanticismos; hasta llevaba una pistola. El caso es que allá iba, por un tortuoso camino de la zona más desértica, estallándome encima la borrasca. Tenía una buena razón para sentir escalofríos. La epidemia se había extendido por toda la zona, y en el último pueblo cruzado en el trayecto me habían dicho que estaba haciendo estragos más adelante, en las minas de sal. Pero yo iba con la idea de reunirme en Tradj con un amigo mío inglés, también turista. Además quería echar un vistazo a cierta prisión cuyo nombre proviene de siete montañas blancas que, como una serrezuela, se alzan detrás. De modo que continué. Sabía que debía de estar acercándome a la prisión, pues divisaba delante los montes blancos. Pero, oscureciendo ya, me metí por un barranco y vi que allí al lado había tres sepulturas. Estaban cavadas de hacía poco, pero no se veía por aquellos contornos alma viviente.

—¿Un paraje —le interrumpió Hadley— como el del cuadro que Grimaud compró al señor Burnaby?

—No..., no lo sé —respondió sorprendido Drayman—. ¿Es así?

—¿No lo ha visto?

—No muy bien. Las líneas generales... árboles, un paisaje corriente...

—Y tres lápidas...

—Pues no sé en qué se habrá inspirado Burnaby. Bien sabe Dios que yo no le he dicho nada en mi vida. Además aquellas tumbas no tenían lápidas; había sólo tres cruces hechas con palos... Bien, como le iba diciendo, me quedé mirando aquellas tumbas, sin desmontar de mi caballo. Ofrecían un aspecto desolador, en medio de aquel paisaje ceniciento, respaldado por las montañas blancas. En esto mi caballo se encabritó y por poco me tira. Cuando miré de nuevo comprendí lo que le pasaba al animal. La tierra amontonada sobre una de las tumbas se estaba levantando. Luego se oyó un chasquido y algo empezó a agitarse y a retorcerse; una forma oscura emergió a tientas del montón de tierra. Era sólo una mano; una mano que movía los dedos..., pero creo que no he visto nada más horrible en mi vida.

—En ese punto —prosiguió Drayman—, estaba pensando ya en vampiros y en todas las historias del infierno. Sinceramente, aquello me dejó aterrorizado como a un tonto. Traté de sujetar al caballo con una mano mientras sacaba el revólver con la otra. Cuando volví a mirar, aquella forma había emergido totalmente de la tumba y se dirigía hacia mí. Así fue, caballeros, como conocí a uno de mis mejores amigos. El hombre se agachó y cogió una pala que alguien, tal vez el que cavó las sepulturas, había olvidado allí. Continuó avanzando. Yo grité en inglés: “¿Qué quiere?”, y él se detuvo. Al cabo de un segundo me respondió en inglés con acento extranjero:

“Socorro”, dijo, “ayuda, milord, no tema”, o algo por el estilo. Aquel hombre no era alto, aunque sí muy fuerte; tenía la cara ennegrecida y tumefacta, llena de pequeñas costras, lo que a la luz del crepúsculo le daba un tinte rosáceo. En esto empezó a llover. Permaneció de pie bajo la lluvia, hablándome a gritos. Más o menos me dijo: “Mire, milord, yo no he muerto de la peste, como esos dos pobres diablos”, y señaló las sepulturas. “Yo no ofrezco peligro de contagio en absoluto. Fíjese cómo lo limpia todo la lluvia. Es mi sangre, mi propia sangre, que brota de los arañazos que yo mismo me he hecho en la piel”. Entonces prosiguió diciendo que no era un delincuente común, sino un preso político fugado de la cárcel.

Drayman arrugó la frente. Luego volvió a sonreír.

—¿Ayudarle? Claro que le ayudé. La idea me entusiasmaba. Me explicó que era uno de tres hermanos, estudiantes de la universidad de Klausenburg, arrestados con motivo de una insurrección por la independencia de Transilvania. Los tres estaban en la misma celda, y dos habían muerto de la peste. Con la complicidad del médico de la cárcel, que era otro preso, había fingido los mismos síntomas y aparentado la muerte. No era probable que nadie se acercase a comprobar el diagnóstico del doctor; la prisión entera estaba sobrecogida de miedo. Enterraban los cadáveres a cierta distancia de la cárcel. Pero sobre todo, clavaban las tapas de los ataúdes muy a la ligera. El médico había camuflado dentro unos alicates, que mi resucitado amigo me enseñó. Hombre vigoroso como era, si conservaba la calma y no gastaba demasiado aire podría levantar la tapa con la cabeza lo suficiente para introducir los alicates por la ranura y cortar los clavos. Después conseguiría salir horadando la tierra sin apisonar. Lo mismo que un topo.

»Dijo que su madre había sido francesa, y él hablaba francés a la perfección. Decidimos que lo mejor que podía hacer era dirigirse a Francia, donde podría forjarse una nueva identidad. Tenía un poco de dinero escondido y había una muchacha en su ciudad natal...».

—Creo que sabemos de quién se trata —dijo Hadley—. Por el momento, podemos dejar a la señora Dumont al margen de esto. ¿Qué pasó luego?

—Podía confiar en ella para que trajera el dinero y le acompañase a París —continuó Drayman—. No era probable que se diera ninguna alarma, y de hecho no las hubo. No obstante, Grimaud estaba tan aterrorizado que huyó de aquella región sin hacer un alto siquiera para afeitarse y ponerse uno de mis trajes a fin de no despertar sospechas. En aquel entonces no era obligatorio el pasaporte para los forasteros, y al salir de Hungría, Grimaud pasó por el amigo inglés con quien yo esperaba reunirme en Tradj. Una vez en Francia... lo demás ya lo saben. ¡Muy bien, señores! —Drayman tomó aliento en una larga aspiración trepidante, engalló el cuerpo y los miró de frente—. Pueden comprobar todo lo que les he dicho.

—Sólo una pregunta, señor Drayman —intervino Fell—. Esa prisión, vamos a ver... ¿estaba bien o mal dirigida?

Fue una pregunta tan inocua, y sin embargo tan sorprendente, que Hadley se dio

media vuelta.

Drayman estaba confuso.

—No lo sé, señor. Sólo sé que fue muy criticada por unos cuantos funcionarios del gobierno, indignados con las autoridades de la prisión por no haber sabido impedir que entrase en ella la peste. A propósito, los nombres de los muertos se publicaron; yo los vi. Y vuelvo a preguntarles: ¿qué utilidad tiene el sacar a la luz viejos escándalos? No es que vaya en desdoro de Grimaud precisamente, pero...

—Sí, ahí está el caso —dijo el doctor Fell con voz estentórea mirando al otro con curiosidad—. No tiene nada de ignominioso. ¿Hay algo en todo eso que obligue a un hombre a borrar toda huella de su vida pasada?

—Pero puede venir a parar en desdoro para Ernestine Dumont —respondió Drayman, subiendo el tono de voz—. ¿Y qué me dice de la hija de Grimaud? Todo este hurgar en el lío se apoya en la absurda conjetura de que uno de sus hermanos, o los dos, pudieran seguir con vida. Pero están muertos, y los muertos no se levantan de sus tumbas. ¿Puedo preguntarles de dónde sacan esa idea de que ha sido uno de sus hermanos el que ha matado a Grimaud?

—Del mismo Grimaud —respondió Hadley—. Dijo que el asesino era su hermano.

Por un instante, Rampole pensó que Drayman no había comprendido. Entonces el hombre se levantó todo tembloroso y, como si no pudiera respirar bien, forcejeó para desabrocharse el abrigo; luego se volvió a sentar.

—¡Pero eso es inverosímil! ¿Quiere decir que ese saltimbanqui que lo amenazó era uno de sus hermanos? No lo comprendo. —Drayman se encogió de hombros—. ¿Desean preguntarme algo más?

—¿Cómo ha pasado la noche?

—Durmiendo. Figúrese, hay dolores... Detrás de los globos oculares. Me dieron tan fuerte durante la cena que en vez de salir (había pensado ir a un concierto), tomé una tableta para dormir y me acosté. Infortunadamente no recuerdo nada desde las siete y media o por ahí.

Hadley observaba su abrigo desabrochado, muy tranquilo, pero con una expresión peligrosa, cual si estuviese a punto de saltar sobre su presa.

—Ya. ¿Se desvistió para acostarse, señor Drayman?

—¿Cómo di...? ¿Que si me desvestí? No. Me quité los zapatos. ¿Por qué?

—¿Salió de su habitación en algún momento?

—No.

—Entonces, ¿cómo se manchó la chaqueta de sangre...? Sí, eso es. ¡Levántese! Vamos, quítese el abrigo.

Se puso en pie, inseguro, y mientras se despojaba del abrigo, se pasó la mano despacio por el pecho. En su traje gris claro resaltaban unas manchas que cruzaban desde la parte izquierda de la chaqueta, por toda la pechera, bajando luego por encima del bolsillo derecho. Las palpó con los dedos y se detuvo.

—No sé lo que será esto —musitó—. ¡Pero sangre no puede ser!

—Tendremos que comprobarlo —dijo Hadley—. Quítese la chaqueta, por favor. Siento muchísimo tener que pedirle que nos la deje.

Mientras Drayman se quitaba la chaqueta con manos vacilantes y se la entregaba, Hadley no le quitó la vista de encima.

—¡Betts! ¡Preston! —llamó el inspector—. Betts, lleve esta chaqueta al laboratorio para que analicen las manchas. Preston, baje con el señor Drayman y eche un vistazo a su habitación. Tendré que pedirle que venga por la mañana a Scotland Yard. Eso es todo.

Salió Drayman, aturdido, arrastrando el abrigo tras de sí.

La lóbrega Habitación se quedó en silencio. Hadley meneó la cabeza.

—Estoy totalmente desorientado, Fell —admitió—. No sé si es que voy o es que vengo.

—Ejem, sí... Cuando recoja esos papeles de la chimenea —gruñó el doctor Fell—, me iré a recapacitar a casa. Porque lo que ahora estoy pensando...

—¿Qué?

—Que es sencillamente horrible. —En un arrebató de energía el doctor Fell se levantó de golpe de la butaca y se caló el hongo hasta las cejas—. Tendrás que telegrafiar para saber la verdad. ¡Sí, hombre! Pero lo que no me trago es esa historia de los tres ataúdes, aunque puede que Drayman la crea, ¡cualquiera sabe! Si no queremos que toda nuestra teoría quede hecha trizas, hemos de aceptar que los dos hermanos Horváth no están muertos. ¿Eh?

—La incógnita es...

—¿Qué pasó con ellos? Verás. Mi hipótesis sobre los hechos se basa en la suposición de que Drayman crea estar diciendo la verdad. ¡Primer punto!: no creo ni por asomo que esos hermanos fuesen encarcelados por un delito político. Grimaud, con su “montoncito de dinero escondido”, se fuga de la prisión. Se oculta durante cinco años y de pronto *hereda* una sustanciosa fortuna bajo un nombre diferente. Se escabulle de Francia para disfrutarla sin decir palabra. ¡Segundo punto a favor!: ¿dónde está el peligroso secreto de la vida de Grimaud si todo esto es cierto? La mayoría de la gente consideraría su fuga como la evasión puramente romántica de un Montecristo.

—Quieres decir...

—Quiero decir —explicó el doctor Fell con tono suave— que Grimaud estaba vivo cuando lo metieron en su ataúd. ¿Y si los otros dos estuvieran también vivos...? ¿Y si las tres muertes fueron fingidas, como la de Grimaud, y había dos personas vivas en esos otros ataúdes? Pero no pudieron salir porque... porque era Grimaud el que tenía los alicates. Una vez fuera, le habría resultado fácil sacar a los otros, como habían convenido. Pero decidió dejarlos allí enterrados, pues así no tendría que repartir con nadie el dinero que habían robado los tres. Un crimen brillante, sí. Brillante.

Hadley murmuró algo; cuando se levantó, su expresión era un tanto violenta.

—¡Hombre! ¡Ya sé que es horripilante! —rugió el doctor Fell—. Pero es lo único que daría una explicación a este caso. ¿Por qué iban a perseguir a este hombre si esos hermanos no llegaron a salir de sus tumbas?... ¿Por qué tenía Grimaud tanta prisa por alejar a Drayman de aquel lugar sin despojarse siquiera de su traje de presidiario? Bueno, aquellas sepulturas eran muy poco profundas. Si pasado un rato los hermanos notaron que empezaban a asfixiarse... y que nadie los sacaba de allí... debieron de ponerse a chillar y a golpear los ataúdes.

Hadley sacó un pañuelo y se secó la cara.

—¿Habría algún miserable capaz...? —dijo con voz incrédula—. No, Fell. Todo es pura imaginación. Por otro lado, en este caso no habrían salido de sus tumbas. Se habrían muerto.

—¿Tú crees? No olvides la pala.

—¿Qué pala?

—La pala que algún pobre diablo se dejó olvidada junto a las sepulturas. En las cárceles no se toleran esos descuidos. Mandarían a buscarla. Me parece estar viéndolo con todo detalle, amigo, aunque no tenga pruebas para demostrarlo. Vuelve una pareja de guardianes en busca de la pala y ven y oyen lo que Grimaud temía que viese y oyese Drayman. Desentierran los ataúdes y sacan a los dos hermanos, desfallecidos y ensangrentados, pero con vida.

—¿Y no se ordenó la persecución de Grimaud? Pero, hombre, habrían revuelto Hungría de cabo a rabo en busca del fugitivo y...

—Sí. También yo he pensado y me he preguntado eso mismo. Las autoridades de la prisión habrían hecho precisamente eso si... si en aquel entonces no las hubieran estado criticando tan encarnizadamente que su posición corría peligro. ¿Qué crees que hubieran dicho sus censores si llega a trascender que con su negligencia habían dado lugar a semejante suceso? Era preferible encerrar a buen recaudo a esos dos hermanos y guardar silencio sobre el tercero.

—Eso es pura teoría —dijo Hadley después de una pausa—. Aunque si fuera cierto poco me faltaría para creer en espíritus malignos. Sabe Dios si Grimaud no habrá recibido al cabo lo que merecía. Pero de todas formas nosotros tenemos que persistir en nuestra labor por encontrar al asesino.

—Tú hablas de espíritus malignos —dijo el doctor Fell—; pero yo creo, de una manera que no sé explicar, que hay otro más perverso aún que Grimaud; y ese ente es la Incógnita; es el hombre invisible y el hermano Henri. —Apuntó con su bastón—. ¿Por qué? ¿Por qué dice Pierre Fley que lo teme? Sería razonable que Grimaud temiese a su enemigo; ¿pero por qué Fley teme a su propio hermano y aliado contra el antagonista común?

Hadley se abrochó el abrigo.

—Vete a casa si te parece —dijo—. Aquí hemos terminado. Pero yo voy a buscar a Fley; Fley tiene que saber quién es el otro hermano. Y él nos conducirá hasta el

criminal. ¿Listo?

Nada supieron hasta la mañana siguiente, pero en realidad Fley ya estaba muerto, abatido con la misma pistola con que habían asesinado a Grimaud. Y el asesino, invisible a los ojos de los testigos, tampoco dejó huellas en la nieve.

## VI. EL ASESINATO MÁGICO

Cuando EL doctor Fell aporreó la puerta a la mañana siguiente, a las nueve en punto, sus dos huéspedes seguían amodorrados. Rampole había dormido muy poco la noche anterior. Cuando el doctor y él volvieron a la una y media, encontraron a Dorothy impaciente por enterarse de todos los pormenores, y su marido no se mostró reacio a ponerla al corriente, ni mucho menos. Se proveyeron de cigarrillos y cerveza y se retiraron a su alcoba, donde pasaron varias horas charlando.

A Rampole le costó despegarse las sábanas cuando llamó el doctor Fell; se vistió precipitadamente y bajó a trompicones. En la biblioteca había un buen fuego encendido, y el desayuno estaba dispuesto en el rinconcito del mirador. Era un día plomizo, y ya el cielo estaba preñado de nieve. El doctor Fell se sentó a la mesa ya totalmente vestido y miró el periódico:

—Hermano Henri... —rugió, dando un manotazo al periódico—. Sí, señor. Aquí lo tenemos otra vez. Acaba de llamar Hadley y llegará de un momento a otro. Si anoche creíamos tener entre manos un problema difícil... ¡Diablos, fíjate en esto! Ha desplazado de la primera página al asesinato de Grimaud. Afortunadamente no han advertido la conexión entre uno y otro, a menos que Hadley les haya pedido que guarden silencio. ¡Fíjate!

Mientras se servía el café, Rampole vio los titulares.

¡ASESINATO MÁGICO!, decía uno. MISTERIO EN CAGLIOSTRO STREET.

—¿Cagliostro Street? —preguntó el americano—. Pero por todos los diablos, ¿dónde cae eso de Cagliostro Street?

—No es muy conocido —dijo el doctor Fell—. Es una de esas calles escondidas detrás de otras, y no dista de casa de Grimaud más de tres minutos a pie; un callejoncito sin salida, al otro lado de Russell Square. La saturación de comercios de Lamb's Conduit Street ha desplazado a esta calleja unos cuantos establecimientos; lo demás son casas de huéspedes... El hermano Henri salió de casa de Grimaud después del tiro, se dirigió allí a pie, anduvo rondando y completó su trabajo.

Rampole leyó la crónica.

El hombre que anoche apareció asesinado en Cagliostro Street, W.C. I, ha sido identificado como Pierre Frey, ilusionista y prestidigitador francés. Aunque llevaba actuando varios meses en una sala de variedades de Commercial Road, E.C., había alquilado un cuarto hace dos semanas en Cagliostro Street. Alrededor de las diez y media de la noche pasada se le halló herido de muerte en circunstancias tales que se diría que al mago lo asesinaron por procedimientos mágicos. No se vio nada y no quedó ningún rastro —declaran tres testigos— a pesar de que todos oyeron que alguien decía con claridad: “La segunda bala es para ti”.

Cagliostro Street tiene una longitud de ciento ochenta metros y termina en una tapia de ladrillo. Acá y allá lucía algún que otro reverbero. A la entrada del callejón hay varias tiendas —cerradas a esas horas

— y delante de ellas la acera estaba limpia. Pero adentrándose unos veinte metros, la nieve que cubría la acera y la calzada permanecía intacta.

Los señores Jesse Short y R. G. Blackwin, de paso en Londres procedentes de Birmingham, se dirigían a visitar a un amigo que reside al final de la calle. Caminaban por la acera de la derecha, de espaldas a la entrada de la calle, cuando el señor Blackwin, que iba volviéndose para comprobar los números de los portales, advirtió que a cierta distancia venía un individuo detrás de ellos. Este tipo, alto y tocado con un sombrero gacho, caminaba despacio y bastante nervioso por mitad de la calle sin dejar de mirar a su alrededor. Al mismo tiempo, el agente de policía Henry Withers —que andaba de ronda por Lamb's Conduit Street— llegaba a la boca de Cagliostro Street; lo vio, pero desvió de nuevo la vista sin fijarse en él. Y en el espacio de tres o cuatro segundos ocurrió el suceso.

Los señores Short y Blackwin oyeron un grito tras ellos. Entonces alguien dijo con claridad: “La segunda bala es para ti”, y a una risotada siguió un amortiguado disparo de pistola. Al volverse vieron que el hombre que venía tras ellos se tambaleaba, volvió a gritar y cayó de bruces.

La calle, como pudieron comprobar, estaba totalmente desierta de un cabo al otro. Es más, el hombre iba andando por mitad de la calzada, y ambos declaran que en la nieve no había más huellas que las suyas propias. Esto ha sido confirmado por Henry Withers, que se acercó corriendo desde la entrada del callejón. A la luz del escaparate de una joyería pudieron ver a la víctima tendida boca abajo con los brazos extendidos; la sangre le brotaba de un balazo abierto bajo el omoplato izquierdo.

El arma, un revólver Colt 38 de cañón largo, de hace treinta años, había sido arrojada a míos tres metros de allí.

Los testigos vieron que el hombre aún respiraba y lo llevaron al consultorio del doctor M. R. Jenkins, casi al final de la calle, mientras el agente se aseguraba de que no había huellas. La víctima murió poco después sin haber podido hablar.

Entonces fue cuando se descubrieron las más sorprendentes circunstancias del caso. El abrigo de la víctima estaba quemado y chamuscado alrededor de la herida, de modo que tuvieron que presionar el arma contra su espalda o dispararle a escasos centímetros de distancia. Ahora bien, el doctor Jenkins expresó su opinión, confirmada posteriormente por la policía, de que era imposible que se tratara de un suicidio. Ningún hombre, afirmó, podría empuñar una pistola de tal forma y dispararse por la espalda en ese ángulo, y sobre todo con ese arma de cañón largo que se empleó para el caso. Fue un asesinato, aunque un asesinato increíble. Si le hubieran disparado desde cierta distancia, desde una ventana o una puerta, la ausencia del asesino e incluso la ausencia de huellas no tendrían ninguna importancia. Pero el que lo mató estaba a su lado; le dirigió la palabra, y desapareció como si se hubiera esfumado en el aire.

No pudieron hallarse documentos ni señas de identificación en la ropa de la víctima. Transcurrido un tiempo discrecional, fue enviado al depósito de cadáveres...

—Pero ¿qué pasó con el agente que envió Hadley a buscar a Fley? —preguntó Rampole.

—Cuando llegó, todo el jaleo había terminado. Se encontró con el policía Withers, dice Hadley, cuando este continuaba haciendo pesquisas de puerta en puerta. Entonces ató cabos. Mientras tanto, el hombre que Hadley había enviado al teatro, también en busca de Fley, había telefoneado que no estaba. Dijo al director del local que no pensaba actuar esa noche, y no estaba... En fin, para identificar el cadáver en el depósito, llevaron al casero de Fley, de Cagliostro Street, y a uno del teatro de variedades: un irlandés con nombre italiano. ¡En efecto! Era Fley, y estaba muerto.

—Pero ¿esa historia es realmente cierta? —clamó Rampole.

Fue Hadley, que entraba en ese momento con aire resuelto y polémico, quien le contestó.

—Más que cierta. He permitido que la publiquen los periódicos para difundir así una llamada de atención, por si alguien conociese a Pierre Fley o a ese malhadado hermano Henri. ¡Por vida mía, Fell! ¡Ese apodo que le has puesto no se me quita de la cabeza! Al menos pronto sabremos su verdadero nombre. He telegrafiado a Bucarest.

¡El hermano Henri...!

—¡Por el amor de Dios, tranquilízate! —instó el doctor Fell—. Me figuro que habrás pasado toda la noche dándole vueltas al asunto. Siéntate y contenta un poco ese estómago.

Hadley dijo que no quería comer nada. Pero una vez que hubo terminado dos raciones de huevos con tocino, y tras varias tazas de café, pasó a un estado de ánimo más normal.

—¡Bien! Empecemos entonces —dijo, sacando documentos de su cartera— por comprobar el relato de este periódico, punto por punto. Primero, en cuanto a esos dos tipos, Blackwin y Short: hemos telegrafiado a Birmingham, desde donde nos informan que son personas acomodadas y solventes; testigos de fiar en un caso como este. El agente Withers es hombre de entera confianza. También eché una ojeada al callejón. No tiene la iluminación de Piccadilly Circus, desde luego, pero tampoco está tan oscuro como para que un hombre en posesión de sus cinco sentidos pueda equivocarse respecto a lo que vio. En lo de las huellas, si Withers jura que no había ninguna, creo en su palabra. Y en cuanto al arma, a Fley le metieron una bala de ese Colt 38, lo mismo que a Grimaud. Había dos cartuchos vacíos en el cargador. La pistola es tan vieja que no existe la menor posibilidad de seguirle el rastro.

—Bueno, pero ¿has seguido la pista de Fley? —gruñó el doctor Fell.

—Sí —respondió Hadley—. Mi agente habló con el director del teatro y con un acróbata llamado O'Rourke que simpatizaba con Fley y que más tarde identificó el cadáver.

»Como es lógico, la del sábado es noche grande en los bajos fondos. El primer turno de Fley tenía que empezar a las ocho y cuarto. Unos cinco minutos antes, O'Rourke, que se había roto la muñeca y no actuaba esa noche, se escabulló al sótano para echar un cigarrillo. Allí tiene una estufa de carbón».

Hadley desdobló una hoja de papel rellena de apretada escritura.

—Aquí está lo declarado por O'Rourke tal como Somers lo recogió.

Nada más llegar oí un ruido como si alguien estuviera partiendo leña. Entonces pegué un brinco. La boca de la estufa estaba abierta, y me veo a mi buen Mochales con un hacha en la mano, haciendo añicos los pocos bártulos que poseía y echándolos al fuego. Le digo: “Pero hombre, Mochales, ¿qué estás haciendo?”. Y él, de esa forma suya un poco rara, me contesta: “Estoy destruyendo mis cosas, signor Pagliacci. He terminado mi trabajo, no lo necesitaré más”. Y ¡zas!, allá que te van sus cuerdas falsas, y las varas de bambú que empleaba para sus trucos. Yo le digo: “Pero hombre, Mochales, ¡Dios nos asista!, tranquilízate. Te toca salir dentro de unos minutos y ni siquiera estás vestido”. Y él salta: “¿No te lo había dicho? Voy a ver a mi hermano. Se dispone a saldar una vieja cuenta que teníamos pendiente los dos”.

Bueno; se va para la escalera, y al pie de ella se vuelve.

Su rostro tenía un aspecto extraño, escalofriante. Dice: “En caso de que me suceda algo, una vez haya zanjado el asunto, encontrarás a mi hermano en la misma

calle donde vivo yo. No es ahí donde reside realmente, pero ha alquilado un cuarto”. Luego se quitó cortésmente el sombrero y dijo: “Buenas noches, signor. Vuelvo a mi tumba”.

Y el muy chiflado se fue escaleras arriba sin decir más.

Hadley dobló la hoja de papel y volvió a guardarla en su cartera.

—Sí, era un buen histrión —comentó el doctor Fell—. ¿Y qué pasó?

—Lo que yo me pregunto —prosiguió Hadley— es: ¿donde iba Fley cuando lo mataron? A su apartamento, no. Él vivía en el número Dos B, al comienzo de la calle, y había dejado atrás su casa. Cuando dispararon sobre él, estaba un poco más allá de la mitad de la calle. He mandado a Somers que revuelva todas las casas, a partir de la mitad de la calle, en busca de cualquier novedad, o de algún sospechoso, o en todo caso un inquilino fuera de lo normal.

El doctor Fell, retrepado hasta entonces en la butaca, se incorporó.

—¡No encaja! —clamó con voz estentórea—. ¡Te digo que hay algo en todo esto que no encaja! Ya no es cuestión de juegos malabares entre cuatro paredes. Hay una calle. Un hombre que camina por la nieve. ¡Un grito, palabras, un disparo! Los testigos vuelven la cabeza, y el asesino se ha esfumado. ¿Adónde? ¿Llegó la pistola por los aires como cuando arrojan un cuchillo, disparó sola sobre la espalda de Hey y dio media vuelta y se largó?

—¡Tonterías!

—Ya sé que son tonterías. Pero la pregunta queda en pie. —El doctor Fell asintió con la cabeza, dejó caer sus lentes y se apretó los ojos con las manos—. Oye, ¿cómo afecta este nuevo acontecimiento a los de Russell Square? Quiero decir si no podríamos descartar ahora a unos cuantos. Aunque nos mintieran, parece indudable que no anduvieron disparando revólveres Colt por Cagliostro Street.

—Podríamos descartar a uno o dos... si el suceso de Cagliostro Street hubiera tenido lugar un poco más tarde, o incluso algo antes. Pero no fue así. A Fley lo mataron a las diez y veinticinco, como quince minutos después que a Grimaud. El hermano Henri no bromeaba; anduvo rápido. Mira, Fell, estoy aprendiendo nuevas técnicas criminales. Si quieres consumir un par de sagaces asesinatos, no cometas uno y te pongas a rondar en espera del momento más espectacular para llevar a cabo el segundo. Dispara una vez y vuelve a apretar el gatillo inmediatamente después, mientras los testigos continúan tan aturdidos por el primero que nadie, ni siquiera la policía, puede recordar definitivamente quién estaba presente y quién no en un momento determinado. ¿O acaso lo recordamos nosotros?

—Bueno, bueno —rezongó el doctor Fell para disimular el hecho de que en efecto no lo recordaba—. Vamos a trazar un horario. Llegamos a casa de Grimaud... ¿cuándo?

Hadley estaba garrapateando en una hoja de papel.

—En el momento en que Mangan saltaba por la ventana, pongamos dos minutos después del disparo: a las diez y doce. Corrimos escaleras arriba, encontramos la

puerta cerrada, cogimos unos alicates y abrimos. Tres minutos más. Entonces Mangan telefoneó a la ambulancia, que vino de inmediato, tal vez a los cinco minutos. Esto es, a las diez y veinte. ¿Y qué hay sobre los cinco minutos siguientes, el tiempo que antecede precisamente al segundo asesinato? Rosette Grimaud, sola, se fue en la ambulancia con su padre. Mangan, solo, estaba abajo realizando algunas llamadas telefónicas para mí. A Drayman nadie lo vio en todo ese tiempo y durante un largo rato después. Mientras que, con respecto a Mills y a la Dumont... ejem. Sí; de eso quedan excluidos. Mills estuvo hablando con nosotros hasta por lo menos las diez y media, y la señora Dumont se reunió con él poco después; los dos permanecieron con nosotros un rato. Eso los exime.

El doctor Fell soltó una risa ahogada.

—En realidad —dijo pensativo—, sabemos exactamente lo mismo que antes sabíamos. Las únicas personas exentas de sospecha son aquellas a quienes ya habíamos considerado absolutamente inocentes, las que sabíamos que tenían que decir la verdad. A propósito, Hadley, ¿sacaste algo en limpio anoche, registrando la habitación de Drayman? ¿Y qué hay de esa sangre?

—¡Es sangre humana!, eso ni que decir tiene; pero no había nada en la habitación que pueda darnos una pista sobre esa sangre ni sobre cualquier otra cosa. Había unas cuantas caretas de cartón, sí; pero todas muy recargadas y grotescas, con barbas y patillas y ojos saltones; ninguna que imite una tez rosada, natural...

—Abajo hay un caballero, señor —le interrumpió una sirvienta—. Desea verle a usted o al comisario. Ha dicho que se llama Anthony Pettis, señor.

El doctor Fell se levantó con un retumbo gutural de exclamaciones y risas ahogadas, regando a mansalva ceniza de su pipa, y saludó, todo cordialidad, al visitante. Pettis saludó a los presentes con sendas inclinaciones de cabeza.

—Disculpen mi intromisión, caballeros —dijo—. Pero tengo entendido que me estuvieron buscando anoche; conque he pensado que lo mejor sería ir a su encuentro. En Scotland Yard me han dado esta dirección.

El doctor Fell ya estaba despojando del abrigo a su huésped, y al mismo tiempo lo empujaba hacia una butaca. Pettis sonreía. Era un hombre pequeño, impecable, gravedoso, con ojos sagaces y prominentes, calva brillante y voz de trueno. Al hablar se inclinaba hacia adelante en su butaca y cruzaba las manos.

—Mal asunto este de Grimaud —dijo, y titubeó—. Como es lógico, deseo hacer cuanto esté en mi mano para ayudarles.

El doctor Fell hizo las presentaciones.

—Hace tiempo que deseaba conocerle; los dos hemos escrito algunas cosas sobre el mismo tema. ¿Qué quiere beber? ¿Whisky? ¿Coñac con soda?

—Es demasiado temprano —respondió Pettis—. ¡Pero si insiste... gracias! Conozco bien su libro sobre lo sobrenatural en la narrativa inglesa, pero no estoy de

acuerdo con usted en eso de que el fantasma de un relato deba ser siempre perverso...

—Pues claro que debe ser siempre perverso. Cuanto más perverso —tronó el doctor Fell—, mejor. Sería deplorable que un hombre a quien cuentan un chiste el sábado por la noche se eche a reír de pronto en la iglesia el domingo por la mañana. Pero mucho más deplorable es que lea una espeluznante novela de terror la noche del sábado y dos semanas más tarde haga una castañeta con los dedos y se diga que debería haber tenido miedo. Oiga, lo que yo entiendo es que...

—Vamos, cálmate —suplicó Hadley—. No estamos ahora para conferencias. Y a quien corresponde hablar es al señor Pettis. —Cuando vio que el acaloramiento del doctor Fell amainaba y se resolvía en una sonrisa, prosiguió blandamente—: En primer lugar, señor Pettis, debo pedirle que nos Cuente ce por be todo lo que hizo anoche. Especialmente, pongamos, de nueve y media a diez y media.

Pettis dejó su copa en la mesa.

—Entonces quiere decir, señor Hadley, que después de todo soy objeto de sospecha.

—El desconocido visitante de Grimaud dijo que él era usted. ¿No lo sabía?

—Dijo que era... ¡Cómo quiere que sepa, por Dios! —exclamó Pettis—. ¿Que él era yo, dijo? ¿Qué me está dando usted a entender?

Pettis no apartaba los ojos de Hadley, mientras este explicaba:

—Por tanto, si usted nos demuestra lo contrario con una relación de sus actividades de anoche... —Hadley sacó su cuaderno de notas.

—Fui al teatro —dijo con visible preocupación Pettis—. Al Teatro de Su Majestad. Espero poder demostrarlo; fui solo.

—¿Y después del teatro? ¿A qué hora salió?

—Casi a las once. Estaba desvelado y pensé dejarme caer por casa de Grimaud y tomar una copa con él. Entonces Mills me puso al tanto de lo sucedido. Le pregunté si podría verle a usted o a quien se hubiera hecho cargo del caso. Esperé un buen rato y al fin me dijeron que el comisario Hadley me vería por la mañana. De modo que me acerqué a la clínica para ver cómo seguía Grimaud. Llegué en el momento en que moría. Ahora bien, señor Hadley, sé que este asunto es terrible, pero le juro...

—¡Un momento! Antes de seguir adelante, tengo entendido que el que le suplantó, quienquiera que fuese, imitó correctamente su voz y su forma de comportarse. ¡Bien! ¿A quién creería usted capaz de hacer tal cosa?

—¿Capaz o con intención? —respondió el otro, mordaz. Juntó las puntas de los dedos y dejó vagar la mirada por la amplia cristalera—. No crea que estoy tratando de eludir la pregunta, señor Hadley —continuó, con una tosecita inoportuna—. Francamente, no se me ocurre nadie. Pero este enredo me preocupa en cierto sentido, aparte del peligro que encierra para mí. Por ejemplo, supongamos por un momento que yo fuera el asesino. —Miró burlonamente a Hadley, que había levantado la cabeza—. ¡Un momento! No es que lo sea, pero supongámoslo. Voy a asesinar a Grimaud con un disfraz estafalario. ¿Resulta entonces verosímil que anuncie a esos

jóvenes mi verdadero nombre a voz en grito? —Marcó una pausa, haciendo entrechocar las puntas de los dedos—. No, la primera impresión es esa. Pero un investigador sagaz respondería: “Sí, un asesino inteligente haría precisamente eso. Sería la forma más eficaz de engañar a todos los que abrazasen la primera conclusión. Cambió su voz un poco, muy poco, sólo lo suficiente para que la gente lo recordará después. Habló como Pettis porque quería que la gente creyera que no era Pettis”. ¿Han pensado en eso?

—Hombre, claro —dijo el doctor Fell sonriendo—. Fue lo primero que pensé.

Pettis asintió.

—Entonces también se le habrá ocurrido la respuesta, que me descarta en cualquier caso. Si yo me hubiera propuesto hacer una cosa así, no es mi voz lo que habría debido alterar ligeramente. Si, para empezar, los oyentes la aceptaban, puede que más tarde no dudaran de lo que yo deseaba que pusieran en duda. En cambio, habría debido cometer una falta en mi forma de hablar. Tenía que haber dicho algo a todas luces impropio de mí, que ellos más tarde recordaran. Y esto no lo hizo el visitante. Su imitación fue demasiado perfecta, lo cual parece excluirme. Tanto si se inclinan por la versión simple y directa como por la alambicada y sutil, estoy en condiciones de afirmar mi inocencia.

Río Hadley, y su mirada pasó de Pettis al doctor Fell.

—Sois los dos tal para cual. Me gustan esas lucubraciones. Pero por experiencia práctica le diré, señor Pettis, que un criminal que intentara una cosa así se vería en apuros. La policía se inclinaría por la versión directa y... lo colgaría.

—Como haría usted mismo, si encontrara pruebas adicionales.

—Exacto.

—Bueno, hum... de cualquier modo eso es hablar con franqueza —dijo Pettis—. Hum... ¿Continúo?

—Sí, por favor —apremió afablemente el comisario—. Aceptamos ideas hasta de un hombre inteligente, si a mano viene.

Fuera o no aquel un estímulo deliberado, el resultado fue imprevisto. Pettis sonrió.

—Sí, ya lo creo —convino—. Incluso ideas que debieran haber tenido ustedes mismos. Permita que le ponga un ejemplo: su versión, o la de otro que no conozco, respecto al asesinato de Grimaud ha sido recogida por todos los periódicos de la mañana. Usted demostró que el asesino tuvo la precaución de asegurarse de que la nieve estaba intacta para realizar el truco de la desaparición. Tal vez tuviese la certeza de que nevaría anoche, a lo cual ajustó todo su plan, entregándose a la azarosa espera de que dejase de nevar para llevar adelante su idea. ¿Es correcto o no?

—Algo así he dicho, sí. ¿Y qué?

—Entonces —respondió Pettis— creo que debiera haber recordado que el parte meteorológico había pronosticado que ayer no nevaría en absoluto.

—¡Por todos los diablos! —estalló el doctor Fell, dejando caer el puño sobre la

mesa. Miró a Pettis—. ¡Pues es verdad! No se me había pasado siquiera por la cabeza, Hadley. ¡Eso lo cambia todo! Eso...

—Sí —dijo Hadley—. Parece que altera los hechos. ¡Maldita sea! ¿Alguna otra sugerencia, Pettis?

—Eso es todo; lamento que... Y en cuanto a la razón de que alguien imitara mi voz, sólo se me ocurre que soy el único del grupo que no tiene plan fijo el sábado por la noche y tal vez no pudiera probar una coartada... Es una cosa factible para cualquier buen imitador; aunque, ¿quién sabía precisamente cómo trataba yo a esas personas?

—¿Qué me dice del círculo de la taberna de Warwick? Hay otros aparte de los que nosotros sabemos. ¿No es cierto?

—Bueno, sí. Hay otros dos que van por allí de vez en cuando. Pero no concibo a ninguno de ellos como sospechoso. Está el viejo Mornington, que ostenta un cargo en el museo; tiene una voz de tenor cascada que no pasaría jamás por la mía. Luego, Swayle; pero me parece que anoche estuvo hablando por la radio sobre la vida de las hormigas o algo así...

—¿A qué hora?

—A las nueve cuarenta y cinco, creo. Por otra parte, ninguno de ellos ha estado nunca en casa de Grimaud. Burnaby y yo éramos sus iónicos amigos íntimos. Pero yo he quedado excluido, y Burnaby estaba jugando a las cartas.

—Suponiendo que el señor Burnaby estuviese de veras jugando a las cartas...

—Le apuesto lo que quiera. Muy zoquete tendría que ser uno para cometer un crimen la única noche en que su ausencia sería advertida sin lugar a dudas en un círculo determinado.

Evidentemente, esto impresionó al comisario más que todo lo que Pettis había dicho hasta entonces.

—¿Sabe usted —dijo frunciendo el entrecejo— que fue Burnaby quien pintó el cuadro que compró Grimaud para defenderse?

—¿Para defenderse? ¿Cómo? ¿De qué?

—No lo sabemos. Esperaba que usted pudiera darnos alguna explicación. —Hadley le observó—. ¿Sabe usted por qué pintó Burnaby ese cuadro o cuándo lo hizo?

—Creo que fue hace un par de años. Recuerdo que le pregunté qué pretendía representar, y me dijo: “Es una concepción imaginativa de algo que nunca he visto”. El cuadro llevaba tanto tiempo rodando por el estudio y cogiendo polvo que me sorprendió ver entrar a Grimaud el viernes hecho una furia preguntando por él.

Hadley se inclinó hacia adelante.

—¿Estaba usted allí, entonces?

—¿En el estudio? Sí. Me había dejado caer por allí no recuerdo con qué motivo. Grimaud entró bruscamente, y con esa forma suya de hablar bronca y atropellada dijo: “Burnaby, ¿dónde tienes el cuadro de las montañas de sal? Me lo quedo.

¿Cuánto quieres por él?”. Y Burnaby contestó: “Si lo quieres, tuyo es, amigo; llévatelo”. Pero Grimaud repuso: “No; lo voy a utilizar para un fin determinado e insisto en pagártelo”. Burnaby fijó entonces un precio ridículo, algo así como diez chelines, y Grimaud extendió un cheque por ese importe con toda solemnidad. Bajó el cuadro y yo le busqué un *taxi* para llevárselo en...

—¿Estaba envuelto? —terció sagazmente el doctor Fell.

Pettis lo miró con curiosidad.

—Quisiera saber por qué me pregunta eso. Iba a contarles precisamente el jaleo que armó Grimaud para envolverlo. Burnaby no tenía con qué, y él se empeñó en bajar a comprar varios metros de papel de envolver a cualquier tienda.

—¿No sabe si Grimaud se fue directamente a casa con el cuadro?

—No...; debió de ir a que le pusieran marco.

El doctor Fell se recostó en la silla con un gruñido y dejó así la cosa, sin más preguntas.

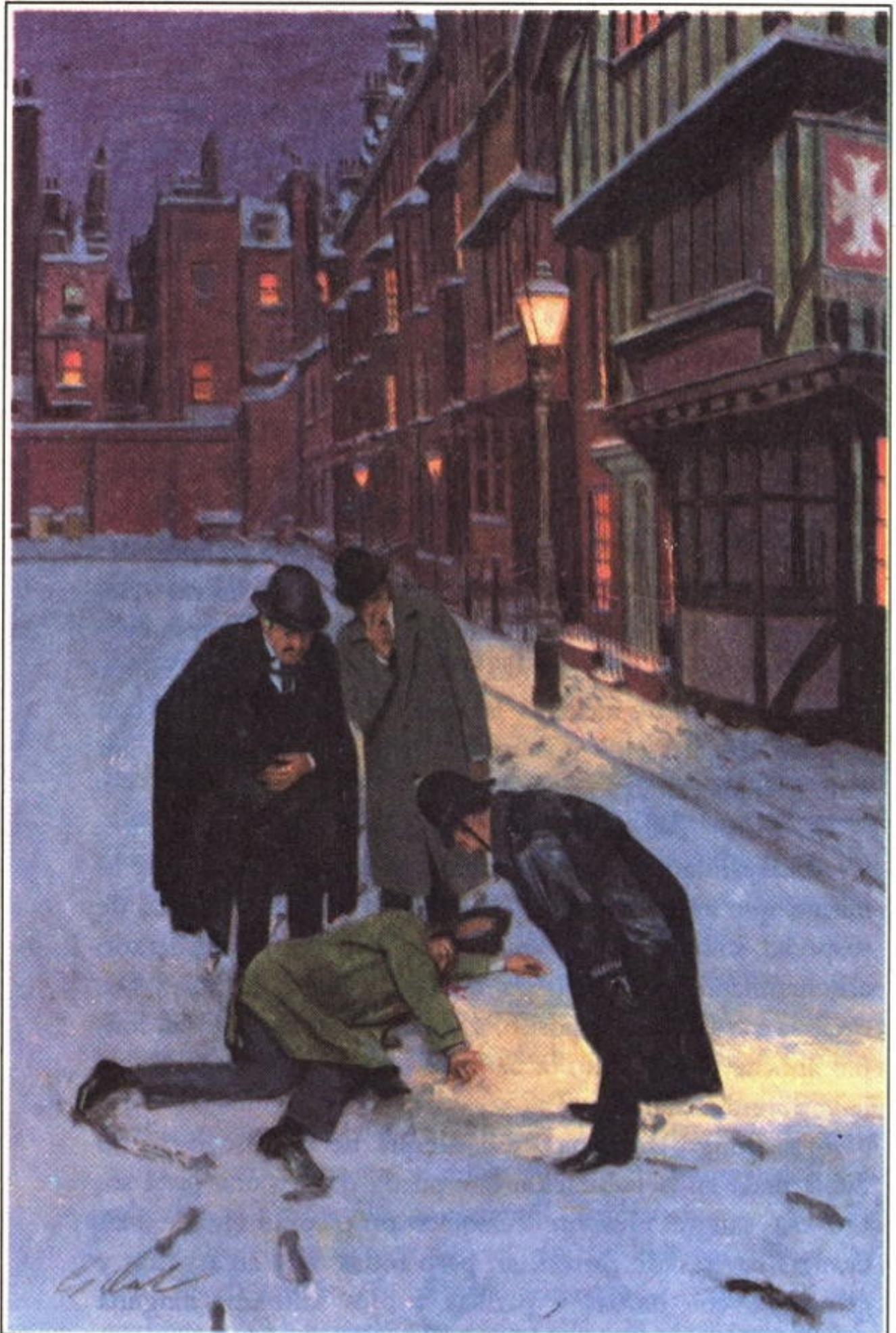
Hadley prosiguió el interrogatorio durante un rato, pero, por lo que Rampole pudo apreciar, no sacó en claro nada de importancia. Al final Pettis se levantó para marcharse en el momento en que el Big Ben daba las diez.

—A propósito, caballeros —dijo—, ¿qué les parece si vienen a almorzar todos conmigo un domingo que no tengan nada que hacer? Tengo habitaciones en el Imperial, precisamente al lado opuesto de Russell Square. Andan ustedes investigando por aquel barrio, y, por otra parte, si el doctor Fell se siente inclinado a charlar sobre historias de fantasmas... —sonrió.

Intervino el doctor para aceptar su invitación antes de que a Hadley le diera tiempo a negarse, y Pettis se fue. Después, todos se miraron.

—¿Qué? —gruñó Hadley—. Absolutamente sincero, a mi parecer. Pero, por supuesto, lo comprobaremos. La cuestión es: ¿por qué iba a perpetrar ninguno de ellos el crimen la única noche en que su ausencia sería irremediabilmente advertida?

—Y el pronóstico del tiempo dijo que no nevaría —apuntó el doctor Fell—. ¡Hadley, esto lo desmorona todo! No comprendo... ¡Cagliostro Street! Vamos para Cagliostro Street. En cualquier sitio estaremos mejor que hundidos en esta incertidumbre. —Y exhalando humo se precipitó en busca de su capa y su hongo.



## VII. EL PISO SECRETO

Cagliostro Street tiene la entrada casi escondida entre una papelería y una carnicería, según se baja por Lamb's Conduit Street hacia Guilford Street. Con un aspecto tan de callejón, es fácil pasar de largo si no va uno pendiente del rótulo. Una vez rebasados los dos inmuebles que hacen esquina, se abre de pronto con anchura inesperada y corre en línea recta unos ochenta metros hasta un paredón de ladrillo que hay al final.

Aquel domingo gris de invierno estaba tan desierta que trascendía de ella un aire fantasmal. Rampole se quedó contemplándola desde la entrada, junto a Hadley y al doctor Fell, un tanto sobrecogido ante aquel viso de misterio. Unas cuantas tiendas que no habían cabido materialmente en Lamb's Conduit Street se alineaban en las primeras casas de un lado y otro de la calle. Todas estaban cerradas, o tenían protegidos los escaparates por sendas rejas de acero. Más allá se extendían dos hileras de casas anodinas y vulgares, todas ellas con cuatro pisos, de ladrillo rojo oscuro y con ventanas pintadas de blanco o amarillo. El hollín había dado a todas el mismo tinte oscuro. La nieve se había fundido, formando lagunajos de fango gris, a pesar del viento glacial que se colaba por la entrada y hacía volar un periódico abandonado, arrojándolo contra la base de un farol, que azotaba ruidoso con sus hojas.

—Muy animado —gruñó el doctor Fell. Y echó a andar pesadamente—. Vamos, enséñame dónde estaba Fley cuando lo mataron, antes de que la gente se fije en nosotros. Por cierto, ¿dónde vivía?

Hadley le señaló un estanco.

—Ahí encima. A la entrada de la calle, como te dije. Luego subiremos. Ahora sigamos hasta la mitad de la calle o así... —Avanzó paso a paso—. Las aceras barridas y la calzada con huellas en la nieve terminaban más o menos a esta altura; a unos treinta y cinco metros, digamos. Más allá, la nieve estaba intacta. A una distancia de casi otros treinta y cinco metros... ¡aquí! —Se paró y dio media vuelta—. Mediada la calle, en medio de la calzada. Ya ves lo ancho que es esto. Andando por ahí se hallaba a nueve metros de cualquier casa. Si hubiese ido por la acera, podríamos haber montado cualquier teoría absurda. Por ejemplo, un individuo asomado a una ventana con la pistola sujeta a una vara...

—¡Tonterías!

—Está bien, son tonterías —respondió bruscamente Hadley—. Pero si no fue ningún truco así, ¿qué fue entonces? Ahora, quédate donde estás y continúa mirando en la misma dirección. —Avanzó de nuevo contando los pasos hasta cierto punto y luego se dirigió a la acera de la derecha—. Aquí es donde se encontraban Blackwin y Short cuando oyeron el grito. Tú vienes andando a esa altura por mitad de la calle. Yo

estoy delante de ti. Me doy media vuelta... así. ¿A qué distancia me encuentro ahora?

Rampole, que se había alejado de ambos, vio al doctor Fell de pie, grande y solo, en medio de un rectángulo vacío.

—¡Pero esos dos tipos —exclamó el doctor, echándose atrás el sombrero hongo— no estaban a más de diez metros de distancia! Hadley, Fley se hallaba en medio de una calle desierta y nevada. Y aunque ellos se volvieron al oír el tiro... hum... hum...

—Exactamente. Ahora vamos con la cuestión de las luces. Tú representas a Fley. A tu derecha, un poco más adelante, inmediatamente después de la puerta número 18, ya ves que hay un farol. A cierta distancia, por detrás, también a la derecha, ¿ves el escaparate de la joyería? Pues bien. Allí había una luz encendida, en el escaparate. Y ahora, ¿puedes decirme cómo hubieran podido equivocarse dos personas que estaban aquí sobre si vieron o no a alguien cerca de Fley? —Su voz subía de tono, cobraba resonancia.

El periódico abandonado emprendió nueva carrera con repentino impulso, en alas de otra ráfaga de viento. La capa del doctor Fell parecía que iba a echar a volar, y el cordón de sus gafas bailaba desenfrenado.

—La joyería —repitió el doctor Fell—. ¡La joyería! Y una luz en el escaparate...

Se acercó a inspeccionarlo, con ojos curiosos y sagaces. Había varias bandejas con bisutería y relojes; eh el centro, un gran reloj alemán de campana, ornado por una cara de sol con ojos móviles, empezaba a dar las once. El doctor Fell contempló aquellos ojos movibles que producían un efecto desagradable; como si mirasen con necio regocijo el lugar donde habían asesinado a un hombre. Aquello ponía en Cagliostro Street un toque de espanto. El doctor Fell retrocedió hasta el centro de la calle.

—Pero eso —dijo obstinadamente, como si prosiguiese un razonamiento— está a la derecha de la calle. Y a Fley le dispararon por la espalda desde la izquierda. Suponiendo que... ¡No sé! Aun admitiendo que el asesino fuese capaz de andar sobre la nieve sin dejar huellas, ¿podemos decidir al menos de dónde venía?

—Venía de aquí —le contestó una voz.

Un golpe de viento pareció arremolinar aquellas palabras a su alrededor, y por un instante, en aquella penumbra borrasca, Rampole tuvo una demencial visión de objetos volantes y frases pronunciadas por un hombre invisible. Se volvió, y con un súbito descenso en la tensión dramática halló la explicación: un joven rechoncho de rostro colorado y sombrero hongo calado hasta las cejas bajaba las escaleras del número 18. Saludó a Hadley con una sonrisa.

—Soy Somers, señor. ¿Recuerda que me ordenó averiguar adónde se dirigía la víctima, el francesito, cuando lo mataron? ¿Y si alguna casera tenía cualquier inquilino extraño que pudiera ser el hombre que buscamos...? Pues bien, he averiguado lo del inquilino extraño. Salió de aquí.

Los ojos de Hadley se dirigieron al portal, donde otra figura permanecía indecisa. Somers siguió su mirada.

—Este es O'Rourke, señor. El del teatro de variedades, ya sabe, el que identificó al francesito anoche. Me está echando una mano hoy.

Salió de la oscuridad y bajó las escaleras. Parecía delgado, a pesar del grueso abrigo; delgado y fuerte. En apariencia tenía la tez morena de un italiano, apariencia que realzaba un exuberante bigote negro de guías engomadas, relucientes. Bajo el bigote, de una comisura de la boca le colgaba una pipa curva descomunal.

—Me llamo O'Rourke, sí —dijo—. Espero que no tomen a mal mi intromisión, caballeros. Verán, yo conocía al pobre Mochales... —Su rostro se ensombreció—. Si hubiera tenido una pizca de intuición, anoche habría salido tras él...

—En efecto. Si quiere venir, señor... —dijo Somers a Hadley—. Tengo algo importante que enseñarle. La casera le hablará del inquilino. Pero primero me gustaría que viera sus habitaciones.

—¿Qué hay en sus habitaciones?

—Bueno, señor; en primer lugar, sangre —respondió Somers—. Y también una cuerda un tanto extraña... —su rostro brilló de satisfacción al ver la cara de Hadley—. Le gustará ver esa cuerda y otras cosas. A juzgar por sus bártulos, el individuo es una especie de ladrón o algo así. La señorita Hake, la casera, dice que tiene el cuarto desde hace algún tiempo, pero que sólo lo ha utilizado una o dos veces...

—Vamos —dijo Hadley.

Somers los guió por un oscuro pasillo, y subieron hasta el tercer piso. La casa era estrecha, con un solo apartamento amueblado en cada piso. La puerta del último, muy cerca de una escalerilla que conducía al tejado, estaba abierta. Somers les hizo entrar por un oscuro pasillo con tres puertas.

—Aquí primero, señor —dijo—. Es el cuarto de baño. Tuve que meter un chelín en el contador porque no había luz.

Dio al interruptor. El cuarto de baño era un deslucido cuchitril adaptado para el caso. El empapelado de las paredes imitaba azulejos; cubría el suelo un gastado linóleo, y había una bañera destartalada, con un arcaico calentador de gas, y, colgado sobre un aguamanil con palangana y jarro, un espejo todo visos y aguas.

—Como verá, se esforzaron por limpiarlo todo, señor —dijo Somers—; pero quedan manchas rojizas en la bañera, que es donde se lavó las manos. Y al lado, tras este cesto de ropa... —echó la cesta a un lado con gesto espectacular y sacó una toallita todavía húmeda con desvaídas manchas color rosa—. Se limpió con esto.

—Buen trabajo —dijo Hadley con voz queda—. Vamos para las otras habitaciones.

Una personalidad indefinida impregnaba aquellos aposentos lo mismo que el amarillo lánguido de la luz eléctrica. En la habitación que daba a la calle las ventanas estaban cubiertas de pesadas cortinas. Bajo una lámpara, y sobre una amplia mesa, extendíase una colección de pequeñas herramientas de acero con cabeza redonda y punta ganchuda (“Ganzúas, ¿eh?”, comentó Hadley emitiendo un silbido), una colección de cerraduras desmontadas y un rimero de notas. Había también un

microscopio, una caja llena de portaobjetos, un mueble con productos químicos y tubos de ensayo etiquetados en un estante, un mural de libros, y en un rincón una pequeña caja fuerte de hierro.

—Si es un ladrón —dijo el comisario—, es el caco más moderno y científico que he visto. No sabía que esta artimaña se conociera en Inglaterra. ¿Te haces cargo, Fell?

—Hay un boquete abierto en la chapa por la parte de arriba, señor —indicó Somers—. Si lo hizo con soplete, es el trabajo más perfecto que he visto. Se...

—Es mucho más fácil —respondió Hadley—. Se trata de la preparación Krupp. No estoy muy fuerte en química, pero creo que consta de aluminio en polvo y óxido de hierro. Se mezclan los polvos encima de la caja, se añade..., a ver si me acuerdo... Ya. Se añade magnesio en polvo y se le arrima una cerilla. No es explosivo. Simplemente genera calor y abre un agujero por fusión en el metal... ¿Ven ese tubo metálico que hay sobre la *mesa*? Es un detectoscopio, o como ellos dicen, una lente de ojo de pez. Introduciéndolo en un agujero abierto en la pared puede verse todo lo que ocurre en la habitación contigua. ¿Qué te parece, Fell?

—Sí, sí —respondió el otro con mirada ausente—. Pero ¿dónde está esa cuerda? Me interesa esa cuerda.

—En la otra habitación, señor. En la del fondo —dijo Somers—. Está decorada en un estilo impresionante, como uno de esos sitios orientales... ¿Usted me entiende?

Quería decir, sin duda, como un harén. Divanes, tapices, borlas y mil bagatelas más fingían un decorado turco de exuberante colorido. Hadley describió las cortinas y entró la luz de aquel día invernal, atenuando la primera impresión. Miraron afuera, la parte posterior de las casas de Guilford Street y mi callejón que iba a morir detrás del Hospital Pediátrico. Pero Hadley no se paró a considerar aquello. Se abalanzó sobre el rollo de cuerda que había en el sofá. Era delgada, pero muy fuerte; estaba anudada a intervalos de treinta centímetros y tenía un curioso artificio enganchado al final. Parecía una ventosa de goma negra de gran resistencia.

—¡Esto sí que sí! —exclamó el doctor Fell—. ¡Fíjate! ¿No es...?

Hadley asintió.

—He oído hablar de ellas, pero nunca había visto ninguna. ¡Mira! Es una ventosa.

—¿Quieres decir —intervino Rampole— que si un ladrón adhiere eso a la pared tendrá fuerza suficiente para aguantar su peso si se cuelga de la cuerda?

Hadley titubeó.

—Eso es lo que dicen. Claro que...

O'Rourke, que había estado mirando la cuerda, carraspeó para hacerse notar.

—Miren, caballeros —dijo—; no es que quiera entrometerme, pero creo que eso no son más que cuentos chinos.

Hadley giró en redondo.

—¿Qué dice este hombre?

—¿Cuánto se apuestan a que ese chisme pertenecía a Mochales? Déjemela un momento y lo comprobaré.

Tomó la cuerda y la fue palpando suavemente con los dedos, hasta llegar a su mitad. Entonces asintió satisfecho. Hizo girar los dedos y de pronto extendió las manos abiertas en la actitud de un mago. La cuerda se dividió en dos.

—Ajá. ¿Lo ven? La cuerda está partida. Tiene un tornillo en una punta y una rosca en la otra, y puede unirse dándole vueltas como un tornillo a una tabla. La unión es invisible; puede examinarse la cuerda cuanto se quiera y no obstante no se separará por mucho que tiren de ella. ¿Comprenden la idea? Unos cuantos espectadores atan al prestidigitador dentro de su caja. Este empalme de la cuerda viene a caerle encima de las manos. Los observadores pueden sujetar los extremos de la cuerda desde fuera, bien tirantes, para asegurarse de que el prestidigitador no intenta desprenderse de ella. ¿Comprenden? Pero él la desenrosca con los dientes, sujeta la cuerda tensa con las rodillas, y dentro de la caja salta todo con mil diablos. ¡Prodigio! ¡Misterio! ¡El espectáculo más grande de la tierra! —O'Rourke los miró, afable—. Sí. Era una de las cuerdas de Mochales.

—No lo dudo —respondió Hadley—; pero ¿qué me dice de la ventosa?

—Bueno..., habrán oído hablar del truco de la cuerda india, ¿no? Un faquir arroja una cuerda al aire y se queda tiesa; entonces un muchacho trepa por ella y, ¡paf!, se desvanece. Mochales estaba indagando la forma de realizarlo. Creo que la ventosa era para sujetar la cuerda en algún sitio al lanzarla.

—Y alguien tenía que trepar por ella, claro —dijo Hadley con voz grave—. Trepar... ¿y desvanecerse?

—Bueno..., un niño. Eso no soportaría el peso de un hombre. ¡Miren, caballeros! Tendría mucho gusto en demostrárselo descolgándome por la ventana, sólo que no quiero romperme la crisma; además, tengo averiada una muñeca.

—Creo que todavía no tenemos pruebas suficientes —dijo Hadley—. Dice usted que este tipo ha huido, ¿no, Somers? ¿Puede darnos alguna descripción?

—No sería difícil dar con él, señor. Se hace llamar Jerome Burnaby, pero tiene una facha muy característica, y... y una pierna más larga que la otra.

Acto seguido resonaron las potentes y estremecedoras carcajadas del doctor Fell. Sentado en un diván rojo y amarillo que se hundía de forma alarmante, acompañaba su hilaridad golpeando el suelo con el bastón:

—¡Mi gozo en un pozo! ¡Nuestro gozo en un pozo, amiguitos! ¡Je, je, je! Adiós el fantasma. Adiós las pruebas. ¡Por vida mía!

—¿Qué quieres decir? —inquirió Hadley—. ¿Es que esto no te convence de sobra de que Burnaby es culpable?

—Me convence absolutamente de que es inocente. Temí que pudiéramos encontrar algo así, precisamente, cuando vimos la otra habitación. No podía ser verdad tanta belleza.

—Si no te importa explicarte mejor...

—En absoluto —respondió afable el doctor—. Hadley, ¿tienes noticias de algún ladrón, algún delincuente, que haya tenido nunca su escondrijo decorado con tal efecto ambiental? Las ganzúas sobre la mesa, el microscopio tan científico, esos siniestros productos químicos, etcétera... El verdadero criminal tiene buen cuidado de que su nido parezca más respetable que el de un vulgar sacristán. Esta ostentación ni siquiera me hace pensar en un individuo que juega a ser caco. Pero si te paras a considerarlo un segundo, verás lo que te sugiere como consecuencia de cientos de novelas y películas. Es como si se tratara de alguien que juega a ser detective.

Hadley se frotó la barbilla pensativo y miró a su alrededor.

—¿Nunca jugaste de niño —prosiguió el doctor Fell— a ser el Gran Detective, ni soñaste con tener una guarida en algún callejón misterioso donde continuar tus implacables investigaciones? ¿No dijo alguien que Burnaby era un apasionado criminalista de afición? Tal vez esté escribiendo un libro. El caso es que él, de una manera sofisticada, ha hecho lo que muchos niños ya crecidos habrían deseado hacer. Se ha creado una doble personalidad.

—Espera un momento —dijo meditativamente Hadley—. Admito que este antro tiene un aspecto poco convincente, sí. Admito que tiene un aire de película. Pero esta cuerda es de Fley, no lo olvides. ¿Y qué me dices de la sangre?

El doctor Fell asintió.

—Ejem... Sí. No tergiverses. Yo no digo que estas habitaciones no puedan jugar un papel en el asunto; te estoy sugiriendo únicamente que no creas demasiado en la perversa doble vida de Burnaby.

—Bueno, pronto lo averiguaremos —gruñó Hadley—. ¡Somers! Vaya al otro piso del señor Jerome Burnaby, en el 13 de Bloomsbury Square, y tráigalo aquí. Pero no haga ni responda preguntas. Y de paso dígame a la casera que suba.

Salió Somers apresuradamente, y el comisario se puso a recorrer el cuarto a grandes zancadas, dando patadas a los muebles. O'Rourke, que había permanecido sentado, blandió su pipa.

—Bueno, caballeros —dijo—. Me alegro de ver a los sabuesos sobre la pista. ¿Alguna pregunta más?

Hadley respiró hondo y repasó los papeles de la cartera.

—Esta es su declaración, ¿no? —La leyó rápidamente—. ¿Está usted seguro de haberle oído que su hermano tenía habitaciones alquiladas en esta calle?

—Sí, señor; dijo que lo había visto rondando por aquí.

Hadley levantó la vista con sagacidad.

—Eso no significa lo mismo. ¿Cuáles fueron sus palabras exactamente?

A O'Rourke todo aquello debía de parecerle una charada.

—Oh, bueno, dijo: "Tiene una habitación allí, lo he visto rondando por allí". O algo por el estilo.

—No es muy preciso, que digamos. ¡Trate de recordar!

—¡Por los cuernos del diablo! ¿Y qué es lo que estoy haciendo? —protestó

O'Rourke—. Viene cualquiera a soltarle a uno el rollo, y luego le interrogan sobre el caso y si no puede repetir palabra por palabra lo miran como si le tuvieran por embustero. Lo siento, compadre, pero eso es todo lo que puedo hacer.

Reflexionó Hadley y decidió seguir por otro derrotero:

—Supongo que habrá visto los periódicos —dijo.

—Sí. —O'Rourke entornó los ojos—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Debió de utilizarse algún truco de prestidigitación o ilusionismo para matar a esos dos hombres. Dice que ha tratado con magos. ¿Se le ocurre algún truco que explique los hechos?

O'Rourke se echó a reír.

—Mire, voy a hablarle con franqueza. Cuando me ofrecí a descolgarme por la ventana con esa cuerda, temí que sospecharan ustedes. Quiero decir que sospecharan de mí. —Soltó una risita—. ¡Dejémoslo! Sólo un hombre prodigioso podría realizar tal acrobacia con una cuerda, aun cuando tuviese la cuerda y fuera capaz de andar sin dejar huellas. Pero en cuanto a lo otro... ¡bueno! —O'Rourke frunció el entrecejo y se frotó el bigote con la caña de la pipa—. ¡Voy a darle un ejemplo de un truco de evasión de lo más colosal! Puede realizarse incluso al aire libre. Sale el ilusionista montado en un soberbio caballo blanco, luciendo un soberbio uniforme azul. Y sale su cuadrilla de ayudantes con uniformes blancos y la algazara acostumbrada. Dan una vuelta al escenario, y luego dos de esos ayudantes abren un magnífico y enorme abanico que oculta al jinete por un momento, sólo por un momento, ¿comprende? Bajan el abanico, que arrojan al público para que vea que no hay trampa, y el jinete ha desaparecido. Ha desaparecido dentro de un espacio de cuatro metros cuadrados. ¡Toma!

—¿Y cómo se consigue eso? —inquirió el doctor Fell.

—¡Muy fácil! El individuo sigue estando allí. Pero no lo ven. No lo ven porque el soberbio uniforme azul es de papel, y va sobre uno auténtico, blanco. En cuanto levantan el abanico, se arranca el papel azul y lo embute debajo de lo blanco. Salta del caballo y se reúne con la cuadrilla de ayudantes uniformados en blanco. La cuestión es que nadie se preocupa de contar los ayudantes de antemano, y salen todos sin que nadie lo note. Esa es la base de la mayoría de los trucos. Uno mira algo que no ve o juraría que ha visto algo que no hay. Y la mayoría de los trucos, este es otro punto, sólo pueden realizarse si el ilusionista tiene un cómplice. Un ayudante, o varios, como esos del uniforme blanco.

La recargada habitación de colores chillones quedó en silencio. El viento hacía trepidar las ventanas. Se oían distantes campanas de iglesia y el bocinazo de un taxi que pasaba. Hadley agitó su cuaderno de notas.

—Nos estamos desviando —dijo—. Eso es muy habilidoso, sí. Pero ¿qué aplicación tiene en este caso?

—No lo sé —admitió O'Rourke—; yo se lo he dicho porque... porque usted me ha preguntado. No quiero desanimarle...

—Bueno, al ataque, Hadley —interrumpió el doctor Fell—. Vamos a recibir visita de un momento a otro. ¡Echa un vistazo! Pero no te acerques a la ventana.

Allá abajo, por donde el callejón torcía entre edificios, venían dos figuras debatiéndose contra el viento. En una reconoció Rampole a Rosette Grimaud. La otra, un caballero alto con bastón, calzaba una bota derecha de grosor anormal.

—Apagad las luces de esas otras habitaciones —dijo rápidamente Hadley. Se volvió a O'Rourke—. Voy a pedirle un favor. Baje y dígame a la casera que no suba.

Ya había salido al pasillo y estaba apagando las luces. Corrió las cortinas de forma que sólo entrara en el cuarto un hilo de luz.

—Nos sentaremos aquí muy calladitos —dijo—. Si vienen rumiando algo, puede que lo suelten en cuanto pongan los pies en el piso. A propósito, ¿qué te parece O'Rourke?

—Creo —declaró el doctor Fell con firmeza— que O'Rourke es el testigo más esclarecedor que hemos oído hasta ahora en esta pesadilla. En realidad es casi tan esclarecedor como las campanas.

Hadley se volvió.

—¿Las campanas? ¿Qué campanas?

—Las que sean —dijo el doctor Fell—. Lo que quiero decirte es que a mí, en mi maldita ceguera, el pensar en esas campanas que suenan me ha traído luz y consuelo. Puede que me salven de cometer una terrible equivocación... ¡Luz, Hadley! ¡Luz al fin! ¡Mensajes gloriosos desde ese campanario!

—¿Estás seguro de que andas tú bien del tuyo? Por el amor de Dios, ¿quieres explicarme todo eso? Supongo que las campanas te han revelado cómo se realizó el truco de la evasión.

—No. Me han revelado el nombre del asesino.

El silencio que siguió a estas palabras tenía consistencia, como si todos trataran de contener el aliento para no estallar. Abajo se oyó cerrar una puerta. En la muda quietud de la casa percibieron el débil son de pisadas que subían la escalera. Al fin, una llave rechinó en la cerradura de la puerta del piso, que se abrió y volvió a cerrarse. Sonó un clic: habían encendido la luz del pasillo.

—De modo que has perdido la llave que te di —dijo una voz áspera de varón—. ¿Y dices que no viniste aquí anoche, después de todo?

—Ni anoche —dijo la voz de Rosette Grimaud— ni ninguna otra noche. —Rió—. Nunca tuve la menor intención de venir. ¿Lo pasaste bien esperándome?

La voz masculina subió de tono.

—Ah, granujilla, voy a decirte una cosa. Tampoco yo estuve aquí. Si te crees que con hacer restallar el látigo vas a obligar a otros a pasar por el aro... Pasa tú, si quieres. Yo no estaba aquí.

—Eso es mentira, Jerome —dijo tranquilamente Rosette.

—Eso es lo que tú crees, ¿eh? ¿Por qué?

Aparecieron dos siluetas a contraluz de la puerta entreabierta. Hadley descorrió

las cortinas.

—También a nosotros nos gustaría saber la respuesta a ese porqué, señor Burnaby —dijo.

El raudal de luz inverniza y tristonza que les dio de lleno en el rostro los cogió totalmente desprevenidos. Rosette Grimaud chilló, y Jerome Burnaby se quedó como de piedra, sin otra moción que el subir y bajar de su pecho. Tenía el rostro recio, surcado de arrugas; sus ojos parecían haber perdido el color por efecto de la ira. Se quitó el sombrero y el abrigo y los arrojó sobre un diván con aire de matasiete.

—¿Qué? —dijo—. ¿Esto qué es, un asalto, o qué?

La muchacha puso a un lado su abrigo de piel.

—Jerome, es la policía.

Burnaby reaccionó con irónica jocosidad.

—¡Hombre! La policía, ¿eh? ¡Qué honor! ¡Allanando casas ajenas!

—Usted es el inquilino de este piso, no el dueño —respondió Hadley con la misma irónica afabilidad—. Siempre que se advierta un comportamiento sospechoso...

—¡Váyase al cuerno! —amenazó Burnaby, levantando a medias su bastón—. ¿Qué buscan aquí?

—En primer lugar, antes de que se nos olvide, la señorita Grimaud decía que usted se hallaba anoche en este piso. ¿Es cierto?

—No, no estaba.

—No estaba... ¿Señorita Grimaud?

—Puesto que lo han oído —dijo Rosette entrecortadamente, con evidente enojo pero dispuesta a ocultar cualquier emoción—, de poco sirve que lo niegue ahora, ¿verdad? No veo qué interés puede tener para ustedes. No cabe en ello la menor relación con... con la muerte de mi padre. Jerome podrá ser lo que quiera, pero un asesino no es. No obstante, ya que por la razón que sea les interesa saberlo, prefiero discutirlo todo ahora. Me figuro que alguna versión de esto llegará a oídos de Boyd. Aunque también puede que sea la verdadera... Empezaré diciendo que sí, Jerome estaba en este piso anoche.

—¿Cómo lo sabe, señorita Grimaud? ¿Estaba usted aquí?

—No. Pero vi luz en esta habitación a las diez y media.

Burnaby la miró desconcertado, frotándose el mentón.

Rampole hubiera jurado que estaba auténticamente sorprendido.

—Oye, Rosette —dijo con voz suave—, ¿estás segura de lo que dices?

—Sí. Completamente.

—¿A las diez y media? —cortó Hadley—. ¿Cómo pudo ver esa luz, cuando estaba en su casa con nosotros?

—No; a esa hora no estaba..., recuérdelo. Estaba en la clínica donde moría mi padre. La parte de atrás de la clínica da a las espaldas de esta casa, y quiso la casualidad que me encontrase junto a una ventana. Advertí que había luz en esta

habitación y creo que también en el baño...

—¿Cómo conoce las habitaciones —preguntó sagazmente Hadley— si nunca había estado aquí antes?

—He tenido buen cuidado de fijarme al entrar ahora mismo —respondió ella—. Anoche no sabía qué habitaciones eran; sólo sabía que tenía aquí un piso.

Burnaby seguía observándola con la misma curiosidad.

—¿Estás segura de no equivocarte en lo de las habitaciones, Rosette?

—Segurísima, querido. Esta es la casa que cae a la izquierda de la esquina del callejón, y tú tienes el último piso.

—¿Y dices que me viste?

—No; digo que vi luz. Pero tú y yo somos las dos únicas personas que conocemos la existencia de este piso. Y como me invitaste a venir y dijiste que estarías aquí...

—¡Cielos! —exclamó Burnaby—. Me gustaría saber hasta dónde vas a llegar. — Se dejó caer pesadamente en una silla y continuó observándola con sus pálidos ojos—. ¡Por favor, sigue!

Rosette dio media vuelta, pero su resolución pareció quebrarse.

—He dicho que... que aclararíamos esto, pero —suplicó a Hadley— ahora ya no sé si quiero. Si estuviera segura con respecto a él; si supiera que su cariño es verdadero... No sé si es sólo un simpático fanfarrón, viejo... viejo...

—¡Por el amor de Dios, no digas viejo amigo de la familia! —saltó Burnaby—. A mí sí que me gustaría estar seguro de ti; si crees que dices la verdad o si no eres más que una arpía embustera.

Ella continuó con tono firme y resuelto:

—... o si es un tipo de chantajista fino. ¡No por dinero, claro! —Volvió a inflamarse—. ¿Arpía? Sí, si te parece. Lo admito. He sido una arpía. Pero ¿por qué? Porque tú lo has envenenado todo con esas insinuaciones que venías haciendo...

—¿Insinuaciones sobre qué? —intervino Hadley.

—Oh, sobre la vida pasada de mi padre. —Se retorció las manos—. Sobre mi nacimiento. Pero no es eso lo que me preocupa. Es no sé qué asunto horrible..., algo acerca de mi padre. ¡No sé! El caso es que anoche Jerome me invitó a venir aquí. ¿Por qué? ¿Para qué? En fin, ¿me invitará, pensé yo, porque es la noche en que viene a verme Boyd y el escoger precisamente esa noche halaga su vanidad sin límites? Pero no quería (¡por favor, compréndanme!), no quería pensar que Jerome trataba de hacerme un pequeño chantaje. Le tengo aprecio; y eso es lo que da a este asunto un cariz tan horrendo...

—Entonces debemos aclararlo —dijo Hadley—. ¿Es verdad que hacía usted insinuaciones, señor Burnaby?

Siguió un largo silencio durante el cual Burnaby se miraba y remiraba las manos. Había en la actitud de su cabeza inclinada, en lo fatigoso de su respiración, algo como una pugna por decidirse, y esto disuadió a Hadley de instigarlo. Al fin, Burnaby levantó la cabeza.

—Nunca pensé en... —dijo—. ¿Insinuaciones? Sí, en rigor, supongo que sí. Pero nunca deliberadamente. Nunca pensé... —miró a Rosette—. Para mí no se trataba más que de un atractivo juego de deducción, eso es todo. Ni siquiera lo consideré nunca un fisgoneo. Rosette, si la única razón de tu interés por mí es esa: el temor ante la idea de que fuera un chantajista... entonces lo siento. —Fijó la vista de nuevo en sus manos y luego sus ojos recorrieron despacio la estancia—. Echen un vistazo a esta casa, caballeros. Sobre todo a la habitación que da a la calle... Entonces comprenderán la respuesta. ¡El Gran Detective! ¡El sueño de un pobre imbécil con un pie contrahecho!

Hadley titubeó por un instante.

—¿Y averiguó algo el Gran Detective sobre la vida pasada de Grimaud?

—No..., y si así fuera, ¿me considera usted capaz de decírselo?

—Tal vez nosotros podamos convencerle. ¿Sabe que hay manchas de sangre en su cuarto de baño, donde dice la señorita Grimaud que vio luz anoche? ¿Sabe que Pierre Fley fue asesinado a la puerta de su casa poco antes de las diez y media?

Rosette Grimaud soltó un gemido y Burnaby irguió bruscamente la cabeza.

—Fley asesi... ¡Manchas de sangre! ¡No puede ser! ¿Dónde?

—Fley tenía una habitación en esta calle. Creemos que venía hacia aquí cuando murió. De todos modos, el mismo individuo que asesinó a Grimaud le pegó un tiro ahí fuera, en la calle. ¿Puede usted acreditar su personalidad, señor Burnaby? ¿Puede demostrar, por ejemplo, que no es realmente el hermano de Grimaud y de Fley?

El otro le miró atónito. Se levantó, vacilante, de la silla.

—¡Cielo santo! ¡Pero hombre! ¿Está loco? ¡Hermano de...! No, no soy su hermano. ¿Cree usted que si fuera su hermano sentiría algún interés por...? —se contuvo, mirando a Rosette—. Claro que puedo acreditarlo. Tengo una partida de nacimiento por ahí... ¡Yo... yo... puedo presentarle gente que me conoce de toda la vida!

Hadley cogió el rollo de cuerda.

—¿Qué me dice de esta cuerda? ¿Forma parte también de su aparato de Gran Detective?

—¿Cómo? ¡En mi vida la he visto!

Rampole miró a Rosette Grimaud. Aunque tenía el rostro sereno, sus ojos estaban cuajados de lágrimas.

—¿Y puede probar —prosiguió Hadley— que no estaba anoche en este piso?

A Burnaby se le iluminó el rostro de alivio.

—Sí, afortunadamente, sí que puedo. Estuve en mi club desde las ocho, aproximadamente, hasta pasadas las once. Pueden preguntar a las tres personas con quienes estuve jugando al póquer todo ese tiempo. No estuve aquí. No dejé ninguna mancha de sangre. No maté a Fley, ni a Grimaud, ni a ningún otro. —Adelantó su fuerte mandíbula—. ¿Qué me dicen ahora?

Hadley se había vuelto hacia Rosette.

—¿Insiste aún en que vio luz aquí?

—¡Sí!... Pero Jerome, créeme, mi intención no era...

—Sin embargo, cuando mi agente llegó aquí esta mañana el contador estaba desconectado y no funcionaban las luces. ¿Cómo se explica...?

—¡No sé, pero lo que le digo es cierto! Aunque veré, lo que yo quería decir es que...

—Supongamos que el señor Burnaby esté diciendo la verdad sobre lo de anoche. Usted dice que la invitó a venir aquí. ¿Es lógico que la invitara cuando pensaba estar en su club?

Burnaby se echó hacia adelante y puso una mano sobre el brazo de Hadley.

—¡Un momento! Aclaremos esto, inspector. Así fue. Es un truco asqueroso, pero... pero lo hice. Oiga, ¿es necesario que lo explique?

—¡Bueno, bueno! —el doctor Fell sacó un pañuelo de hierbas colorado y se sonó con él para llamar la atención. Los miró—: Hadley, déjame decir unas palabras de apaciguamiento. El señor Burnaby hizo eso, como él mismo ha confesado, para hacerla pasar por el aro. Ahora, respecto a la luz que no funcionaba, no es ni mucho menos tan nefasto como parece. Se trata de un contador de chelines, ¿comprendes? Alguien estuvo aquí y dejó la luz encendida, de modo que el contador gastó el valor de electricidad correspondiente a esa moneda y luego se apagaron las luces. Qué chantre, Hadley, tenemos abundantes pruebas de que alguien estuvo aquí anoche. ¿Quién? Esa es la cuestión. —Miró a los otros—. Ejem. Ustedes dos dicen que nadie más conocía este sitio. Pero, aun dando por descontado que su declaración sea sincera, señor Burnaby, alguien más debía saberlo.

—Lo único que puedo decirle es que yo no he hablado a nadie más de él —insistió Burnaby—. A no ser que alguien advirtiera que venía aquí..., a no ser que...

—A no ser que se lo haya dicho yo a alguien, claro —estalló Rosette—. Pero no ha sido así.

—Pero ¿tiene una llave de la casa? —preguntó el doctor Fell.

—Tenía una llave de la casa. La perdí.

—¿Cuándo?

—¡Yo qué sé! —Se puso a dar paseos por el cuarto—. La tenía en el bolso y hasta esta mañana no he advertido su desaparición. Pero quiero saber una cosa —se detuvo y se encaró con Burnaby—: Si se trataba sólo de una mísera aficioncilla por la investigación policiaca y sinceramente no perseguías ningún otro fin, entonces habla claro. ¿Qué sabías sobre mi padre? ¡Dime! No importa, son de la policía y lo averiguarán de todas formas. Vamos, ¡no finjas!

—Es un buen consejo, señor Burnaby —dijo Hadley—. Usted pintó el cuadro por el que iba a preguntarle. ¿Qué sabía sobre el doctor Grimaud?

Los pálidos ojos grises de Burnaby chispearon, irónicos.

—¡Muy bien, Rosette! Voy a decirte en pocas palabras lo que te hubiera dicho mucho antes de haber sabido que te preocupaba. Tu padre estuvo en la cárcel hace

tiempo, en las minas de sal de Hungría, y se fugó. Nada del otro mundo, ¿no crees?

—¡En la cárcel! ¿Por qué?

—Según me dijeron por agitación política. Pero tengo la impresión de que fue por robo.

Hadley intervino rápidamente:

—¿Dónde se enteró de eso?

Burnaby se irguió:

—Se lo explicaré, aunque sólo sea para demostrárselo. Acaba de mencionar ese cuadro. Fue todo pura casualidad, aunque las pasé negras para convencer a Grimaud de lo contrario. La culpa la tuvo una dichosa conferencia con diapositivas. Me zampé en el local para resguardarme una noche de lluvia; era al norte de Londres, en una sala parroquial, hace dieciocho meses. —Burnaby daba vueltas a los pulgares con displicencia—. Un individuo peroraba sobre Hungría, con diapositivas, todo en un cierto ambiente de misterio para impresionar a los fieles. ¡Pero por vida mía! Me cautivó la imaginación. —Le brillaban los ojos—. Proyectó una diapositiva, un paisaje como el que yo pinté, con tres tumbas solitarias fuera de campo santo. Aquello me dio una idea, y al volver a casa me puse a trabajar como una furia. Sugirió el conferenciante que se trataba de tumbas de vampiros, ¿comprende? Bueno, yo dije a todo el mundo que era un paisaje imaginario. Pero cuando lo vio Grimaud le causó una impresión brutal. Yo lo tomé como un elogio de mi arte. Y en mi funesta inocencia comenté: “¿Te das cuenta cómo la tierra de una de ellas se remueve y se abre? ¡Está saliendo el muerto!”. Yo seguía pensando en vampiros, por supuesto, pero él no lo sabía. Por un instante creí que se iba a lanzar sobre mí con una espátula.

Burnaby hizo un relato sincero. Grimaud, dijo, le había interrogado sobre el cuadro; le había interrogado, e incluso vigilado hasta el punto de que el menos imaginativo de los hombres hubiera sospechado algo. La desazón de sentirse bajo vigilancia le indujo a resolver aquel enigma en defensa propia. Algunas frases manuscritas en los libros de la biblioteca de Grimaud; el escudo de armas que tenía sobre la chimenea; una palabra dicha a la ligera... Luego, continuó, unos tres meses antes del asesinato, Grimaud le agarró un día y, bajo juramento de guardar el secreto, le contó la verdad; exactamente la misma historia que Drayman les había contado la noche anterior: la epidemia, los dos hermanos muertos, la fuga...

—¿Y eso es todo? —gritó Rosette—. ¿Eso es todo lo que hay?

—Eso es todo, querida —respondió Burnaby cruzándose de brazos—. Pero no quería decírselo a la policía.

—Suponiendo que todo eso sea verdad, Burnaby —dijo Hadley—, ¿estaba usted en la taberna de Warwick la noche que entró Fley?

—Sí.

—Y sabiendo lo que sabía, ¿no relacionó a Fley con esa historia?

Burnaby titubeó.

—Francamente, sí. Volví andando a casa con Grimaud aquella noche. Nos

sentamos en su estudio y se sirvió un whisky más largo que de costumbre. Pensé que iba a decirme algo. Parecía mirar con fijeza la chimenea...

—A propósito —el doctor Fell intervino tan inesperadamente que Rampole pegó un respingo—, ¿dónde guardaba sus papeles privados? ¿Lo sabe?

—Pues creo que los guardaba en un cajón cerrado con llave, en ese escritorio grande...

—Continúe.

—Quedamos en silencio, uno de esos silencios tan incómodos; entonces me decidí y pregunté: “¿Quién era?”. Grimaud se agitó en la silla y por fin respondió: “No lo sé. Ha pasado tanto tiempo. Puede que fuera el médico”.

—¿El médico? ¿Quiere decir el médico que certificó su defunción en la cárcel a consecuencia de la peste? —inquirió Hadley.

—Sí. Oiga, ¿pero es que tengo que continuar con esto...? ¡Está bien, está bien! “Vuelve por un pequeño chantaje”, dijo, y yo, tratando de sonsacarle, respondí: “Sí, pero ¿qué es lo que puede hacer...?”. Pensé que debía de ser algo más serio que un delito político; de lo contrario no tendría importancia después de tanto tiempo. Grimaud dijo: “Bah, no hará nada. Nunca ha tenido valor”. Y entonces... —de pronto el tono de Burnaby se hizo brusco e incisivo—. Bien; ya que lo quieren saber todo, ahí va: Grimaud dijo con esa estentórea franqueza suya: “Quieres casarte con Rosette, ¿no?”. Admití que sí, y él dijo: “Muy bien; así será”. Yo me eché a reír e hice ver que Rosette tenía otra preferencia. “¡Bah! ¡Ese pollo!”, respondió Grimaud. “¡Yo lo arreglaré!”.

Rosette lo miraba con ojos duros y luminosos.

—De modo que ya lo tenías todo preparado, ¿eh?

—¡Oh, por Dios! ¡No vayas a subirte ahora a la parra! Me han preguntado por lo sucedido. —Se volvió a los demás—. Bien, caballeros, eso es todo lo que puedo decirles. Cuando el viernes vino a buscar ese cuadro me quedé estupefacto, pero dejé que se lo llevara.

Hadley, que había estado escribiendo en su libreta de notas,<sup>1</sup> continuó su tarea sin despegar los labios. Luego miró a Rosette y dijo:

—Quisiera saber por qué si siempre se negó a venir aquí con el señor Burnaby ha aceptado de pronto esta mañana.

—Para aclararlo todo con él. Pues... pues fue todo tan desagradable, ¿comprende?, cuando encontramos ese abrigo manchado de sangre... —Calló al ver el cambio de expresión de los demás.

—¿Cuando encontraron qué? —inquirió Hadley.

—El abrigo manchado de sangre por dentro. No... no les he dicho nada, ¿verdad? ¡Bueno, tampoco me han dado oportunidad de hacerlo! Nada más entrar aquí se han abalanzado sobre nosotros... El abrigo estaba colgado en el ropero del pasillo. Lo encontré Jerome.

—¿De quién era?

—¡Eso es lo más raro! Nunca lo había visto. Es nuevo. No le sentaría bien a ninguno de los de casa. Para papá era demasiado grande, aparte que es de un estambre llamativo que a él le hubiera horrorizado; Stuart Mills podría bailar dentro, y en cambio al viejo Drayman le vendría pequeño.

—Ya —dijo el doctor Fell hinchando los carrillos.

—¿Ya qué? —le espetó Hadley.

—Ya sé dónde se manchó Drayman anoche de sangre.

—¿Quieres decir que llevaba puesto el abrigo?

—¡No, no! Recuerda lo que dijo el sargento. Dijo que Drayman bajó por la escalera casi a tientas y que anduvo revolviendo en el ropero hasta encontrar su abrigo. Entiéndeme, Hadley, quiero decir que se rozó con ese abrigo cuando la sangre aún estaba fresca. No es raro que no llegase a comprender luego cómo ni dónde se manchó. ¿No aclara eso una buena parte?

—¡No! ¡Que un rayo me parta si aclara algo! Vamos. Iremos para allá.

El doctor Fell meneó la cabeza.

—Vete tú, Hadley. Pero deja que Rampole me acompañe. Hay algo que tengo que ver ahora. Algo que puede cambiar por completo el aspecto del caso.

—¿Qué?

—El apartamento de Pierre Hey —respondió el doctor Fell, y se abrió paso a codazos, dirigiéndose a la puerta con un revuelo de la capa en pos de sí.



## VIII. EL ABRIGO CAMALEÓN

—Pero ¿qué esperas encontrar allí? —objetó Hadley—. ¡Ya lo ha registrado todo Somers!

—No espero encontrar nada —gruñó el doctor Fell, que parecía haberse hundido en profundo abatimiento—. Sólo puedo decir que confío en hallar algún vestigio del hermano Henri. Su marca de fábrica, por así decirlo. Su... ¡Mala peste te acabe, hermano Henri! ¡Voto a tal!

Antes de abandonar la casa de huéspedes de Burnaby, el doctor Fell retuvo un rato a todo el mundo mientras efectuaba un sondeo cerca de la señorita Hake, la casera. El interrogatorio practicado a la señorita Hake, admitió luego el doctor Fell, no había sido positivo. Era una solterona ya marchita, simpática, divagante, que poca información podía dar. La noche anterior había estado en el cine desde las ocho hasta las once, y luego en casa de una amiga en Gray's Inn Road hasta casi medianoche. Ni siquiera se había enterado del asesinato hasta aquella mañana. Y con respecto a los otros inquilinos, un veterinario y un estudiante americano y su esposa, los tres habían salido la noche de la víspera.

Somers, que acababa de volver de su inútil misión en el otro piso de Burnaby, recibió orden de comprobar estos datos; Hadley salió para casa de Grimaud con Rosette y Burnaby, y el doctor Fell, con Rampole a remolque, se encaminó al apartamento de Pierre Fley para emprenderla con el casero.

El estanco del número 2 era sombrío y estaba pintado de oscuro. Tras tocar el timbre con insistencia acabó por aparecer James Dolberman, un vejete pequeño de manos nudosas y apretados labios, envuelto en un reluciente Sobretodo de percal negro. Su opinión acerca de todo se resumía en muy pocas palabras: no era asunto de su incumbencia.

Perdida la vista en el vacío respondió con desgana a algunas preguntas. Sí, tenía un inquilino, un sujeto llamado Fley. Fley ocupaba la habitación del piso alto. Llevaba allí dos semanas. No, el casero no sabía nada acerca de él. Apenas si lo veía. No había otros inquilinos.

¿Sabía que Fley había muerto? Sí, lo sabía; ya había estado allí un policía haciéndole preguntas tontas. ¿Y sobre el disparo de la noche anterior? Él estaba en el sótano con la radio puesta; no se había enterado de nada.

¿Había recibido Fley alguna visita? No. ¿No había visto rondar por allí a algún forastero de aspecto sospechoso, a alguna persona relacionada con Fley? Esto produjo un resultado inesperado; el casero se tornó casi locuaz. Sí, claro que sí. ¡La policía debía prestar atención a ciertas cosas, en vez de despilfarrar el dinero de los

contribuyentes! Había visto por allí a uno, al acecho, vigilando la casa, e incluso hablando una vez con Fley. No, no podía dar ninguna descripción de su persona, eso era asunto de la policía.

—¿Pero no hay ningún detalle que pueda describirnos? —insistió el doctor Fell—. Una prenda o algo así, ¿eh?

—Puede que llevase un abrigo tipo fantasía —concedió Dolberman—. De un estambre amarillo claro. ¿Quieren subir al piso? Aquí está la llave. La puerta está fuera.

El doctor Fell jadeaba por la angosta escalera. A pesar del endeble aspecto de la casa, Rampole y él se sorprendieron de su solidez. En el último piso, un mugriento tragaluz que había en el techo proyectaba tenue claridad sobre el descansillo. Una puerta única daba paso a un cuarto que más parecía madriguera y en el que evidentemente no habían abierto la ventana desde hacía tiempo. Tras andar a tientas en la oscuridad, el doctor Fell topó con un mechero Auer. La luz macilenta iluminó una habitación impecable; aunque de lo más lúgubre, con empapelado de repollos azules y una cama de hierro blanca. En la cómoda, bajo un tintero, había una nota doblada. De la mente fantástica y alambicada de Fley no quedaba más que un toque: fue como si vieran al mismísimo Fley con su herrumbroso traje de gala y su sombrero de copa, de pie ante la cómoda, dispuesto a empezar su función. Encima del espejo, y puesto en un marco, leíase un antiguo lema, caligrafiado con mucho ringorrango en dorado, negro y rojo. Aquella primorosa filigrana rezaba: “La venganza es mía, me resarciré, dijo el Señor”.

Jadeando en medio de aquel silencio, el doctor Fell renqueó hasta la cómoda y echó mano de la nota doblada.

El mensaje que vio Rampole casi tenía el aire de un decreto:

Señor James Dolberman:

Le dejo mis escasas pertenencias, tal como están, en lugar del aviso con una semana de anticipación. No volveré a necesitarlas. Vuelvo a mi tumba.

Pierre Fley.

—¿Por qué —preguntó Rampole— ese insistente machacar en “vuelvo a mi tumba”? ¿Qué quiere decir?

El doctor Fell no respondió. Su estado de ánimo se deprimía cada vez más al examinar la andrajosa carpeta gris.

—Ni rastro —gruñó—. Ni un billete de autobús. Nada. ¿Sus pertenencias? No, no quiero ver sus pertenencias. Supongo que ya las habrá examinado Somers. Vamos; volveremos a reunirnos con Hadley.

Recorrieron a pie el trayecto hasta Russell Square, muy abatidos, bajo un cielo nublado. Cuando subían por la escalera, los vio Hadley desde la ventana del salón y les abrió la puerta principal.

—Ese abrigo... —Hadley estaba encolerizado—. Pasa y escucha, Fell. Tal vez a ti te sugiera algo. Nos hemos encontrado con lo que probablemente denominarías el

“Misterio del abrigo camaleón”... ¡Vamos!

En el salón se palpaba la tensión en el aire. Era una estancia amueblada con cierto lujo pesado y antiguo, candelabros de bronce y cortinas recargadas de pasamanería. Burnaby estaba repantigado en un sofá. Rosette Grimaud daba bordadas con paso rápido y nervioso. En un rincón estaba Ernestine Dumont de pie, los brazos en jarras, y por último, Boyd Mangan despoticaba parado de espaldas a la lumbre.

—¡Ya sé que el condenado abrigo es de mi talla! —decía Mangan con aire de furiosa reiteración—. ¡Pero no es mío! En primer lugar yo siempre llevo impermeable...

Hadley dio unos golpecitos simbólicos con los nudillos para llamar la atención. La llegada de Rampole y del doctor Fell pareció apaciguar a Mangan.

—Oye, Ted, a ver a ti qué te parece. —Cogió a Rampole del brazo y tiró de él hasta quedar ambos frente a la lumbre—: Cuando llegué a cenar anoche fui a colgar mi abrigo, mi impermeable, en el ropero de la entrada. Encendí la luz porque traía libros y quería ponerlos en el estante. Y entonces vi un abrigo, un abrigo de más, colgado en un gancho del rincón. Era aproximadamente del mismo tamaño que ese de estambre amarillo. Igual, diría yo, sólo que negro.

—Un abrigo de más —repitió el doctor Fell. Miró a Mangan con curiosidad—. ¿Por qué dice que un abrigo de más, jovencito? Cuando ve una hilera de abrigos en casa ajena, ¿se le pasa alguna vez por las mientes que pueda haber uno de más?

—Conocía los abrigos de todos los de la casa —respondió Mangan—. Y me fijé sobre todo en ese porque pensé que debía de ser de Burnaby y me pregunté si estaría aquí...

—Mangan es muy observador, doctor Fell —comentó Burnaby con aire indulgente—. Sobre todo en lo que a mí se refiere.

—¿Algo que objetar? —preguntó Mangan, y se volvió de nuevo, enfurruñado, al doctor Fell—. El caso es que me fijé en el abrigo. Entonces, cuando Burnaby llegó esta mañana y encontró ese abrigo con los forros manchados de sangre... Bueno, el amarillo estaba colgado donde había estado el negro. Por supuesto, la única explicación es que hubiera dos abrigos. ¡Pero esto es algo de locos! Juraría que el abrigo de anoche no pertenecía a nadie de aquí. Y ustedes mismos pueden comprobar que ese de estambre tampoco. ¿Llevaba el asesino uno de ellos, o los dos, o ninguno? Por otra parte ese abrigo negro tenía un aspecto un poco raro...

—¿Raro? —interrumpió el doctor Fell—. ¿Qué quiere decir?

Ernestine Dumont se inclinó hacia adelante. Parecía más decaída esa mañana; tenía los párpados hinchados, aunque conservaba el brillo de sus ojos negros.

—¡Bah! —exclamó—. ¿Por qué seguir con todas estas tonterías? —Miró a Mangan—. No, no; yo creo que usted quiere decir sinceramente la verdad. Pero me parece que lo ha confundido todo un poco... El abrigo amarillo estaba allí anoche; sí, señores. Bastante antes de la cena. Estaba colgado del gancho donde él dice que vio el negro. Yo misma lo vi.

—Pero... —protestó Mangan.

—Bueno, bueno —zanjó el doctor Fell, apaciguador—. Veamos si podemos aclarar esto. Si usted vio allí el abrigo, señora, ¿no le pareció un poco raro?

—En absoluto. No le vi llegar —señaló con un gesto a Mangan— y pensé que era suyo.

—Por cierto, ¿quién le abrió la puerta? —preguntó a Mangan el doctor.

—Annie. Pero yo mismo colgué mis cosas. Juraría que...

—Será mejor que suba Annie, Hadley, si es que está en casa —dijo el doctor Fell—. Este problema del abrigo camaleón me tiene intrigado.

—Ya he hablado con ella —respondió Hadley cuando Rosette Grimaud cruzó por delante de él para tocar el timbre—. Su declaración es correcta. La noche pasada había salido. Pero acerca de esto no le pregunté nada.

Cuando Annie acudió a la llamada del timbre, todo el mundo estaba en silencio. Annie era una chica nariguda, de carácter serio y discreto. Parecía hacendosa, curtida por un aperreo de años. De pie en el umbral, bien ceñida la cofia que traía puesta, miró a Hadley con sus comedidos ojos pardos. Estaba disgustada, pero no nerviosa.

—Anoche olvidé preguntarle una cosa —dijo el comisario—. Abrió usted la puerta al señor Mangan, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Hacia qué hora sería?

—No podría decirlo con exactitud, señor. —Parecía confusa—. Tal vez media hora antes de la cena.

—¿Le vio colgar su sombrero y abrigo?

—¡Sí, señor! Nunca me los da a mí, sino...

—Pero ¿miró dentro del armario ropero?

—Claro, ya caigo... Sí, señor, sí que miré. Volví por la antesala principal a los pocos minutos; iba para la cocina, y advertí que se habían dejado encendida la luz del ropero, de modo que la apagué...

Hadley se inclinó hacia adelante.

—Ponga atención. ¿Sabe que esta mañana ha aparecido un abrigo de estambre amarillo colgado en ese ropero? ¡Bien! ¿Recuerda en qué gancho estaba colgado?

—Sí, señor, lo recuerdo. Estaba en la antesala principal esta mañana, cuando el señor Burnaby encontró el abrigo.

—Entonces la pregunta se centra en el color de ese abrigo, Annie. Cuando miró anoche en ese ropero, ¿vio un abrigo amarillo o negro?

Ella le miró perpleja.

—¿Amarillo o negro? Señor, en aquel momento no había ningún abrigo colgado de ese gancho.

Se levantó un murmullo de voces que se contradecían y chocaban. La de Mangan furioso; Rosette con mofa casi histérica, y Burnaby divertido. Sólo Ernestine Dumont permaneció en aburrido y desdeñoso silencio. Durante un minuto estudió Hadley el

rostro sereno y circunspecto de Annie. Luego el doctor Fell soltó una risita ahogada:

—Bueno, anímense. Por lo menos no se nos ha venido encima un color más. Y debo insistir en que el hecho es revelador. Hum. Sí. Vamos, Hadley. Almorzar es lo que nos hace falta. ¡Almorzar!

El café estaba en la mesa, y ya habían encendido los puros. Hadley, Pettis, Rampole y el doctor Fell se hallaban sentados en torno a la luz de una lámpara de mesa de pantalla roja, en el amplio y lúgubre comedor del hotel de Pettis. El doctor Fell gesticulaba expansivo con su puro, dando a sus compañeros una amena conferencia sobre novelas policiacas, cuando apareció Mangan. Venía pálido. Corrió hacia ellos y se quedó de pie ante la mesa, recobrando el aliento con mil jadeos.

—No nos vendrá con otra... —inquirió Hadley, echando hacia atrás su silla.

—No —respondió Mangan—. Pero será mejor que vuelvan a casa. A Drayman le ha dado un ataque apoplético o algo parecido. No ha muerto, pero se encuentra mal. Estaba tratando de ponerse en contacto con ustedes cuando le dio el ataque... No hace más que decir insensateces: que si entró en su cuarto no sé quién, que si fuegos artificiales, que si chimeneas...

Se dirigieron rápidamente a Russell Square. También esta vez encontraron a tres personas: tres personas que esperaban en el salón, fatigadas y con los nervios destrozados. Stuart Mills, de pie, de espaldas a la chimenea, no dejaba de carraspear. Rosette parecía histérica. Ernestine Dumont estaba sentada, muy tranquila. Burnaby se había ido.

—No pueden verlo ahora —dijo la señora Dumont—. Está el médico con él. Probablemente se ha vuelto loco.

—¿Querría explicarnos lo que le ha ocurrido al señor Drayman? —preguntó Hadley—. ¿Corre peligro serio?

La señora Dumont se encogió de hombros.

—Ha sufrido un colapso. Ahora está inconsciente. No tenemos idea de cuál pueda ser la causa. ¿El corazón...?

Mills volvió a carraspear.

—Señor, si cree usted que pueda tratarse de... ejem... de alguna especie de juego sucio, olvídalo —dijo—. No deja de ser extraño que esta tarde estuviéramos emparejadas las mismas personas y del mismo modo que anoche. La Pitonisa y yo —señaló con un gesto a Ernestine Dumont— estábamos arriba en mi despacho, y tengo entendido que la señorita Grimaud y nuestro amigo Mangan se encontraban aquí abajo...

Rosette irguió bruscamente la cabeza.

—Será mejor que lo oigan todo desde el principio. ¿Les ha dicho Boyd que Drayman bajó aquí primero?

—No, no les he dicho nada —respondió Mangan. Dio media vuelta—: Hace

como una hora, Rosette y yo estábamos aquí solos. Yo había tenido una disputa con Burnaby; lo de siempre. Todo el mundo había andado a la greña con motivo de ese abrigo, y al fin salió cada cual por su lado. Burnaby se había ido. El caso es que Drayman entra aquí y me pregunta cómo podría ponerse en contacto con ustedes. Se comportaba como si hubiera descubierto algo, conque le preguntamos: “¿Qué pasa?”. Se estremece ligeramente y dice: “Acabo de encontrar una cosa que había desaparecido de mi cuarto, y me ha traído a la memoria un detalle de anoche que se me había olvidado”. Se trata, en suma, de una alucinación que tuvo anoche, ya en la cama, después de tomar las píldoras para dormir; dice que alguien entró en su alcoba.

—¿Antes del... crimen?

—Sí. Y al preguntarle quién era, se ha limitado a darse unas palmaditas en la frente, contestándonos: “La verdad es que no lo puedo decir”. Tanto él como yo nos hemos sentido contrariados... —Mangan parecía incómodo—. Sólo que... ¡al diablo con todo! ¡Si no le hubiera dicho lo que le he dicho...!

—¿Qué ha sido ello? —preguntó Hadley.

Mangan miró malhumorado al fuego.

—Le digo: “Bueno, si es que ha descubierto tantas cosas, ¿por qué no sube al teatro de ese horrendo crimen y mira a ver si puede encontrar algo más?”. Y el hombre lo ha tomado en serio. “Sí, me parece que voy a subir. Será mejor que me asegure”. ¡Y con esto, va y se larga! Unos veinte minutos más tarde le oímos tambalearse por la escalera. Luego suena un ruido como de caída y un golpe sordo. Abro la puerta y allí me lo veo, hecho un cuatro, con la cara toda congestionada. Como es lógico, hemos mandado llamar al médico. No ha dicho nada, si no son incoherencias acerca de chimeneas y fuegos artificiales.

Mills dio un saltito hacia adelante.

—Si me permite relatarle lo sucedido —dijo—, con el consentimiento de la Pitonisa, por supuesto...

—¡Bah, bah! —exclamó la mujer con los ojos encendidos—. La Pitonisa esto, la Pitonisa lo otro... ¡Santo Cristo! ¿Qué sabe usted de los seres humanos, ni de compasión, ni de...? Puede que Drayman esté un poco loco; puede que esté completamente drogado; pero es un hombre bueno, y si muere rezaré por su alma.

—¿Puedo... ejem... puedo continuar? —observó Mills imperturbable.

—Sí, puede continuar —dijo ella, remedando su voz.

—La Pitonisa y yo estábamos en mi despacho, en el último piso, que está frente al estudio, como saben. Y la puerta estaba abierta, también hoy. Yo andaba ojeando unos papeles, y advertí que subía el señor Drayman y entraba en el estudio. Cerró la puerta, y al cabo de un rato salió en un estado un poco raro, jadeando y con paso vacilante. Como si se hubiera entregado a un ejercicio violento, me dio la impresión. Y... ejem... debo añadir otra cosa. Cuando lo levantaron después del ataque, observé que tenía las manos y las mangas tiznadas de hollín.

Pettis murmuró:

—La chimenea.

Y Hadley se volvió en redondo hacia el doctor Fell. Rampole entonces se sobresaltó: el doctor ya no estaba en la pieza. Una persona de su consistencia, por regla general, no suele acertar a desaparecer misteriosamente; pero el doctor Fell se había ido, y Rampole creyó saber adónde.

—Ya para arriba; síguelo —dijo Hadley a Rampole—. Cuida que no ponga por obra ninguna de sus condenadas supercherías. Vamos, señor Mills...

Rampole salió a la oscura antesala. La casa estaba tan silenciosa que el súbito timbrado del teléfono en el pasillo de la planta baja le hizo dar un brinco, a mitad ya de la escalera. En el piso alto no había ninguna luz encendida; era tal de nuevo la quietud que podía oír la voz de Annie contestando al teléfono.

El estudio se hallaba en una triste penumbra. Aunque caían algunos copos de nieve, por la ventana entraban los últimos apagados resplandores, anaranjados y cárdenos del atardecer. Un fulgor como de tormenta se difundía por el cuarto, encendía los colores del escudo de armas. El doctor Fell, de pie e inmóvil ante la ventana, con su capa negra, contemplaba la puesta del sol apoyado sobre el bastón. No se movió al oír el crujido de la puerta. Rampole, con una voz que parecía despertar ecos, preguntó:

—¿Has encontrado algo?

El doctor Fell echó una ojeada a su alrededor.

—Bueno, creo que sé la verdad —respondió con tono meditativo—, y esta noche probablemente podré demostrarlo. Ejem. Sí, señor, ¿no sabes? Estaba aquí preguntándome qué hacer, cómo proceder. Es el dilema de siempre, muchacho, y cada año que pasa se hace más difícil... —Se frotó la frente con la mano—. ¿Qué es la justicia? Me lo he preguntado al concluir casi todos los casos de que me he ocupado. Veo surgir rostros, almas enfermas, malos sueños... Pero no importa. ¿Bajamos?

—Pero ¿qué hay de la chimenea? —insistió Rampole. Miró hacia ella. En el hogar habían raspado un poco de hollín—. ¿Hay algún pasaje secreto, a fin de cuentas?

—Nada, hombre, nada. Nadie subió por ahí.

—Pero —dijo desesperado Rampole— si el hermano Henri...

—Sí —respondió una voz grave desde la puerta—; el hermano Henri...

Era Hadley. Estaba en el umbral con un papel arrugado en la mano; y en aquel frío y tranquilo tono de voz advirtió Rampole su desesperación. Cerrando la puerta suavemente tras él, Hadley continuó:

—Hemos cometido un gran error, lo sé, dejándonos hipnotizar por una teoría. Nos ganó fácilmente, y ahora tenemos que empezar el caso de nuevo por completo. ¡Asqueroso de mierda, si parece imposible...! —Miró la hoja de papel—. Acabo de recibir una llamada de Scotland Yard. Han tenido noticias de Bucarest.

El doctor Fell hizo un gesto aseverativo.

—Vas a decir que el hermano Henri...

—*El hermano Henri no existe* —dijo Hadley—. *El tercero de los tres hermanos Horváth murió hace más de treinta años.*

EN EL silencio del frío y lúgubre estudio, Hadley se acercó al amplio escritorio y extendió la arrugada hoja de papel para que los otros leyeran.

—No hay posibilidad de equivocación —prosiguió—. Parece que el caso es muy conocido. El telegrama completo que han mandado es muy largo, de modo que me he limitado a copiar los párrafos más importantes de lo que me han leído por teléfono. Echad un vistazo.

Ninguna dificultad sobre información deseada. Dos hombres ahora a mi servicio personal estaban en Siebenturmen como guardianes en 1900 y confirman archivo. Hechos: Károly Grimaud Horváth, Pierre Hey Horváth y Nicholas Revéi Horváth eran hijos del profesor Károly Horváth (de la universidad de Klausenburg) y Cécile Fley Horváth (francesa), su esposa. Por robo en el Banco Kunar de Brasso, noviembre 1898, los tres hermanos fueron condenados en enero 1899 a veinte años de trabajos forzados. El guardián del banco murió por lesiones ocasionadas; botín nunca recuperado. Se cree ha estado escondido. Los tres, con ayuda del médico de la prisión, durante alarma peste, en agosto 1900, realizaron osada tentativa fuga siendo certificada su muerte y enterrados en zona epidemia. J. Lahner y R. Görgei, guardianes, al volver a las tumbas una hora más tarde para recobrar pala, advirtieron había sido removida tierra en la tumba de Károly Horváth. Encontraron ataúd abierto y vacío. Cavando en las otras dos tumbas, los guardianes hallaron a Pierre Horváth ensangrentado e insensible, pero todavía con vida. Nicholas Horváth ya había muerto por asfixia. Nicholas fue vuelto a enterrar tras absoluta certeza defunción; Pierre devuelto a la cárcel. Escándalo sofocado, no se persiguió al fugitivo y no se descubrió el asunto hasta final de la guerra. Pierre Fley Horváth no volvió a recuperar la razón. Puesto en libertad enero 1919 tras cumplir condena completa. Con seguridad no hay duda alguna muerte tercer hermano.

Alexander Cuza, Jefe Policía, Bucarest.

—Claro, hombre, claro —dijo Hadley cuando terminaron de leer—. Confirma totalmente la reconstrucción nuestra, salvo el pequeño detalle de que como asesino hemos estado persiguiendo a un fantasma. El hermano Henri... o el hermano Nicholas, para ser exactos, jamás salió de su tumba. Todavía sigue allí. Y todo el caso...

El doctor Fell golpeó el papel con los nudillos.

—La culpa es mía, Hadley —admitió—. Me había subyugado el hermano Henri. No podía pensar en otra cosa.

—Bueno, con lamentarnos por nuestra equivocación no hacemos nada. ¿Cómo demonios vamos a explicar ahora todos esos comentarios absurdos de Fley? ¡Vendetta personal! ¡Venganza! Ahora que eso se ha esfumado, ¿qué queda?

Fell señaló un tanto malignamente con su bastón:

—¿No ves lo que queda? —bramó—. ¿No ves el hilo de conexión? Puede haber cierto número de motivos, claros u oscuros, para que una persona matara a Grimaud. Mills, o la Dumont, o Burnaby, o..., sí, cualquiera podría ser el asesino. Y cualquiera también podría haber asesinado a Fley: aunque no, debo señalar, una persona del mismo círculo o del mismo grupo. ¿Por qué tenía que asesinar a Pierre Fley un miembro del grupo de Grimaud, cuando ninguno de ellos, según parece, lo había visto en su vida? Si esos asesinatos son obra de una sola persona, ¿dónde está el punto de conexión? Un respetable profesor de Bloomsbury y un artista vagabundo con antecedentes penales. ¿Dónde está la causa humana que enlaza a esas dos personas en la mente del asesino, a menos que su vinculación se remonte al pasado?

—Hay una persona relacionada con ellos desde el pasado —señaló Hadley.

—¿Quién? ¿Te refieres a la Dumont?

—Sí.

—No, hombre, no. La Dumont es un sospechoso imposible. Como asesino doble, o como quiera que sea, queda absolutamente descartada. ¿Por qué? Porque a la hora en que murió Fley, atestiguada por tres hombres buenos y honrados, ella estaba aquí, en esta habitación, hablando con nosotros.

Hadley observó al doctor Fell.

—Conozco ese tono. Lo conozco muy bien —afirmó—. Es el comienzo de alguna otra superchería. Y bien, ¿qué estás tratando de demostrarme?

—Primero —dijo el doctor Fell—, que Mills dijo la verdad. Y segundo, que sé quién es el verdadero asesino.

—¿Quién? ¿Alguien al que hemos visto y con quien hemos hablado?

—Ya lo creo que sí; muchísimo.

—¿Y tenemos probabilidad de...?

El doctor Fell miró fijo unos momentos para el escritorio con expresión ausente y orgullosa, casi de conmiseración.

—Sí; Dios nos asista a todos —dijo en un tono extraño—. Supongo que tendrás que hacerlo. Mientras tanto, yo me voy a casa.

—¿A casa?

—A poner en práctica el método de Gross —dijo el doctor Fell.

Dio media vuelta, pero no se fue inmediatamente. Se quedó un buen espacio contemplando el cuadro rajado, que reflejaba con su truculencia las últimas claridades de la tarde. Afuera los arboles íbanse amarotando, y las sombras, de un matiz polvoriento, invadían la estancia. Al fin los tres ataúdes habían sido ocupados por sus muertos.

## IX. EL HOMBRE HUECO

Aquella noche el doctor Fell se encerró en el cuartucho contiguo a la biblioteca, reservado para lo que él llamaba sus experimentos científicos y la señora Fell “esa forma horrible de perder el tiempo”. El infatigable Hadley había salido ya a comprobar coartadas, y la señora Fell estaba en la iglesia.

Rampole y Dorothy, sentados a ambos lados de la chimenea de la biblioteca, se miraban en silencio.

—Desde anoche —comentó él— no hago más que oír hablar del método de Gross para leer cartas quemadas. Pero nadie parece saber de qué se trata.

—Yo lo sé —dijo ella con aire de triunfo—. Lo he mirado esta tarde en la enciclopedia, mientras vosotros andabais correteando por ahí. Gross dice que cualquiera que haya tirado cartas al fuego habrá visto que la escritura de los fragmentos carbonizados destaca con bastante claridad, normalmente en blanco o en gris sobre fondo negro, pero algunas veces con los colores invertidos. ¿No te has fijado nunca?

—Pues no sabría decirte. ¿Es cierto?

Ella frunció el ceño.

—Dará resultado con letra impresa en cajas de cartón; cajas de escamas de jabón o cosas así. Pero escritura normal... De todas formas hay que disponer de un montón de papel de calco transparente que se sujeta a un cartón. Para cada fragmento de papel carbonizado se unta de goma un trozo del papel de calco y se pega encima el papel quemado...

—¿Así de arrugado como está? Se romperá, ¿no?

—¡Ajá! Ahí está el truco, dice Gross. Hay que reblandecer los fragmentos. Se prepara un armazón de cinco o seis centímetros de altura y se meten debajo todos los fragmentos. Luego se extiende por encima un paño húmedo. La humedad hace estirarse los papeles, y una vez todos enderezados, se recorta el papel de calco alrededor de cada fragmento y entonces se reconstruyen sobre un cristal como si fuera un rompecabezas de trozos irregulares. Después se pone un segundo cristal sobre el primero, se unen los bordes y se mira a contraluz. Parece sencillo, pero te apuesto lo que quieras a que no resulta.

—Lo importante es poder descifrar las suficientes palabras de una carta para darle algún sentido —observó Rampole—. Pero ¿qué esperará encontrar el doctor Fell?

Tal fue el tema de una discusión que se prolongó hasta bien entrada la noche. Mientras afuera silbaba el viento, podían oír al doctor Fell ir y venir pesadamente por su chiribitil, tras la puerta cerrada.

A la mañana siguiente Rampole no se levantó hasta pasadas las diez. Cuando bajó a desayunar, la doncella que le servía los huevos con tocino estaba escandalizada.

—El doctor acaba de subir a lavarse un poco, señor —le informó—. Ha pasado toda la noche en vela con esos asuntos científicos. No sé lo que dirá la señora, sinceramente no lo sé. El comisario Hadley acaba de llegar. Está en la biblioteca.

Rampole encontró a Hadley impaciente, golpeando los tacones contra el guardafuegos.

—¿Alguna noticia? —preguntó.

—Sí, e importantes noticias —dijo Hadley—. Tanto Pettis como Burnaby tienen coartadas de acero. Anoche estuve con tres de los amigos que juegan con Burnaby a las cartas. Burnaby estuvo jugando al póquer el sábado por la noche desde las ocho en punto hasta casi las once y media. Y esta mañana Betts se ha dado una vuelta por el teatro donde dijo Pettis que había estado esa noche. Bueno, así fue. Un camarero del ambigú le conoce de vista. Parece ser que el segundo acto termina a las diez y cinco. Pocos minutos después, durante el entreacto, este camarero está dispuesto a jurar que sirvió a Pettis un whisky con soda.

Calló al oírse en el pasillo el pesado andar que ambos conocían.

El doctor Fell abrió la puerta.

—¿Qué? —inquirió Hadley—. ¿Encontraste en esos papeles lo que querías saber?

El doctor Fell se tanteó en busca de su pipa negra, la encontró y la encendió antes de dar una respuesta. Luego soltó una risita irónica.

—Sí, encontré lo que quería saber. Hadley, el sábado por la noche, con mis teorías, te induje por dos veces a seguir pistas falsas. Aunque no fue sólo error mío. Azar y circunstancias fueron causa de una equivocación aún peor, combinándose para formar un aterrador rompecabezas cuya solución, en realidad, no pasa de ser un vulgar y horrible caso de asesinato. Ha habido un derroche de astucia por parte del asesino, lo admito. Pero... sí, he encontrado lo que quería saber.

—¿Y qué? ¿Qué era lo escrito en esos papeles?

—Nada —respondió el doctor Fell. Había algo como de macabro en la forma solemne de pronunciar aquella palabra.

—¿Quieres decir... —gritó Hadley— que no resultó el experimento?

—No, quiero decir que el experimento sí resultó. Quiero decir que no había nada en esos papeles —bramó el doctor Fell—, ni una sola línea o fragmento de escritura. Excepto... Bueno, sí. Había unos trozos de cartón grueso con una o dos letras impresas.

—Pero ¿por qué iban a quemar cartas si no...?

—Porque no eran cartas. Ahí es donde nos habíamos equivocado. ¿No te das cuenta todavía de que se trata...? Bueno, Hadley, será mejor que acabemos con todo este lío. Querrás conocer al asesino invisible, ¿no? Querrás saber quién es el vampiro, el hombre hueco... Muy bien. ¿Has traído el coche? Entonces vamos. Voy a ver si

puedo sonsacar una confesión.

—De...

—De una persona de casa de Grimaud. Vamos.

Rampole advirtió que se vislumbraba el final. Y sintió miedo sin saber siquiera de qué podría tratarse. En el coche de Hadley fueron en silencio. Y el doctor Fell era el más absorto.

La casa de Russell Square tenía todas las persianas echadas. El doctor Fell pulsó el timbre. Tras una larga espera les abrió la puerta Annie. Parecía pálida y fatigada.

—Nos gustaría ver a la señora Dumont —dijo el doctor.

—Está con el... ahí dentro —respondió la muchacha, señalando el salón con un gesto—. La llamaré... —Tragó saliva.

El doctor Fell negó con la cabeza. Se acercó con un sigilo sorprendente y abrió sin hacer ruido la puerta del salón.

Las persianas, de un pardo desvaído, estaban echadas, y las gruesas cortinas cegaban la escasa luz que conseguía filtrarse. La estancia parecía más amplia, y el mobiliario se diluía en la oscuridad, excepto una pieza de brillante metal negro forrado de raso blanco. Era un ataúd abierto. Delgados cirios lucían a su alrededor. A Rampole le dio la impresión de que aquellos cirios, o quizás el pesado hálito de incienso y de flores que había en el aire, transportaban la escena, como por arte de magia, del sombrío Londres a algún paraje ventoso y escarpado de las montañas de Hungría, donde la cruz de oro se alzaba como salvaguardia contra el diablo y las ristras de ajos alejaban al vampiro merodeador.

No fue eso, sin embargo, lo primero que les impresionó al entrar. Ernestine Dumont estaba de rodillas junto al ataúd, aferrada al borde con una mano. Tenía los ojos hundidos y macilentos. El pecho le palpitaba como con espasmos. No obstante, se había echado por los hombros un alegre y pesado mantón amarillo de largos flecos, con brocado rojo y bordados de abalorios que refulgían con trémulo brillo a la luz de las velas. Era la pincelada exótica que completaba el cuadro.

Cuando los vio, se agarró con ambas manos al borde del ataúd, como dispuesta a proteger al difunto.

—Se sentirá mejor si confiesa, señora —dijo el doctor Fell con gran delicadeza—. Créame, se sentirá mejor.

Por un instante, Rampole creyó que la mujer había dejado de respirar. La oyeron gañir en una tos que no era tos.

—¿Confesar? —dijo, volviéndose hacia ellos—. Idiotas, ¿de modo que es eso lo que creen? Bueno, no me importa.

¡Confesar! ¿Confesar el crimen?

—No. —En aquel sencillo monosílabo, la voz del doctor Fell sonó con grave diapasón. La mujer le miró con miedo al verlo acercarse—. No. Usted no es el asesino. Voy a decirle lo que es.

Su negra silueta destacaba ahora frente a ella a la luz de los cirios; pero siguió

hablándole con la misma delicadeza y suavidad.

—Ayer, ¿sabe usted?, un tal O'Rourke nos habló de varias cosas. Nos explicó, por ejemplo, que ciertos trucos sólo pueden realizarse con ayuda de un cómplice. Y este no ha sido una excepción. El ayudante del ilusionista y asesino fue usted.

—El hombre hueco —dijo Ernestine Dumont, rompiendo a reír histéricamente.

—El hombre hueco —repitió el doctor Fell volviéndose a Hadley— en el sentido real de la palabra. El hombre hueco cuya denominación fue una terrible e irónica burla, aun sin saberlo, porque era la verdad exacta. ¿Quieres ver al asesino que has estado persiguiendo durante todo este caso, Hadley? Ahí yace el asesino —dijo el doctor Fell—; pero bien sabe Dios que no lo vamos a juzgar ahora.

Y con lento ademán señaló el rostro lívido, inerte, el rostro de apretados labios del doctor Charles Grimaud.

EL doctor Fell continuó observando a la mujer que se había aferrado de nuevo al borde del ataúd como dispuesta a defenderlo.

—Señora —prosiguió—, el hombre a quien amaba ha muerto. Está ya fuera del alcance de la ley, y, fueran cuales fueren sus culpas, ha pagado por ellas. Nuestro problema inmediato, suyo y mío, es echar tierra sobre este asunto para que los vivos no sufran ningún daño. Pero, como comprenderá, usted está implicada en esto, aun cuando no haya tomado parte activa en el asesinato. Créame, señora, que si pudiera explicarlo todo sin mezclarla a usted en absoluto, así lo haría. Sé lo que ha sufrido. Pero usted misma comprenderá que eso es imposible.

Algo en la voz del hombre pareció afectarla con la misma dulzura con que vence el sueño tras las lágrimas. Su histeria había desaparecido.

—¿Lo sabe? —inquirió casi con ansiedad—. ¡No me engañe! ¿Lo sabe de verdad?

—Sí; lo sé de verdad.

—Suban. Pasen a su estudio; yo me reuniré con ustedes en seguida. No... no puedo encararme con ustedes ahora mismo. Tengo que pensar y... Pero, por favor, no hablen con nadie hasta que yo suba. No pienso escaparme.

Cuando salían, el doctor Fell indicó a Hadley con un gesto furibundo que guardara silencio. Subieron por la lóbrega escalera, sin decir palabra, hasta el último piso. Una vez más entraron en el estudio. Estaba muy oscuro, y Hadley encendió la lámpara de mosaico del escritorio. Después de asegurarse de que la puerta estaba cerrada, se encaró con los otros:

—¿Es que vas a decirme que fue Grimaud quien mató a Fley?

—Sí.

—Cuando yacía inconsciente y moribundo en una clínica bajo vigilancia de testigos, fue a Cagliostro Street y...

—No; entonces no —respondió tranquilamente el doctor Fell—. Verás, Fley fue asesinado antes que Grimaud. Y lo peor de todo es que Grimaud intentó decirnos la verdad al saber que se moría. Siéntate y veré si puedo explicártelo. Una vez que

comprendas tres detalles esenciales, los hechos saltarán a la vista.

Se dejó caer en el sillón del escritorio, jadeante, y continuó:

—Los tres puntos esenciales son estos: Primero, no existe el hermano Henri; sólo hay dos hermanos. Segundo, estos dos hermanos decían la verdad. Tercero, una cuestión de tiempo ha invertido erróneamente el caso. ¡Acuérdate de ayer por la mañana! Ya desde un principio me pareció que en eso de Cagliostro Street había algo raro. Según la declaración de tres testigos, tres testigos veraces, que concuerdan exactamente, el disparo tuvo lugar a las diez y veinticinco en punto. Me preguntaba yo, sin prestar demasiada atención al hecho, por qué coincidirían con esa exactitud sorprendente. Es un accidente callejero normal, los testigos no suelen estar de acuerdo sobre la hora con tal precisión. Tenía que haber alguna otra razón que explicara esa exactitud. Y, por supuesto, la había. A cierta distancia de donde cayó la víctima había un escaparate iluminado, el único iluminado en toda la calle. Era el escaparate de una joyería. Fue allí adonde se abalanzó el agente en primer lugar en busca del asesino; y muy lógicamente, atrajo su atención. En el escaparate había un enorme reloj de inusitado diseño. Era inevitable que el agente mirara la hora en él y, naturalmente, también los otros. De ahí su coincidencia.

»Pero había una cosa que me traía a mal traer. Después del tiro que hirió a Grimaud, Hadley ordenó a sus hombres que vinieran a esta casa y despachó al instante a uno de ellos en busca de Fley, como sospechoso. Ahora bien, esos hombres llegaron aquí... ¿sobre qué hora?».

—Sobre las once menos veinte —contestó Rampole, haciendo un cálculo mental.

—Y uno de ellos —prosiguió el doctor Fell— partió inmediatamente en busca de Fley. Este hombre debió de llegar a Cagliostro Street... ¿cuándo? Unos quince o veinte minutos después de ser asesinado Fley, como creemos. Pero ¿qué ocurre en ese breve espacio de tiempo? ¡Un increíble número de cosas! Fley es transportado a casa del médico, muere, se practica un registro y se intenta identificarlo; luego, “tras un cierto tiempo”, según el relato de los periódicos, se avisa a la furgoneta y Fley es transportado al depósito de cadáveres. ¡Todo eso! Puesto que cuando el detective de Hadley llegó a Cagliostro Street en busca de Fley se encontró con que todo el asunto había terminado y el agente, de vuelta, realizaba pesquisas de puerta en puerta.

»Por desdicha estaba yo tan ofuscado que no comprendí el significado de esto ni siquiera ayer, cuando vi el reloj en el escaparate de la joyería. Remontaos atrás una vez más. Ayer desayunamos en casa; Pettis apareció por allí y estuvimos charlando con él hasta... ¿qué hora?».

Hubo una pausa.

—Hasta las diez en punto —respondió de pronto Hadley—. ¡Sí! Lo recuerdo. El Big Ben estaba dando las campanadas cuando él se levantó.

—Exacto. Salió, y después nos pusimos los sombreros y los abrigos y nos fuimos en el coche derechos a Cagliostro Street. Ahora dad el margen de tiempo razonable que os parezca para ponernos los sombreros, bajar la escalera y recorrer una corta

distancia por las calles desiertas, en domingo por la mañana, un recorrido que nunca nos ha llevado más de diez minutos con el tráfico de los sábados por la noche. Difícil veo que invirtiéramos veinte minutos en toda la operación. Pero en Cagliostro Street, cuando tú me mostraste la joyería, ese caprichoso reloj estaba dando precisamente las once. Y a mí, ofuscado con mis reflexiones, ni siquiera entonces se me ocurrió mirar aquel reloj y preguntarme...; igual que les pasó a los tres testigos la noche antes con su nerviosismo. A continuación, recordaréis, Somers y O'Rourke nos llevaron al piso de Burnaby. Practicamos un registro bastante largo y después estuvimos hablando con O'Rourke. Y mientras hablaba O'Rourke llegó a mis oídos un son de campanas.

»Muy bien; ¿a qué hora empiezan a tocar las campanas en las iglesias? Nunca después de las once; a esa hora ya ha comenzado el servicio. Normalmente dan un toque de aviso antes de las once. Pero ateniéndonos a la hora que marcaba ese reloj alemán, tendrían que ser mucho más de las once. Entonces despertó mi cerebro embotado. Recordé el Big Ben y nuestro recorrido en coche hasta Cagliostro Street. La coincidencia de aquellas campanas con el Big Ben en contra de... ¡ejem! ¡De un estúpido reloj extranjero! En otras palabras, el reloj del escaparate de la joyería iba más de cuarenta minutos adelantado. Por tanto, el tiro de Cagliostro Street, la noche anterior, no pudieron dispararlo a las diez y veinticinco. En realidad tuvo que ser poco antes de las diez menos cuarto. Digamos, aproximadamente, a las diez menos veinte, unos minutos antes de que el hombre de la careta tocara el timbre de su casa a las diez menos cuarto».

—Pero sigo sin comprender... —protestó Hadley—. Si Grimaud, como dices, disparó contra Fley en Cagliostro Street inmediatamente antes de las diez menos cuarto...

—Yo no he dicho eso —respondió el doctor Fell.

—Entonces, ¿qué?

—Lo comprenderás si sigues mi paciente interpretación desde el principio. El miércoles de la semana pasada, por la noche, cuando Fley surge por vez primera del pasado, aparentemente de su tumba, para enfrentarse con su hermano en la taberna de Warwick, Grimaud decide matarlo. En todo este caso, como verás, Grimaud es la única persona que tenía motivos para matar a Fley. ¡Y vaya si los tenía! Era rico, respetado; había echado tierra sobre su existencia pasada. Y de pronto, en un santiamén, la puerta se abre de golpe para dar paso a ese desconocido que era el hermano Pierre, con su irónica sonrisa. Grimaud asesinó a uno de sus hermanos al fugarse de la prisión, dejándolo enterrado en vida; y habría asesinado también al otro de no sobrevenir un incidente fortuito. Aún podía ser reclamado por extradición y colgado... y Pierre Fley había dado con su pista.

»Ahora, tened en cuenta cuáles fueron las palabras exactas de Fley cuando se presentó ante Grimaud en la taberna. Considerad por qué dijo algunas cosas. ¿Por qué, si su intención era meramente una venganza personal, prefirió enfrentarse a Grimaud en presencia de amigos y hablar precisamente de aquella forma indirecta?

Se sirvió de su hermano muerto como una amenaza; y fue la única vez que mencionó a ese hermano muerto. ¿Por qué dijo: “Tengo un hermano que puede hacer mucho más que yo”? ¿Porque aquel hermano muerto podía colgar a Grimaud! ¿Por qué dijo: “Yo no quiero su vida; él sí”? ¿Por qué dijo: “Alguien le visitará... ¿Prefiere que lo haga yo o... envíe a mi hermano”? ¿Y por qué tendió a Grimaud una tarjeta con su dirección cuidadosamente escrita? Esa tarjeta, sus palabras y su ulterior comportamiento, todo ello combinado resulta significativo. Lo que realmente pretendía Fley, disfrazado para poder dar un susto a Grimaud en presencia de testigos, era esto: “Tú, hermano mío, eres rico y estás bien alimentado gracias al producto del robo que perpetramos juntos cuando éramos jóvenes. Yo soy pobre y... detesto mi trabajo. De modo que ¿vas a venir a verme para que podamos arreglar este asunto o te denuncio a la policía?”».

—Chantaje —musitó Hadley.

—Sí. Fíjate cómo invirtió Fley el sentido en las últimas palabras de amenaza que lanzó a Grimaud. “También yo estoy en peligro desde que me asocié con mi hermano, pero estoy dispuesto a correr el riesgo”. Y en este caso, como siempre a partir de entonces, se refería a Grimaud sin lugar a dudas. “Tú... mi hermano, puedes matarme a mí lo mismo que mataste al otro, pero correré el riesgo. ¿Voy a verte amistosamente, o prefieres que mi otro hermano, nuestro hermano muerto, vaya a colgarte?”.

»Fijaos luego en su comportamiento la noche del crimen. ¿Recordáis con qué alegría destrozó sus instrumentos de magia? Y las palabras que dirigió a O'Rourke: “He terminado mi trabajo, no lo necesitaré más... ¿No te lo había dicho? Voy a ver a mi hermano. Se dispone a saldar una vieja cuenta que teníamos pendiente los dos”. Refiriéndose, claro está, a que Grimaud había accedido a llegar a un acuerdo. Fley quería decir que abandonaba aquella vida para siempre, volviendo a su tumba como un difunto podrido de dinero. No obstante, sabía que su hermano era trapacero y poco de fiar. No podía dar a O'Rourke ningún aviso específico, por si Grimaud estuviera realmente dispuesto a pagar; pero le lanzó una indirecta:

»“En caso de que me suceda algo... encontrarás a mi hermano en la misma calle donde vivo yo. No es ahí donde reside realmente, pero ha alquilado un cuarto”.

»Explicaré esta última frase dentro de un momento. Pero volvamos a Grimaud. Bien. Grimaud nunca tuvo la menor intención de llegar a un acuerdo con Fley. Con esa mente suya, fecunda en ardidés, Grimaud se dispuso a no aguantar ninguna tontería de su inoportuno hermano. Fley debía morir... Pero esto no resultaba tan fácil.

»Si Fley hubiese ido a verlo en privado, sin dar lugar a que nadie pudiese asociar el nombre de Fley con el suyo, hubiera sido de lo más simple. Pero había sido demasiado listo para eso. Exhibió en público su propio nombre y dirección ante un grupo de amigos de Grimaud. ¡Mal asunto! Pues si luego aparecía Fley asesinado, no faltaría quien dijese: “¡Vaya! ¿No es ese el mismo tipo que...?”. Y acto seguido se

practicarían peligrosas investigaciones, porque sabe Dios qué habría dicho Fley sobre Grimaud a otras personas. Lo único que probablemente no habría confiado a nadie era la macabra historia por la que, en definitiva, tenía fatalmente agarrado a Grimaud. Y esa era la razón por la que había que cerrarle la boca. No obstante, si Fley muriese, seguramente llevarían a cabo algunas pesquisas sobre Grimaud. El único remedio era pretender francamente que Fley andaba tras él para matarlo; enviarse a sí mismo cartas de amenaza, aunque no demasiado abiertamente; inquietar a toda la casa, y por último hacer ver a todo el mundo que Fley le había amenazado con visitarlo la misma noche en que él proyectaba salir en su busca.

»La ilusión que pretendía producir es esta: el sanguinario Fley debía ser visto la noche del sábado cuando se presentara en la casa. Tenía que haber testigos. Los dos debían quedarse solos cuando Fley entrara en su estudio. Se oye un alboroto, ruido de lucha, un disparo y el golpe de un cuerpo al caer. Al abrir la puerta encuentran solo a Grimaud, con un balado en un costado. La herida es fea, pero superficial, poco más que rúa arañazo. No aparece ningún arma. Por fuera de la ventana cuelga una cuerda perteneciente a Fley por la que, se da por sentado, escapó el asesino. Recordad que según el pronóstico del tiempo aquella noche no nevaría, de modo que sería imposible encontrar huellas. Grimaud habría dicho: “Cree que me ha matado; me he hecho el muerto y ha huido. No, no lo denuncien a la policía, pobre diablo. La herida no es grave”. Y a la mañana siguiente habrían encontrado a Fley muerto en su propia habitación. Un caso evidente de suicidio, con su propia pistola, de un tiro en el pecho. Tendría el arma al lado. Sobre la mesa, una nota en la que anuncia su fatal propósito. En su desesperación, creyendo haber matado a Grimaud, vuelve el arma contra sí mismo... Esta es, señores, la ilusión que pretendía producir Grimaud».

—Pero ¿por qué medios? —inquirió Hadley—. ¡Y de todas formas, no resultó así!

—No. Como verás, fallaron sus planes. La última parte de la ilusión, cuando Fley va a verlo a su estudio a una hora en que realmente ya está muerto en la casa de Cagliostro Street, la expondré en el momento oportuno.

»Grimaud, con ayuda de la señora Dumont, había realizado ya ciertos preparativos. Había dicho a Fley que se reuniría con él en su habitación del último piso, sobre el estanco, a las nueve en punto de la noche del sábado, para arreglar cuentas.

»Recordaréis que Fley, tras arrojar alegremente su empleo por la borda, salió del teatro de Limehouse hacia las ocho y cuarto.

»Grimaud escogió la noche del sábado porque esa noche, por costumbre inviolable, permanecía solo en su estudio toda la noche sin que a nadie se le permitiera molestarle. Escogió esa noche porque necesitaba utilizar la puerta del patio y salir y volver por el sótano; y el sábado por la noche era el día libre de Annie, que tiene allí sus habitaciones. Recordaréis que nadie lo vio después de subir a su estudio, a las siete y media, hasta que, de acuerdo con los hechos, abrió la puerta del estudio, a

las nueve cincuenta, para dar paso al visitante. La señora Dumont asegura haber hablado con él en el estudio a las nueve y media, cuando subió a recoger el servicio de café. Os diré brevemente por qué desconfié de esa declaración; lo cierto es que él no estaba en el estudio sino en Cagliostro Street.

»La señora Dumont tenía orden de estar al acecho tras la puerta del estudio a las nueve y media y salir de él con alguna excusa. ¿Por qué? Porque Grimaud había dicho a Mills que subiera a las nueve y media y vigilara la puerta del estudio desde el cuarto del fondo del pasillo. Mills iba a ser el cándido espectador en el truco de ilusionismo que pretendía montar Grimaud. Pero si, al subir y pasar ante la puerta de Grimaud, a Mills, por cualquier motivo, se le hubiese ocurrido hablar con Grimaud, o verlo, allí estaba la Dumont para disuadirlo. La Dumont tenía que esperar en el rellano y mantener a Mills alejado de esa puerta en caso de que mostrase alguna curiosidad.

»Se escogió a Mills como espectador crédulo del truco de ilusionismo. ¿Por qué? Porque aunque era tan concienzudo que cumpliría sus instrucciones al pie de la letra, tendría tanto miedo de “Fley” que no se entrometería cuando el hombre hueco apareciese fantasmalmente por esa escalera. No sólo porque no debía atacar al hombre de la careta antes de que entrara en el estudio, como por ejemplo hubiesen hecho Mangan o Drayman, sino también porque no se atrevería siquiera a salir de su habitación. Le habían dicho que permaneciera en aquel cuarto, y eso haría. Por último, lo escogieron por ser de baja estatura, punto que pronto aclararemos.

»Bien, le habían dicho que subiera y vigilara a las nueve y media. Esto era porque el hombre hueco tenía calculado hacer su aparición poco después; aunque, en realidad, el visitante se retrasó. Fijaos en este contraste: a Mills le dijeron que vendría a las nueve y media, ¡pero a Mangan le dijeron que sería a las diez! La razón es obvia. Tenía que haber alguien abajo para testificar que el visitante había llegado realmente por la puerta principal, lo que confirmaría la Dumont. Pero a Mangan podría picarle la curiosidad sobre tal visitante; podría antojársele salir al paso al hombre hueco... a menos que Grimaud le dijese de antemano, y *como* bromeando, que el visitante probablemente no vendría, o en todo caso sería imposible que llegara antes de las diez. Bastaba con relajar así su atención y hacerle titubear el tiempo suficiente para que el hombre hueco pudiera plantarse arriba, salvada esa peligrosa puerta. Y, en el peor de los casos, Mangan y Rosette podrían ser encerrados.

»Respecto a todos los demás: Annie estaba fuera; Drayman tenía entrada para un concierto; Burnaby se hallaba, sin lugar a dudas, jugando a las cartas, y Pettis se había ido al teatro. El campo estaba despejado.

»Antes de las nueve, probablemente a menos diez, Grimaud se escabulló por la puerta del patio que da a la calle. Habían empezado a surgir dificultades. En contra de lo previsto, había nevado copiosamente. Pero Grimaud no consideró aquello un grave problema. Creyó que podría terminar el asunto y estar de vuelta para las nueve y media, y que seguiría nevando el tiempo suficiente para cubrir las huellas que pudiera

dejar, y para hacer también que la ausencia de huellas del supuesto visitante, cuando más tarde se descolgara presuntamente por la ventana, pareciera un hecho normal y comprensible. De cualquier modo, había ido demasiado lejos para volverse atrás.

»Al salir de casa llevaba consigo un viejo revólver Colt, de imposible identificación;\* con sólo dos balas en el cargador. No sé qué clase de sombrero llevaría, pero el abrigo era de un llamativo estambre amarillo claro, varios números mayor que su talla. Lo compró porque era el tipo de abrigo con el que nunca le habrían visto y porque nadie le reconocería con él si lo viera. Le...».

—¡Un momento! —intervino Hadley—. ¿Qué lío es ese de los abrigos que cambian de color?

—Una vez más me veo obligado a rogarte que esperes hasta que lleguemos al truco de ilusionismo que puso en práctica al final: forma parte de él. Bien, el propósito de Grimaud era ir a casa de Fley. Allí hablarían amigablemente un rato. Le diría, por ejemplo: “¡Tienes que salir de este tugurio, hermano! De ahora en adelante no te faltará nada. ¿Por qué no dejas aquí estos bártulos inútiles y te vienes a mi casa? ¡Déjale al casero esas porquerías en compensación por la semana de aviso!”. Cualquiera cosa que incitara a Fley a escribir una de sus ambiguas notas para el casero: “No volveré a necesitarlas. Vuelvo a mi tumba”. Algo que cuando encontraran muerto a Fley con la pistola en la mano pudiera ser tomado por el escrito de un suicida.

El doctor Fell se inclinó hacia adelante:

—Y entonces Grimaud sacaría su Colt, se lo hundiría en el pecho y apretaría el gatillo. Estaban en el último piso de una casa, por lo demás desierta. Como habréis visto, las paredes son asombrosamente gruesas y sólidas. El casero vivía allá abajo, en el sótano. No podría oírse ningún disparo, y menos aún amortiguado. Pasaría algún tiempo antes de que encontrasen el cadáver; no sería, sin lugar a dudas, antes de la mañana. Y mientras tanto, después de asesinar a Fley, Grimaud volvería la pistola contra sí mismo para abrirse una herida superficial. Tenía, como sabemos por ese pequeño episodio de hace años sobre los tres ataúdes, la constitución de un toro y una sangre fría de mil demonios. Luego dejaría la pistola tirada cerca de Fley. Con una gran presencia de ánimo se aplicaría un pañuelo o una pella de algodón a la herida, que debía estar por dentro del abrigo; lo sujetaría con cinta adhesiva hasta que llegara el momento de dejarla al descubierto y volvería a casa para llevar a cabo el truco de ilusionismo que sería la prueba de que Fley había ido a verlo. Ningún policía dudaría después de que Fley había disparado contra él y había vuelto a Cagliostro Street, donde utilizó la misma pistola para suicidarse.

»Esto, como digo, es lo que pretendía llevar a cabo Grimaud. De haberlo conseguido, como pensaba, hubiera sido un asesinato ingenioso; no creo que hubiésemos puesto en duda el suicidio de Fley.

»Ahora bien, sólo quedaba una dificultad para concluir el plan. Si veían entrar a alguien en casa de Fley, todo se malograría. No parecería un suicidio tan fácilmente.

Desde la calle sólo hay una entrada, la puerta contigua al estanco. Y él llevaba un abrigo llamativo, con el que había reconocido anteriormente el terreno, y Dolberman, el estanquero, le había visto rondando por allí. La solución a este inconveniente la halló en el piso secreto de Burnaby.

»Por supuesto, comprenderéis que lo más lógico era que Grimaud estuviese al corriente sobre el piso que Burnaby tenía en Cagliostro Street. El mismo Burnaby nos dijo que cuando Grimaud sospechó que pudiese tener algún motivo oculto para pintar aquel cuadro, no sólo le interrogó sino que anduvo vigilándolo. Se enteró de lo del piso, y supo que Rosette tenía una llave, después de espiarlo. De modo que, llegado el momento, se apoderó de la llave de su hija.

»La casa en que está el piso de Burnaby se halla en la misma acera de la calle donde vivía Fley. Todas esas casas son aledañas, con tejados planos, de forma que no hay más que saltar pequeños pretilos para recorrer la calle de punta a punta por los tejados. Nuestros dos hombres, no lo olvidéis, vivían en últimos pisos. ¿Recordáis lo que vimos al ir a entrar al piso de Burnaby, justo al lado de la puerta?».

Hadley asintió con la cabeza:

—Una escalerilla que conducía al tejado.

—Exacto. Y ante la puerta de la habitación de Fley, en el descansillo, hay una claraboya que comunica también con el tejado. Grimaud no tuvo más que dirigirse a Cagliostro Street por la parte de atrás, sin aparecer para nada en dicha calle, sino yendo por el callejón que vimos desde la ventana de Burnaby. Entró por la puerta trasera y subió al tejado. Acto seguido recorrió los tejados hasta la vivienda de Fley y descendió por la claraboya; de esa manera, podía entrar y salir sin que lo viera un alma. Es más, sabía que aquella noche Burnaby estaría jugando a las cartas en otro lugar.

»Tenía que llegar al apartamento de Fley antes que él. Si Fley sospechaba algo al verlo bajar por el tejado, el plan no resultaría. Y entonces todo salió al revés. Sabemos que Fley ya sospechaba algo. Tal vez por haberle pedido Grimaud que trajera una de sus largas cuerdas de prestidigitador... Grimaud quería esa cuerda para utilizarla más tarde como prueba en contra de su hermano. O tal vez porque Fley supiese que Grimaud había andado rondando por Cagliostro Street, lo que le indujo a creer, en consecuencia, que había alquilado una habitación en la misma calle.

»Ambos hermanos se reunieron en ese cuarto alumbrado por gas. Eran las nueve. De lo que hablaron, nada sabemos. Pero evidentemente Grimaud adormeció las sospechas de Fley; charlaron grata y amistosamente, y Grimaud, como en broma, le indujo a escribir esa nota para el casero. Entonces...».

—No es que ponga en duda todo eso —dijo Hadley—; pero ¿cómo has llegado a saberlo?

—Nos lo dijo Grimaud —respondió el doctor Fell.

Hadley le miró atónito.

—¡Sí, hombre, sí! En cuanto me di cuenta de ese terrible error en lo de la hora, se

hizo para mí la luz. Ya lo verás. Pero sigamos:

»Fley escribió la nota. Se puso el abrigo y el sombrero, dispuesto a salir, ya que Grimaud deseaba dar la impresión de que se había suicidado al llegar de la calle; en otras palabras, al regreso de su fantástica visita a Grimaud. Y cuando se disponía a salir, Grimaud le atacó.

»Si Fley estaba subconscientemente en guardia, si echó a correr hacia la puerta, dada su manifiesta inferioridad frente al corpulento Grimaud, o si todo ocurrió en el forcejeo, es algo que no sabemos. Pero Grimaud, apoyada la pistola contra el abrigo de Fley mientras este se daba la vuelta, cometió una tremenda equivocación. Disparó. Le metió la bala en un sitio inadecuado. En vez de atravesar el corazón de su víctima, le alojó el proyectil bajo el omoplato izquierdo. Era una herida mortal, pero ni mucho menos instantánea.

»Como es lógico, Fley se desplomó. Era lo más prudente que podía hacer, pues de lo contrario Grimaud habría terminado con él. Pero Grimaud debió de perder por un instante la serenidad. Aquello amenazaba con echar a pique todo su plan. ¿Podía pegarse nadie un tiro en aquel sitio? Porque si no podía, ¡ay del asesino! Y lo que era peor, Fley había gritado antes del tiro, y Grimaud creía oír que le perseguían.

»Incluso en aquel momento de zozobra conservó el aplomo suficiente para no perder la cabeza. Puso la pistola en la mano de Fley, que yacía de bruces. Recogió la cuerda. A pesar de todo, debía llevar a cabo el plan. Pero no podía correr el riesgo de que sonara otro disparo; podría oírlo cualquiera; posiblemente estaban a la escucha. Salió precipitadamente de la habitación y subió al tejado. Por todas partes oía perseguidores imaginarios; tal vez le asaltara el vago recuerdo de tres tumbas en medio de una tormenta, al pie de las montañas de Hungría. Así pues, corrió hacia la claraboya de casa de Burnaby y se deslizó en la oscuridad de su piso.

»¿Y qué sucede mientras tanto? Pierre Fley está mortalmente herido. Pero conserva esa naturaleza de hierro que en cierta ocasión le permitió sobrevivir después de ser enterrado vivo. El asesino se ha ido. Y Fley no va a darse por vencido. Tiene que conseguir ayuda. Tiene que llegar hasta... hasta un médico, Hadley. Preguntabas ayer por qué se dirigiría Fley hacia el otro extremo de la calle, hacia el final de un callejón sin salida. Porque allí vive un médico, el médico a cuyo consultorio lo transportaron más tarde. Se levanta, todavía con el abrigo y el sombrero puestos. Le habían colocado la pistola en la mano; se la guarda en el bolsillo y baja, sosteniéndose como puede, a una calle silenciosa donde no había cundido la alarma. Avanza...

»¿No te has preguntado por qué iba por mitad de la calzada, mirando con ansiedad a su alrededor? Porque sabía que el asesino estaba al acecho y temía otro ataque...

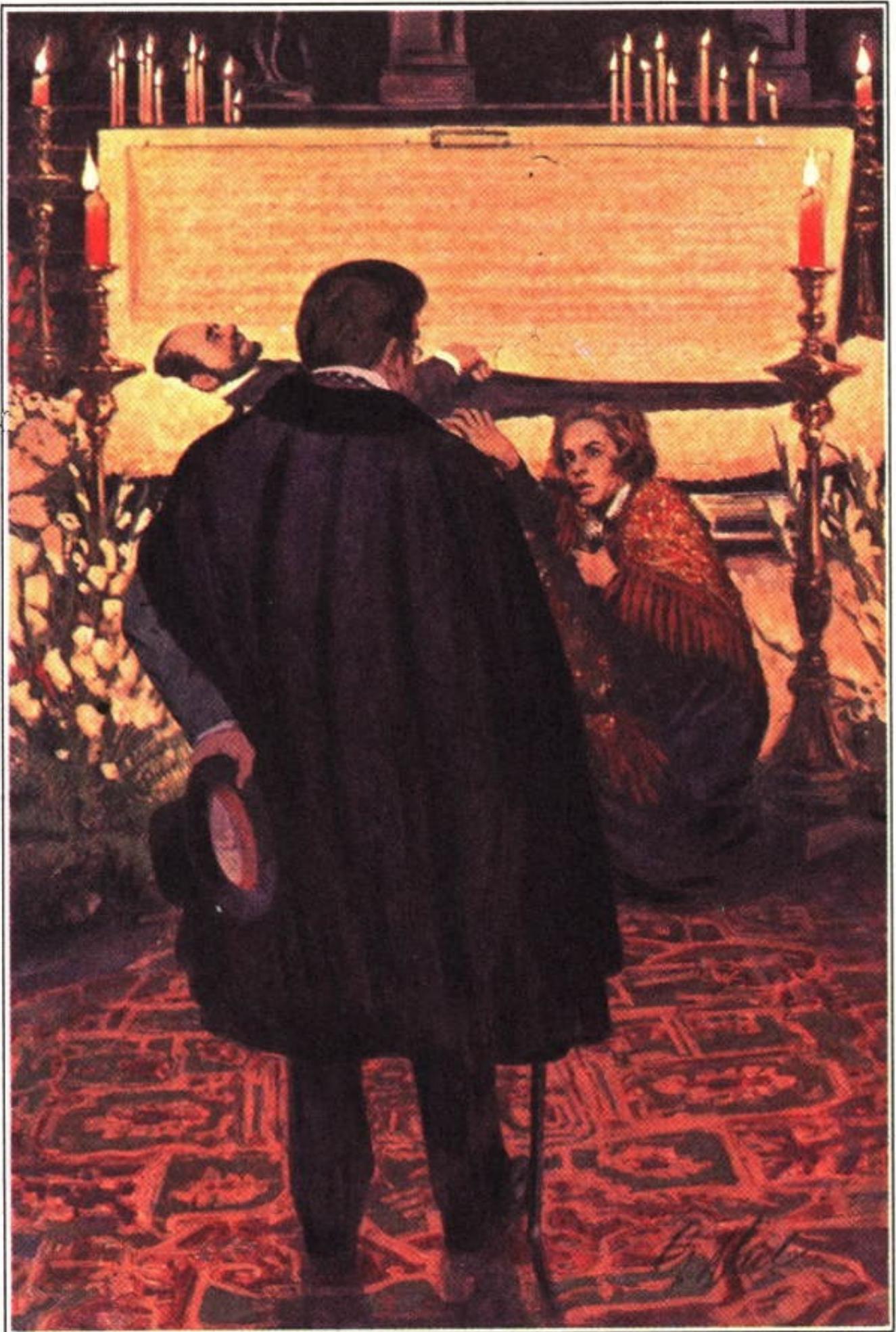
»Pero ¿qué había pasado con Grimaud? Aunque no había oído a ningún perseguidor, la incertidumbre casi le hacía perder el juicio. Pero... ¡un momento! Si es que ha trascendido algo, puede enterarse asomándose un segundo a la calle. Puede

bajar hasta la puerta principal y echar un vistazo, ¿quién se lo impide? No corre ningún peligro puesto que la casa de Burnaby está desierta esa noche.

»Baja. Abre sigilosamente la puerta, sin haberse abrochado todavía el gabán, después de atarse la cuerda a la cintura por dentro. Abre, digo, y al abrir le da de lleno el resplandor del farol que está a un paso del portal. ¿Y qué ve entonces? Fley, frente a él, avanza despacio por mitad de la calle; ¡Fley!, al que había dado por muerto en la otra casa ni siquiera diez minutos atrás.

»Y por última vez los dos hermanos quedan frente a frente.

»La camisa de Grimaud es como un blanco a la luz del farol. Y Fley, enloquecido por el dolor, no vacila un momento. Grita. Antes de levantar y disparar aquella misma pistola, ruge: “¡La segunda bala es para ti!”. Este último esfuerzo colma la medida. La hemorragia le vence y él lo sabe. Grita otra vez, se deshace de la pistola, en un intento de arrojársela, ya descargada, a Grimaud; y luego cae de bruces. Ese es, amigos, el disparo que oyeron los tres testigos de Cagliostro Street. El disparo que alcanzó a Grimaud en el pecho antes de darle tiempo a cerrar la puerta».



## X. EL DESENLACE

—¿Y qué más? —inquirió Hadley cuando el doctor Fell hizo una pausa e inclinó la cabeza.

—Los tres testigos no vieron a Grimaud, por supuesto —prosiguió el doctor—, porque en ningún momento salió del portal; nunca estuvo a menos de seis metros del hombre que parecía haber sido asesinado en medio de una calle nevada y desierta. Por supuesto, Fley ya tenía su herida, que chorreaba sangre en las convulsiones de la muerte. Por supuesto, cualquier deducción basada en la trayectoria de la herida era inútil. Y por supuesto también, en la pistola no había huellas dactilares, ya que aterrizó en la nieve y fue literalmente como si la lavaran.

—¡Cielo santo! —exclamó Hadley—. Si se ajusta rigurosamente a todas las condiciones requeridas por los hechos, y sin embargo, no se me había ni ocurrido... Pero sigamos, ¿Grimaud?

—A Grimaud lo hemos dejado en el portal. Sabe que está herido en el pecho, pero no lo considera grave. Al fin y al cabo no es más que lo que él mismo pensaba hacerse: una herida. ¡Pero su plan se ha ido al diablo! Pues ¿cómo va él a saber que el reloj de la joyería marcha adelantado? Ni siquiera sabe que Fley ha muerto. De lo único que está seguro es de que a Fley ya no lo encontrarán suicidado en su cuarto. Da por sentado que está muy mal herido, sí; pero todavía puede hablar, y está ahí fuera, en la calle, y un policía viene corriendo en su auxilio. Grimaud está perdido. No puede quedarse allí, en el portal. Aunque lo mejor será echar un vistazo a su herida y asegurarse de que no deja un reguero de sangre. ¿Dónde? Sube al piso de Burnaby; enciende las luces. Repara entonces en la cuerda que lleva atada a la cintura... De poco le sirve ya. No puede simular que Fley fue a visitarle, cuando a esas alturas estaría hablando con la policía. Se desprende de la cuerda y allí la deja. Acto seguido echa un vistazo a la herida. Toda su ropa y los forros del abrigo de estambre claro están manchados de sangre. Pero la herida no es de consideración. Con el pañuelo y un poco de cinta adhesiva logra contener la hemorragia. Károly Horváth, que tiene siete vidas como los gatos, se siente tan tranquilo y tan fresco como siempre. Se arregla lo mejor que puede (de ahí la sangre en el cuarto de baño de Burnaby) e intenta recuperar la presencia de ánimo. ¿Qué hora es? ¡Cielo santo! ¡Son casi las diez menos cuarto! Tiene que salir y volver corriendo a casa antes de que lo atrapen...

»Y se deja las luces encendidas. Consumen la electricidad equivalente a un chelín y entonces se apagan. Pero tres cuartos de hora más tarde, cuando Rosette las vio, aún seguían encendidas. Supongo que Grimaud, en su apresurada carrera de vuelta a casa,

recuperó la cabeza. ¿Está atrapado? Parece inevitable. No obstante, ¿no habrá alguna escapatoria, un resquicio de esperanza? Sí, hay una probabilidad, tan insignificante que es casi nula; pero es la única. Continuar con su plan original y fingir que Fley fue a visitarlo a su casa y le hirió allí mismo. Fley todavía tiene la pistola. ¡Grimaud y sus testigos dirán que no *salió* de casa en toda la noche! Y siendo así, podrán jurar que Fley vino a verle a él... ¡Y dejar luego que la condenada policía se las componga para probar lo que sea! Grimaud se ha desprendido de la cuerda que habría de suponerse utilizada por Fley. Pero es una jugada a cara o cruz, la última y diabólica osadía, la única alternativa en el último extremo...

»Fley disparó contra él hacia las diez menos veinte. Vuelve aquí a las diez menos cuarto o un poco después. ¿Cómo entrar en casa sin dejar huellas en la nieve? Para un hombre con la constitución de un toro y sólo levemente herido es fácil.

»A propósito, creo que de verdad era leve su herida y que viviría ahora para que lo colgaran si posteriormente no hubiese hecho ciertas cosas... Ya veréis. Volvería por la escalerilla que baja al patio, y entraría por la puerta del sótano, según lo convenido. ¿Cómo? Bueno, hay nieve en los escalones, por supuesto. Pero el acceso a los mismos está pegado a la casa contigua, ¿no? Y, al pie de esos escalones, la puerta del sótano está al amparo de la nieve por el voladizo que forma el descansillo de las escaleras de la puerta principal que quedan por encima. De modo que precisamente ante la puerta no hay nieve. Si pudiera plantarse allí sin dejar huellas...

»Puede. Puede acercarse desde la dirección contraria, como si se encaminara a la casa contigua, y luego simplemente saltar desde los escalones al pequeño espacio limpio de abajo... ¿No recordáis cierto golpe sordo que oyó Rosette Grimaud inmediatamente antes de que sonara el timbre de la puerta?».

—Pero ¿no tocó él el timbre de la puerta principal?

—Sí, hombre; pero desde dentro. Después de entrar en la casa por la puerta del sótano y subir hasta donde le esperaba Ernestine Dumont. Entonces se dispusieron a representar el truco de ilusionismo.

—En efecto —dijo Hadley—, llegamos al truco. ¿Cómo lo realizaron? ¿Y cómo lo sabes tú?

El doctor Fell se recostó en la silla y juntó las puntas de los dedos de ambas manos.

—¿Que cómo lo sé? Bueno, lo que primero me dio que pensar, creo, fue el peso de ese cuadro —señaló el rajado lienzo apoyado contra la pared—. Sí, pero no me sirvió de gran ayuda hasta que recordé algo más...

—¿El peso del cuadro? Ya, el peso del cuadro... —gruñó Hadley—. No obstante, ¿qué tiene que ver eso en este dichoso lío? No pesa tanto. Tú mismo lo levantaste con una sola mano.

El doctor Fell se irguió exaltado.

—Exactamente. Has dado en el clavo. Yo lo levanté con una mano... Entonces ¿por qué hicieron falta dos hombres fornidos, el taxista y otro, para transportarlo

arriba?

—¿Qué?

—Así fue, ¿comprendes? Nos lo han dicho un par de veces. Grimaud, cuando se lo llevó del estudio de Burnaby, lo bajó sin ningún esfuerzo. Pero al volver aquí por la tarde con ese mismo cuadro, costó trabajo transportarlo arriba entre dos personas. ¿Dónde adquirió tanto peso? No le había puesto cristal. ¿Y por qué insistió tanto Grimaud en envolver el cuadro?

»No era muy descabellado pensar que utilizó ese cuadro como cobertura para ocultar algo que aquellos hombres transportaban sin saberlo en el mismo embalaje. Algo muy grande... de dos metros por uno... ejem...».

—Pero ¿qué podía ser? —objetó Hadley—. Lo habríamos encontrado en esta habitación, ¿no? En todo caso, tenía que ser algo de forma plana; de otro modo hubiera sobresalido en la envoltura del cuadro. ¿Qué clase de objeto puede ser tan grande que mida dos por uno y tan fino que no se note dentro de la envoltura de un cuadro? ¿Y que pueda hacerse desaparecer por arte de magia cuando a uno le convenga?

—Un espejo —respondió el doctor Fell.

Tras un aplastante silencio, durante el cual Hadley se levantó de la silla, el doctor Fell continuó:

—Y puede hacerse desaparecer por arte de magia, como tú dices, simplemente empujándolo hacia arriba por la campana de esa chimenea de tanta anchura y tan escaso fondo, y apuntalándolo sobre el borde interior donde la chimenea tuerce. No hace falta ser mago. Lo único que se necesita es una tremenda fuerza en los brazos. Ahora, echa un vistazo a esta habitación. ¿Qué ves en la pared opuesta a la puerta?

—Nada —dijo Hadley—; sólo hay pared, vamos, pared desnuda, recubierta de paneles, de donde han quitado las estanterías.

—Por tanto, si tú estuvieras fuera, en ese pasillo, mirando hacia adentro, tan sólo verías alfombra negra, sin ningún mueble, y un espacio de pared revestida de paneles de roble, al fondo.

—Sí.

—Pues ahora, abre la puerta y mira el pasillo, Ted —dijo el doctor Fell—. ¿Qué me dices de las paredes y la alfombra de ahí fuera?

Rampole hizo como que miraba, aunque sabía la respuesta.

—Son exactamente iguales —dijo—. El suelo está cubierto de una tupida alfombra hasta los zócalos, lo mismo que esta, y los paneles de la pared son idénticos.

—¡Bien! A propósito, Hadley —prosiguió el doctor Fell—, puedes sacar ese espejo de detrás de aquellas estanterías. Está ahí desde ayer tarde, cuando Drayman lo encontró en la chimenea. Fue al sacarlo de la campana como le dio el ataque. Vamos a intentar un pequeño experimento. Tú coge ese espejo, Hadley, y colócalo frente a la puerta, muy cerca, de modo que cuando se abra (se abre hacia dentro y a la derecha, desde el pasillo, como tú sabes), cuando se abra, el borde de la puerta, en su apertura

máxima, quede a pocos centímetros del espejo.

El comisario arrastró fuera, no sin dificultad, el espejo que halló tras las estanterías. Era más alto y ancho que la puerta. Su base plana descansaba sobre la alfombra, y se sostenía en pie gracias a un pesado soporte oscilante sujeto al lado derecho, visto de cara. Hadley lo miró con curiosidad.

—¿Que lo coloque frente a la puerta?

—Sí —respondió el doctor Fell—. La puerta se abrirá sólo un poco; verás una abertura de sesenta centímetros, como mucho... ¡Inténtalo!

—Ya lo sé, pero en ese caso... bueno, cualquiera que estuviese sentado en la habitación del fondo del pasillo, donde estaba Mills, vería su propia imagen reflejada en el espejo.

—Ni mucho menos. Con el ángulo suave, pero suficiente, en que voy a inclinarlo, no sucedería tal cosa. Ya lo veréis. Vosotros id para allá, donde estaba Mills, mientras yo lo ajusto. No miréis hasta que yo diga.

Hadley siguió a Rampole, refunfuñando, aunque terriblemente intrigado. No miraron hasta que el doctor les dio una voz; entonces se volvieron.

El pasillo estaba oscuro y la alfombra negra se extendía hasta una puerta cerrada. El doctor Fell se hallaba de pie ante esa puerta, un poco retirado a la derecha y bien echado hacia atrás, contra la pared. Extendió la mano y asió el tirador.

—¡Allá va el ama! —gruñó, abriendo rápidamente la puerta. Titubeó un instante y volvió a cerrarla—. ¿Bien? ¿Qué habéis visto?

—La habitación por dentro —respondió Hadley—. O al menos me ha parecido haberla visto. La alfombra y la pared del fondo. Parecía una pieza muy grande.

—Te equivocas —dijo el doctor Fell—. Lo que de verdad habéis visto ha sido el reflejo de la pared inmediata al lado derecho de la puerta donde tú estás y la alfombra que viene hasta ella. Por eso parecía una habitación tan grande: estabais mirando una imagen el doble de larga. Este espejo es más grande que la puerta, fijaos bien. Y no habéis visto reflejada la puerta porque se abre hacia adentro y hacia la derecha. Fijándose mucho, podríais advertir una línea, como más oscura, por encima del borde superior de la puerta. Ahí es donde el borde superior del espejo, al ser más alto, refleja inevitablemente unos tres centímetros del borde superior e interior de la puerta. Pero vuestra atención estaría concentrada en las figuras que vierais... A propósito, ¿me visteis a mí?

—No; estabas demasiado lejos. Tenías el brazo por delante, hasta el tirador, y permanecías retirado hacia atrás.

—Sí. Como la Dumont. Probemos ahora otro experimento antes de explicar cómo funcionó el mecanismo completo. Ted, tú siéntate en la silla, tras ese escritorio donde estaba Mills. Eres más alto que él, pero nos dará una idea. Yo voy a quedarme fuera, con la puerta abierta, mirándome en el espejo. Dime lo que ves.

A través de la puerta parcialmente abierta, el reflejo del doctor Fell escudriñaba desde la tenebrosa luz de dentro a otro doctor Fell que, de pie frente a él, clavado e

inmóvil en el umbral, le contemplaba atónito. El efecto era fantasmagórico.

—Yo no toco la puerta, ¿veis? —retumbó una voz. Era tal la ilusión que producía el movimiento de los labios que Rampole hubiera jurado que el doctor Fell de dentro estaba hablando. El espejo devolvía la voz como una plancha sonora—. Alguien se ocupa cortésmente de abrir y cerrar la puerta por mí, alguien que está de pie a mi derecha. Yo no toco la puerta, pues de ser así, mi imagen tendría que hacer otro tanto. Dime, rápido, ¿qué es lo que adviertes?

—Pues... que uno de vosotros es mucho más alto —respondió Rampole estudiando ambas imágenes.

—¿Cuál?

—Tú; la figura del pasillo.

—Exactamente. En primer lugar porque la estás viendo desde lejos, pero sobre todo porque estás sentado. Para un hombre de la talla de Mills tenía que aparecer como un gigante, ¿eh? Hum. Ah. Sí, ahora, en un movimiento rápido, me cuelo dentro, mientras mi colaboradora, a la derecha, con un ademán vivo y desconcertante, cierra la puerta; en medio de la confusión, la figura de dentro parece...

—Abalanzarse hacia ti para cortarte el paso.

—En efecto. Venid y leamos la declaración de los hechos, si es que Hadley la tiene.

De nuevo en el estudio, el doctor Fell se hundió en una butaca, suspirando.

—Lo siento, caballeros. Debí columbrar la verdad mucho antes partiendo de la escrupulosa, metódica y exacta declaración del señor Mills. A ver si puedo repetir de memoria sus palabras exactas. Corrígeme, Hadley, Ejem. —Se dio en la cabeza unos golpecitos con los nudillos y arrugó el entrecejo—. Mills dijo:

»“Cuando ella [la Dumont] estaba a punto de llamar a la puerta me sorprendió ver a un hombre alto que subía detrás. La señora Dumont dio media vuelta y lo vio. Entonces le soltó unas palabras... El hombre alto no respondió. Se acercó a la puerta y, muy despacio, se bajó el cuello del abrigo y se quitó la gorra, que guardó en el bolsillo...”.

»¿Os dais cuenta? Tenía que quitársela porque su imagen no podía llevar gorra ni el cuello subido cuando lo lógico era que el de dentro estuviera en bata. Pero me preguntaba por qué sería tan precavido en eso cuando, según parece, no se desprendió de la careta...».

—Sí, ¿qué pasa con la careta? Mills dice que no...

—Mills no le vio quitársela; ahora os demostraré por qué, al hilo de su declaración:

»“La señora Dumont gritó no sé qué, retrocedió, quedándose de espaldas contra la pared, y abrió a toda prisa. El doctor Grimaud apareció en el umbral...”.

»¡Apareció! Eso es precisamente lo que hizo. Nuestro metódico testigo es de una exactitud inquietante. Pero ¿y la Dumont? Ahí está el primer fallo. Una mujer asustada frente a una imagen aterradora, y ante la puerta de un cuarto donde hay un

hombre que la puede proteger, no *retrocede*. Se abalanza a la puerta en busca de protección. Pero sigamos con el testimonio de Mills. Dice que Grimaud no llevaba puestas las gafas; no se hubieran acoplado bajo esa máscara. Pero en mi opinión, el gesto más natural del hombre que estaba dentro hubiera sido calzarse los lentes. Grimaud, según Mills, se queda todo el rato completamente inmóvil; igual que el visitante, con las manos en los bolsillos. Ahora viene la parte condenatoria. Mills dice: “Tengo la impresión de que fue la señora Dumont quien cerró la puerta tras él, aunque seguía apartada a un lado, de espaldas contra la pared. Recuerdo que tenía la mano en el picaporte”. ¡En ningún caso es un gesto natural! Ella le contradijo... pero Mills tenía razón».

El doctor Fell hizo una mueca.

—Y ahora viene lo que yo no lograba comprender: si Grimaud estaba solo en esa habitación, si no hizo más que avanzar hacia su propia imagen, ¿qué fue de su ropa? ¿Qué fue de ese largo abrigo negro, de la gorra marrón, de la propia careta? En la habitación no estaban. Entonces recordé que Ernestine Dumont se dedicó en tiempos a confeccionar trajes para la ópera y el ballet; recordé una historia que nos había contado O'Rourke, y... comprendí.

—¿Qué?

—Comprendí que Grimaud los había quemado. Los había quemado porque eran de papel, como el uniforme del jinete que se desvanece que nos describió O'Rourke. No podía arriesgarse a la larga y peligrosa tarea de quemar ropa de verdad en esa chimenea; tenía que actuar a toda mecha. Había que rasgar y quemar la ropa. Y encima, para disimular que parte de los residuos carbonizados eran de papel de color, había que quemar montones de cuartillas sueltas en blanco, ¡totalmente en blanco! ¡Documentos peligrosos...! ¡Madre mía! ¡Merezco la horca por tal ocurrencia! —blandió el puño—. ¡Cuando no había huellas de sangre, ni siquiera una mancha, hacia el cajón del escritorio donde guardaba sus documentos importantes! Y había una razón más para quemar papeles... Tenían que ocultar los fragmentos del “disparo”.

—¿Del disparo?

—No olvides que debía parecer que habían disparado una pistola en esta habitación. Claro que lo que los testigos oyeron realmente fue un petardo, sustraído de la provisión que Drayman siempre guarda, como sabéis, para la noche de Guy Fawkes. Drayman echó de menos el explosivo, y supongo que esa fue la causa de que cayera en la cuenta de lo tramado. Tal es también la explicación de todo lo que mascullaba sobre fuegos artificiales. Ahora bien, los fragmentos de un petardo se dispersan. Son de cartón duro, difícil de quemar, y tienen que ser destruidos en la chimenea o escondidos entre ese montón de papeles. Yo encontré algunos. Por supuesto, debíamos habernos dado cuenta de que en realidad no habían disparado ningún tiro. Los proyectiles modernos, tal como me dijiste que se utilizan para ese revólver Colt, Hadley, son de pólvora sin humo. Se huele, pero no se ve. Y en esta habitación había una nube de humo producida por el petardo.

»¡Conque recapitulemos! El disfraz de Grimaud, de papel de seda fuerte, consistía en un abrigo negro, negro y largo como una bata, con solapas brillantes, de modo que pareciesen las de una bata cuando se bajara el cuello para enfrentarse a su propia imagen. Consistía también en una gorra de papel a la que estaba sujeta la máscara, de forma que al quitarse la gorra, sencillamente dobló las dos juntas y se las guardó en el bolsillo. A propósito, la verdadera bata ya estaba en el estudio antes de que Grimaud volviera. Y el disfraz negro estuvo colgado incautamente en el armario ropero de abajo a última hora de la tarde de ayer.

»Infortunadamente, Mangan lo descubrió. La vigilante señora Dumont se dio cuenta, y en cuanto Mangan se fue lo sacó de ese armario para guardarlo en lugar más seguro. Naturalmente, nunca vio allí colgado un abrigo de estambre amarillo. Grimaud lo tenía arriba, aquí con él, dispuesto para su correría. Pero lo encontraron en el ropero ayer por la tarde y ella tenía que hacer creer que había estado allí todo el tiempo. De aquí el abrigo camaleón.

»Ahora podéis reconstruir lo sucedido cuando Grimaud, después de matar a Hey y recibir él mismo un balazo, volvió a casa el sábado por la noche. Nada más empezar el truco, su ayudante y él se vieron en serias dificultades. ¿Os dais cuenta? Grimaud se retrasó. Esperaba estar de vuelta para las nueve y media y no llegó hasta las diez menos cuarto. Cuanto más se demoraba, más se acercaba a la hora en que había dicho a Mangan que esperaba un visitante, y entonces Mangan estaría al acecho de ese visitante que le habían pedido que vigilara. Era muy arriesgado, y supongo que el frío Grimaud debió de andar bastante cerca de perder la cabeza. Subió por la entrada del sótano, donde le esperaba su ayudante. El abrigo de estambre, manchado de sangre por dentro, lo colgaron en el ropero con idea de deshacerse de él en seguida, cosa que no llegó a realizarse porque Grimaud murió. La Dumont abrió la puerta, sacó la mano para tocar el timbre y entonces fue a “abrir la puerta” mientras Grimaud se ponía su disfraz.

»Pero se retrasaron demasiado. Mangan dio una voz, y Grimaud, presa ya del pánico, hizo un disparate para evitar que lo descubrieran de inmediato. Dijo que era Pettis y los encerró con llave. ¿Os dais cuenta de que Pettis es el único que tiene el mismo tono de voz grave que Grimaud? Sí, fue un error en un momento de apremio, pero lo único que deseaba era escurrirse, como un futbolista que esquiva a sus contrarios, y escapar como fuese de aquellas manos.

»Representaron el consabido truco a la puerta del estudio; entró Grimaud y se quedó solo. Su chaqueta, probablemente manchada de sangre, había quedado en poder de la Dumont; llevaba el disfraz directamente sobre la camisa y el vendaje de la herida. No tenía más que cerrar la puerta tras de sí y ponerse su bata auténtica, destruir el disfraz de papel y meter ese espejo en la chimenea...

»Eso, repito, fue lo que dio con él al traste. La sangre había empezado a manar otra vez, ¿comprendéis? Un hombre corriente, herido de bala, no habría soportado la tensión a que él se había visto ya sometido. No murió a consecuencia del tiro de Hey.

Se rasgó el pulmón como un trozo de goma podrida al conseguir, en un esfuerzo sobrehumano, levantar ese espejo y meterlo en su escondrijo. Fue entonces cuando empezó a sangrar a chorro por la boca; cuando se tambaleó contra el sofá, tiró la silla y avanzó bamboleante en un último esfuerzo para prender el petardo. Quiso gritar, pero no pudo, porque la sangre se le agolpaba en la garganta. Y en aquel instante, Charles Grimaud comprendió de pronto lo que nunca hubiera creído posible; la última y más frágil apariencia de su amarga vida se rompía...».

—¿Qué quieres decir?

—Supo que se moría —dijo el doctor Fell—. Y aún más extraño que ninguna de sus ilusiones fue que se alegrara de ello.

Empezó a nevar, y aquella agobiante luz plomiza se oscureció de nuevo. La voz del doctor Fell adquiría un tono de misterio en la helada estancia. Vieron entonces que la puerta se abría y que una mujer con la cara desencajada se detenía en el umbral. Con la cara desencajada y el vestido negro; pero aún llevaba sobre los hombros el mantón rojo y amarillo por amor al muerto.

—Y fijaos bien —decía el doctor Fell con el mismo tono de voz bajo y monótono—, fijaos bien que nuestro amigo confesó. Intentó decirnos la verdad: que él mató a Fley y Fley lo mató a él. Sólo que no quisimos entenderle, y yo no caí en la cuenta hasta que colegí por el reloj lo que debía de haber ocurrido en Cagliostro Street. Pero hombre, hombre, Hadley, ¿no lo ves? Fíjate en primer lugar en la declaración que hizo inmediatamente antes de morir:

»“Ha sido mi hermano. Nunca creí que dispararía. Sabe Dios cómo saldría de aquella habitación...”».

—¿Quieres decir de la habitación de Fley en Cagliostro Street después de haberlo dado por muerto? —inquirió Hadley.

—Sí. Y al tremendo susto que recibió al darse de narices con él tan impensadamente cuando abrió la puerta bajo el farol. Fíjate:

»“Estaba allí y en un instante ya no estaba... Quiero decirles quién es mi hermano para que así no crean que deliro”».

»Porque, por supuesto, no creía que nadie supiera nada sobre Fley. Ahora, a la luz, de lo que ya sabemos, analiza las confusas y entrecortadas palabras con que intentó explicarnos todo el embrollo.

»Primero trató de decirnos lo de los Horváth y la mina de sal. Pero continuó con el asesinato de Fley y con lo que Fley le había hecho a él: “Suicidio no”. Al verlo en la calle, ya no podía atribuir a suicidio la muerte de Fley como pretendía. “No pudo utilizar una cuerda”. Después de aquello no podía pretenderse que Fley utilizara la cuerda que Grimaud había descartado como inútil. “Tejado”. Grimaud no se refería a este tejado, sino al otro, al que cruzó al abandonar la habitación de Fley. “Nieve”. Había dejado de nevar, echando a perder sus planes. “Demasiada luz”. ¡Ahí está el

quid, Hadley! Cuando se asomó a la calle había demasiada luz por culpa de ese farol. Fley le reconoció y disparó. “Cogió la pistola”. Naturalmente, Fley tenía entonces la pistola. “Zorro”. La máscara de la pantomima de Guy Fawkes que intentaba representar. Pero por último: “No culpen al pobre...”. No a Drayman; no se refería a Drayman. Esto era una última excusa por lo único que, en mi opinión, se sentía avergonzado. “No culpen al pobre Pettis, no quería complicarlo”».

Durante un buen rato nadie despegó los labios.

—Sí —convino Hadley melancólicamente—. Sí. Todo cuadra menos una cosa. ¿Qué hay sobre las cuchilladas del cuadro y adónde fue a parar el cuchillo?

—Las cuchilladas del cuadro creo que fue un pintoresco toque de efecto para dar más fuerza al truco. Son obra de Grimaud... Supongo. Respecto al cuchillo, sinceramente no lo sé. Probablemente Grimaud lo tendría aquí y lo metería en la chimenea junto al espejo, de modo que pareciera que el hombre invisible venía doblemente armado. Pero ahora, ya no está en la chimenea. Yo diría que Drayman lo encontró ayer y se lo llevó...

—Eso es lo único en que se equivoca —dijo alguien.

Ernestine Dumont seguía en el marco de la puerta con las manos cruzadas sobre el pecho, por encima del mantón. Sonreía.

—He oído todo lo que ha dicho —prosiguió—. Tal vez pueda mandarme a la horca, o tal vez no. Poco importa. Después de tantos años he comprendido que realmente no vale la pena vivir sin Charles... Yo cogí el cuchillo, amigo. Tenía otra cosa en que utilizarlo.

Continuaba sonriendo, y le brillaban los ojos con un fuego de orgullo. Rampole vio lo que ocultaban sus manos. La vio tambalearse de pronto, pero demasiado tarde. Cayó de bruces. El doctor Fell se levantó de la silla, avanzó pesadamente hasta ella y la miró perplejo con una cara tan pálida como la suya.

—He cometido otro crimen, Hadley —dijo—. Una vez más había presentido la verdad.



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

# Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo I de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Con guantes de acero*, *Sangre en el espejo de la reina*, *Los crímenes de la viuda roja*, *Los crímenes del unicornio* y *La Policía está invitada*. <<

[2] Guy Fawkes, principal agente de la Conspiración de la Pólvora, organizada contra el Parlamento británico el 5 de noviembre de 1605. La noche de Guy Fawkes se celebra en toda Inglaterra el mismo día de noviembre a la manera de la noche de San Juan en España. *(N. del T.)* <<